El Mandinga

Historias del diablo en la zona central de Chile

El MANDINGA - EL MALIG
EL COLA DE FLECHA - EL
EL SEÑOR DE LAS TINIEBL
EL DISCRETO - EL TÍO - E
EL CACHUDO - EL PATA C
LUCIFER- EL COLUDO
MATOCO- MEFISTÓFELES

NO
CONDENADO
AS - SATANÁS
L PIJE - EL DIABLO
ABRA

- EL MAESTRO

Edición digital 2021
Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Autores
Paula García
Pablo Poduje

Coordinación de contenidos
Pierina Cavalli y Loreto Alarcón

Diseño
Victoria Neriz

Corrección de texto
Javier Araya

Derechos reservados
El presente libro no puede ser copiado, reproducido, distribuido, publicado, difundido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción sin la autorización escrita de FUCOA.

Registro de Propiedad Intelectual N° 2021-A-12198
ISBN: 978-956-7215-76-8
Diciembre de 2021, Santiago de Chile.

El Mandinga

Historias del diablo en la zona central de Chile

Índice

Presentación 9

Prólogo
El diablo chileno: Caracterizando al personaje 11

I. Más vale diablo conocido
1. La identidad del diablo 17
2. El macho cabrío 29
3. Doñihue: El diablo, entre chamanto y chacolí 33
4. En los dominios del pije 41
5. El cementerio de piedras 58
6. Un Instrumento misterioso 63

II. Donde el diablo perdió el poncho
1. Pirque: El patrón del mal 71
2. Petorca: Diablos de carne y hueso 87
3. Alhué: Pueblo chico, infierno grande 93
4. Peumo: Una cruzada en contra del diablo 113
5. Peñaflor: Entre pactos y medianoche 127
6. Los Andes: Los columpios del diablo 135
7. Cajón del Maipo: Cuando el diablo mete la pata y no la cola 139

III. Pobre diablo
1. La tertulia del diablo 146
2. El hombre condenado 166
3. La ambición de Manuel Correa 170
4. El guacho pelado 173
5. El ladrillo faltante 175

IV. Con el diablo en el cuerpo

1. La herencia maldita 180
2. El as de espadas 191
3. La supuesta poseída de Conchalí: Cuando el diablo es inocente 195
4. El poder de los "Meicos" 208
5. Cuando los pactos se heredan 214
6. El que busca siempre encuentra 219
7. Arrastrado al infierno 224
8. El gringo condenado 226

V. Como alma que lleva el diablo

1. La noche en que el diablo anda suelto 232
2. Diabladas: Bailando en fiesta ajena 236

Agradecimientos 241
Bibliografía 242

Presentación

Nos es muy grato presentar este libro de los investigadores Paula García y Pablo Poduje, que a través de sus pasajes e imágenes, busca recuperar el carácter identitario y patrimonial del diablo en el campo y la ruralidad de la zona central de Chile, mediante historias, mitos y leyendas que giran en torno a su figura.

Este personaje es parte de las raíces y la cotidianidad de las zonas rurales, lo que queda en evidencia no solo en esta publicación, sino que también durante muchos años en nuestro concurso Historias de Nuestra Tierra, en el que cada año hemos podido constatar que cerca de la mitad de las obras recibidas desde los lugares más recónditos del país lo mencionan o incluyen como protagonista.

En ese sentido, "El Mandinga" es una profunda y valiosa obra investigativa, motivada por la vocación de sus autores hacia la cultura rural y campesina de nuestro país, lo que ciertamente como institución unió nuestros caminos para hacer material este libro y preservar sus contenidos para las actuales y futuras generaciones.

Como FUCOA, estamos cien por ciento enfocados en revalorizar al mundo rural de Chile, su riqueza cultural, la territorialidad de sus características y tradiciones, por lo que a través de iniciativas conjuntas como esta publicación, esperamos aportar desde nuestro quehacer a dar a la cultura rural y sus diversas expresiones el lugar que merece.

Francisca Martin Cuadrado
Directora Ejecutiva de FUCOA

PRÓLOGO

El diablo chileno: Caracterizando al personaje

"Y Jesús le preguntó: '¿Cómo te llamas?'.
Y él le dijo: 'Mi nombre es Legión, pues somos muchos'".
(Marcos 5:9)

Antes de empezar a hablar del diablo y su presencia en distintas tradiciones materiales e inmateriales de nuestro país, creemos que es fundamental caracterizar al personaje protagónico, de quien se han tejido tantas historias. Cabe señalar que tiene múltiples nombres y denominaciones, que pueden dividirse entre lo formal y religioso, y entre lo coloquial e informal, que corresponden a la manera en que las personas, a lo largo de la historia, se han ido relacionando con este misterioso personaje.

La palabra diablo proviene del latín diabŏlus, que fue adoptada del griego διάβολος (diábolos), que significa el que separa o divide, y crea odios, envidia o cólera. Otra interpretación es "el calumniador". Esta palabra ya era utilizada en textos griegos en el siglo V a. C. y, posteriormente, fue adoptada por los padres del cristianismo para nombrar al espíritu del mal.

Al igual que en el caso anterior, la palabra demonio proviene del latín daemonĭum, y esta del griego δαιμόνιον (daimónion), variante de δαίμων (dáimôn), que originariamente significaba espíritu o deidad, pero no necesariamente de carácter maligno. Con el advenimiento del cristianismo, la palabra δαίμων empezó relacionarse con la máxima encarnación del mal.

Por su parte, el vocablo nace del arameo הַשָּׂטָן, (ha-shatán), que significa adversario, enemigo, acusador, y del árabe شيطان (shaitán), que es el nombre con el que las religiones abrahámicas designaban a una entidad que representa la máxima personificación del mal. Se cree que la Iglesia adoptó esta palabra para designar al diablo por provenir de una lengua considerada "sucia", como el árabe.

Todos estos nombres —y muchos más— son útiles para caracterizar al "Maligno", el terrorífico personaje con que la tradición judeocristiana ha amedrentado a diferentes generaciones en occidente. Se trata del personaje que, por medio de tentaciones, lleva a las personas por el mal camino del pecado, y que termina condenando a sus almas para transformarse en el combustible que hace arder las llamas del infierno por toda la eternidad.

En la cita del Nuevo Testamento que encabeza esta introducción, se describe una escena en la que Jesús visita un endemoniado. Antes de exorcizarlo, le pregunta su nombre y el demonio le responde: "Mi nombre es legión, pues somos muchos". Y así como ese endemoniado afirmaba estar poseído por muchas entidades malignas, también podemos afirmar que el diablo chileno es una "legión" de muchos diablos, dependiendo del territorio, y también son muchos los nombres que recibe, que hablan de nuestra capacidad de poner sobrenombres, pero también de la reticencia de las personas por pronunciar la palabra diablo, como si el solo hecho de mencionar su nombre fuera una manera de invocarlo.

En su libro "Folclor chileno", Oreste Plath recopila un extenso listado de nombres utilizados a lo largo de nuestro territorio para designar al diablo o, por el contrario, para evitar mencionar su nombre: Azufrado, Cachos de Palo, Cachudo, Caifás, Chambeco, Cola de Ballico, Cola de Flecha, Coludo, Colulo, Cuco, Demontre, Destalonado, Diacho, Diantre, Empelotado, Enemigo, Enemigo Capital, Faramalla, Garrúo, Grandote, Lucifer, Malo, Maldito, Maligno, Malulo, Malvado, Mandinga, Matoco, Maulino, Mekola, Mentao, Patas de Hilo, Patas Largas, Patas Verdes, Patetas, Patillas, Pedro Botero, Perverso, Racucho, Rey o Señor de los Infiernos, Rey o Señor de las Tinieblas, Siete Pecheras, Siete Cruces, Tapatarros, Tentación y Tiznado. A este largo listado, podemos añadir tres que descubrimos durante esta investigación: el Caballero, el Discreto y el Pije.

De este diablo chileno se dice que es un huaso elegante y de buen porte, patrón de fundo; que siempre viste de negro, con mantas de castilla o chamantos de Doñihue; que cuando sonríe reluce un brillante diente de oro; que monta un corcel negro, como la noche, y que siempre calza una sola espuela en la bota izquierda. Así lo testimonia la tonada "El diablo", de autor desconocido:

El diablo con una espuela
adentro de una chingana,
bailaba la sajuriana
con una diabla chicuela.
Al toque de una vigüela,
saltaron los condenados,
se arrebató un pollo asa'o
que había sobre la mesa.
Y por tragarse una presa
el Diablo murió atora'o.

No obstante, esta tonada también nos refiere el carácter mundano e incluso vulgar de este diablo: baila cueca, se emborracha, hace perro muerto, juega a la rayuela y al monte, apuesta y pierde. Es agricultor, pero también minero. Puede ser poderoso y, al mismo tiempo, es un pobre diablo. Puede hacer pactos, entregando riquezas a cambio de almas, pero también puede ser engañado por los términos de un contrato cuyas cláusulas serían objetadas por el leguleyo más inexperto.

Para la realización de este libro, hemos realizado un recorrido por distintas localidades de Chile, como Pisco Elqui, Valparaíso, Petorca, Peñaflor, Conchalí, Pirque, Doñihue, Machalí, Los Andes, Alhué, El Huique y Hualañe, entre otras, para conocer y rescatar las historias que aún perviven en la memoria de los viejos y que corren el riesgo de perderse cuando ellos partan.

Las próximas páginas están dedicadas al Mandinga, al Cola de Flecha, al Cachudo; a este diablo chileno y a todas las historias que protagoniza, que continúan vivas en las distintas regiones de la zona central de Chile. A Satanás, ese otro diablo, no lo queremos ver ni en pintura.

Paula García Valenzuela

Pablo Poduje Silva

I

MÁS VALE DIABLO CONOCIDO

1. La identidad del diablo

En 1894, en la sección "Canciones Populares", del periódico "La Voz de Petorca", se publicó el poema titulado "La Muerte del Diablo", cuya autoría corresponde a Elías Lizana, quien ejercía como vicepárroco de Hierro Viejo. En sus versos, el religioso describe las múltiples andanzas y correrías del diablo en Petorca y alrededores, incluyendo su deceso en dicha ciudad y posterior inhumación en La Ligua:

El diablo nació en Mincha,
En Choapa se hizo minero,
En Chalaco perdió el poncho,
Y en Carén dejó el sombrero.

La Santa Cruz lo ahuyentó
De las Minas de Putaendo
Y San Miguel lo pilló
En Petorca remoliendo.

En el Papudo lo halló
San Pedro tomando baños
Y de un puntapié lo echó
A cama por todo un año.

El diablo murió en Petorca,
En La Ligua lo enterraron,
En Quillota le hacen honras,
Y en el Puerto acabo de año.

La diabla cuando lo supo
De pena se volvió loca
Y los diablitos decían:
Mi taita murió en Petorca.

La mortaja la tejió
Una vieja en Curimón
Y el cuerpo se lo llevó
Un buitre para el panteón.

El Diablo volvió a Petorca, en forma de buitre.

Este poema evidencia la familiaridad con que este diablo se movía por todo el territorio, como si fuera un ciudadano más. Sus conductas mundanas dan para cuestionarse si Lizana en verdad describía al propio Satanás o, por el contrario, se refería a otro personaje. En los próximos párrafos se intentará aclarar esta disyuntiva.

En el libro “Narraciones tradicionales de Petorca y sus alrededores”, publicado en 2015 y editado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, figuran cuatro leyendas que explican algunos de los versos de Lizana y que arrojan algo de luz acerca de la supuesta identidad del personaje.

El diablo siempre viste elegante, con sombrero y manto negro.

El primer relato, titulado "El diablo murió en Petorca y en La Ligua lo enterraron", de Ana Leyton Morales, se remonta a la época de bonanza económica de Petorca, producto de la minería del oro y la plata. En esa época, era tradicional que, una vez finalizadas las extenuantes jornadas de trabajo, los mineros bajaran al pueblo y repletaran las cantinas, generalmente, para gastar más de lo que producían, ya fuera en la barra del bar, en los juegos de azar o comprando la compañía de mujeres de vida fácil.

Una tarde, un desconocido de buen porte y mejor pinta ingresó a la cantina más concurrida de Petorca. Inmediatamente, llamó la atención de la concurrencia la inusitada fortuna de la que gozaba el desconocido: el hombre jugaba mucho dinero y apuesta que realizaba, la ganaba. Rápidamente, atrajo la atención de toda la clientela, principalmente la femenina, atraída tanto por su apariencia física como por su buena suerte y abultada billetera. Sin embargo, entre los parroquianos empezó a crecer el recelo. El recién llegado no solo les ganaba fácilmente en el juego, sino que además les quitaba a sus mujeres, por lo que empezaron a correr la voz y a esparcir rumores en el pueblo: como nadie lo conocía y no existía explicación racional para tanta suerte en el juego, el desconocido no podía ser otro que el mismísimo demonio.

Enfrentados a esta situación, un grupo de mineros se puso de acuerdo para seguir los pasos del supuesto diablo una vez que abandonara la cantina, con el objetivo de conocer todos sus movimientos y así dilucidar el misterio. Al salir de la taberna, el desconocido se subió a un brioso corcel negro, lo que hacía confirmar aún más sus sospechas, y recorrió una ruta hasta llegar a un lugar donde había una enorme tinaja de arcilla, donde depositaba todas las ganancias obtenidas en la noche de juerga y juego, para luego desaparecer en el bosque. Así ocurrió todas y cada una de las noches en que los hombres siguieron al desconocido.

Para el grupo de mineros ya no cabía ninguna duda: se trataba del diablo y debían darle muerte a como diera lugar para liberar al pueblo de semejante maldición. Una noche en que el aguardiente corrió con más generosidad de lo habitual, se armaron de valor y llegaron hasta la tinaja donde el desconocido arrojaba las ganancias de la noche. Sigilosamente, se ocultaron tras ella para esperarlo y darle muerte. Apenas llegó, los hombres se abalanzaron sobre él con puñales y estoques, consumando el criminal hecho. Cuando confirmaron que el supuesto diablo había dejado de respirar, lo revisaron y en su bolsillo descubrieron una estampita de la Virgen María, prueba definitiva para demostrar que el finado no era el personaje que sospechaban. Asustados y sin saber qué hacer, uno de los hombres sugirió tomar el cuerpo, llevarlo hasta La Ligua y enterrarlo allá para ocultar el crimen ("... y en La Ligua lo enterraron").

Tinajas de greda.

Otra historia que figura en la publicación, de autor desconocido, refiere a la misma época en que la principal actividad económica de Petorca era la minería del oro y la plata, que atraía a muchos hombres en busca de trabajo y fortuna. Desde el valle del Choapa llegó un minero muy trabajador ("En Choapa se hizo minero"), quien en esfuerzo les ganaba a todos los mineros locales. Sin embargo, todo lo que este hombre tenía de empeñoso, también lo tenía de borracho y pendenciero fuera de la faena. Bastaban unos pocos tragos para que este minero choapino se transformara y terminara demostrando su faceta más oculta y odiosa, convirtiéndose en un personaje peleón, mentiroso, atrevido y ladrón. Así, a poco andar, se ganó merecidamente el mote de "El Diablo".

Como si el apodo hubiese definido su personalidad, El Diablo comenzó a aprovechar cada descanso en la mina para descender de los cerros y cometer más de alguna fechoría en el pueblo, provocando terror en la población y atrayendo la atención de los policías. Después de

una larga búsqueda, en los cerros de Chalaco lo encontraron y le dieron una frisca que lo dejó con un pie en el otro mundo y, posteriormente, lo llevaron hasta la plaza de Petorca, donde le aplicaron más correctivos —a vista y paciencia de todo el pueblo—, castigo que fue suficiente para que el El Diablo recibiera su pasaporte hacia la otra vida.

Como este delincuente recibió la sentencia de muerte sin ser objeto de un juicio justo, los representantes de la ley recogieron el cuerpo inerte y lo llevaron a La Ligua para enterrarlo ("... y en La Ligua lo enterraron").

El siguiente relato, de autor anónimo, se remonta a la época de la Colonia, en las tradicionales chinganas que se celebraban en Petorca, donde se bailaba la cueca brava y se brindaba con chicha, chacolí, vino y mistela, como si el mundo se fuera a acabar al día siguiente.

Una noche en que las cantoras hacían vibrar sus guitarras, guitarrones y sus arpas, una joven petorquina deslumbraba a la concurrencia, bailando cual si fuese una llamarada y como si sus pies prácticamente no tocaran el piso. La joven bailaba sola, porque ningún hombre estaba a su altura como compañero de baile y, por lo demás, nadie quería perderse tamaño espectáculo. A medianoche, a la chingana se dejó caer un jinete montando un corcel negro como la noche más oscura. Al desmontar, aseguró al jamelgo en uno de los maderos instalados para ese efecto. Al ingresar al recinto, toda la concurrencia quedó deslumbrada ante la presencia de este huaso elegante, completamente vestido de negro y con un diente de oro que relumbraba.

El recién llegado se acercó a la mesa donde servían los tragos y, con monedas de oro, compró todo lo que había para beber, invitando a los contertulios a vaciar hasta la última botella. Ante tan inesperada muestra de generosidad, los presentes brindaban y exclamaban: "¡Que baile la visita, que baile la visita!". El desconocido se hacía de rogar, pero ante la insistencia, no le quedó más alternativa que sacarse el poncho, dejarlo sobre una silla y ponerse a bailar con la talentosa joven que, hasta antes de su llegada, provocaba el asombro de todos los parroquianos.

Con la boca abierta quedaron todos al ver el talento y la gracia de este huaso misterioso que, a cada vuelta que hacía la joven bailarina, él se hacía tres. Entre el desconocido y la joven ejecutaban una cueca intensa, nunca antes vista, y la gente, entusiasmada, aplaudía y vitoreaba; y no faltó la señora pechoña que exclamó "¡Ave María Purísima, qué bien baila este joven!". Ni bien terminó la frase, el desconocido desapareció tras una sonora explosión, dejando una fuerte estela de azufre.

El Diablo invitó a todos a tomar y brindar.

Esta es una leyenda que se ha escuchado en otras latitudes. Sin embargo, en la noche siguiente se escuchó cabalgar a un jinete que gritaba: "¡Devuélvanme el poncho, devuélvanme el poncho!", desde los cerros de Chalaco hasta el otro extremo de Petorca.

Así, en una noche de chingana, el diablo en Petorca perdió el poncho. Y, noche tras noche, se escuchaba su estentórea voz, exigiendo la devolución de su preciada prenda, interrumpiendo el sueño y la tranquilidad de todos los petorquinos.

El último relato, firmado por Miguel Vergara Ibacache, entrega datos más concretos acerca de la identidad del supuesto diablo, asociando el deambular por la provincia de Petorca a importantes hitos de la historia de nuestro país.

"Localidad de Chalaco".

Esta narración también transcurre en la época en que la minería del oro atrajo a un sinnúmero de personas que buscaban enriquecerse con el preciado metal y también a una cantidad de malhechores que esperaban ganarse la vida fácil gracias al esfuerzo de otros.

Ya había finalizado la Guerra del Pacífico y se habían firmado los acuerdos de paz, dejando a un importante número de soldados desocupados y olvidados por el Estado —como siempre ocurre cada vez que finaliza cualquier conflicto bélico—. Así, muchos de los sobrevivientes, abandonados a su propia suerte, se las tuvieron que arreglar para ganarse la vida, ya fuera por las buenas o por las peores.

Fue el caso de Juan Guerrero, quien había combatido en la Guerra del Pacífico. Haciéndole honor a su apellido, había partido como un simple soldado, pero el valor, la entrega y el compromiso demostrados en cada una de las escaramuzas del conflicto lo llevaron a ser ascendido a capitán. Se decía que, en el campo de batalla, Guerrero era tan valiente como inmisericorde con los enemigos, ganándose el sobrenombre de "El Diablo" entre sus compañeros de armas.

El "Diablo" habría sido un héroe de la Guerra del Pacífico.

Finalizado el conflicto, Guerrero quedó desocupado y no recibió el más mínimo reconocimiento por su entrega. Quizás, en venganza contra un Estado que le había dado la espalda después de arriesgar su propia su vida para defenderlo, este diablo formó una banda de forajidos, junto a un grupo de camaradas que, con crueldad, asoló fundos, asaltó en carreteras y secuestró y violó a mujeres, entre una larga lista de delitos que se iban incorporando a su prontuario. Todo esto, en un territorio que la banda del diablo utilizaba como coto de caza, que abarcaba desde Salamanca hasta el valle del Aconcagua. Así, luego de la comisión de cualquier acto delictual, la banda se ocultaba de la acción de la justicia entre cerros y quebradas, sin dejar el más mínimo rastro.

Rápidamente, la pandilla liderada por El Diablo se convirtió en un verdadero dolor de cabeza para las autoridades de la época. Cometían un delito por acá y al poco tiempo asaltaban a viajeros por allá, como si estuvieran en todas partes y, al mismo tiempo, en ningún lugar.

Las andanzas de este diablo provocaron que la gobernación formara un destacamento especialmente dedicado a darle caza. Un día, la fortuna les sonrió: hasta el cuartel policial de Petorca llegó un soplo, indicando que El Diablo se encontraba en una chingana cerca de Chalaco, junto a su enamorada, quien pertenecía a un grupo de cantoras denominado "Las Petorquinas".

La policía llegó hasta el lugar y El Diablo intentó escapar, pero fue acorralado por los representantes de la ley, quienes lo superaban en número. Y, aunque dio la pelea hasta el final, los policías le propinaron tal golpiza, que el delincuente falleció en el mismo lugar donde fue sorprendido. El cuerpo inerte fue subido a una carreta, que recorrió las distintas localidades de Petorca y todo el trayecto hasta La Ligua, para que los camaradas que aún les faltaba por capturar vieran el destino que les esperaba.

En La Ligua, el finado fue amarrado a un poste y exhibido así a la población durante varios días. En un momento, el guardia que lo vigilaba se ausentó y, al regresar, se percató de que el cuerpo de El Diablo había desaparecido. Se dice que una mujer piadosa se hizo cargo del cadáver para darle cristiana sepultura.

La historia no concluye aquí: la crónica de la época asegura que El Diablo regresó a Petorca, pero en forma de un gran buitre negro, para alimentar aún más su leyenda.

2. El macho cabrío

También en el libro "Narraciones tradicionales de Petorca y sus alrededores" figura la última historia protagonizada por el Cachudo, titulada "El Macho Negro", que relata la historia de dos arrieros que llevaban a las cabras a pastar entre cerros y quebradas.

Una noche, agotados después de haber cabalgado durante una larga jornada, los arrieros se sentaron alrededor de una fogata, compartieron una frugal cena y, extenuados, se rindieron al sueño, debajo de un quillay seco.

A eso de la medianoche, uno de los arrieros se despertó sobresaltado por el sonido de una de las cabras que se había escapado del lugar donde las habían asegurado. El arriero se levantó raudo, sabiendo que no podía darse el lujo de perder un solo animal.

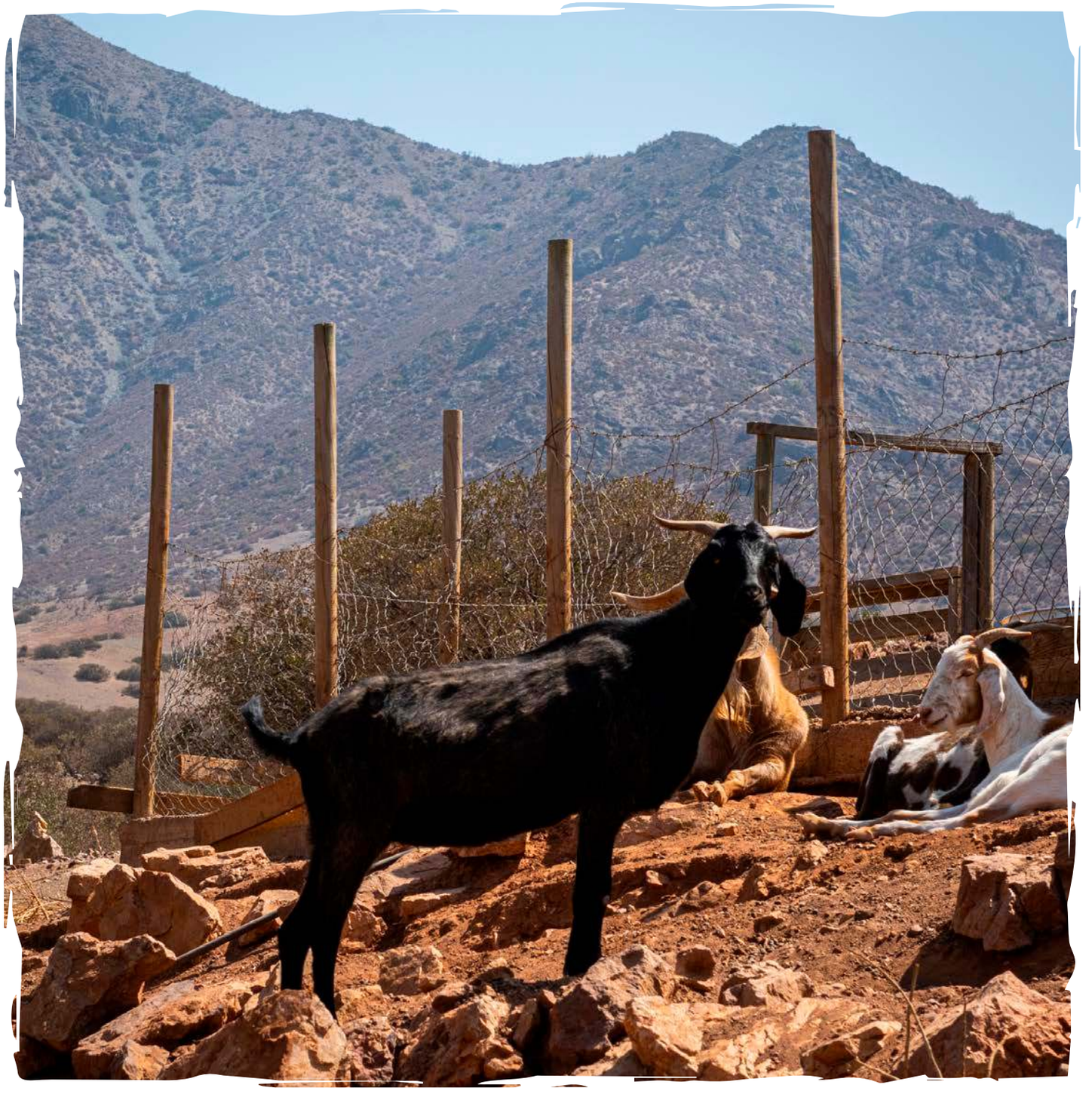
A pesar de ser noche cerrada, la oscuridad no fue impedimento para darse cuenta de que el animal que se había liberado era un macho cabrío negro como el carbón, que lo observaba con una mirada penetrante.

El hombre cogió el lazo para arrear al animal en arriesgada carrera, mientras el macho cabrío saltaba ágil entre las rocas del cerro. El arriero lanzó el lazo y consiguió el objetivo de traerlo de vuelta. Sin embargo, el animal demostraba una fuerza inusitada, arrastrando a su captor hasta una ciénaga donde este comenzó a hundirse. A pesar de la desesperación, el hombre no soltaba el lazo y el animal lo observaba y parecía sonreír con una mueca burlona, dejando ver unos dientes de oro que relucían en la oscuridad.

Cuando ya se hundía, sintió que alguien lo laceaba y vio a su compañero que tiraba de una cuerda para sacarlo del fangal: "¡Huevón, cómo se te ocurre meterte en el barro!", le espetó su salvador. Ya fuera de peligro, el arriero fue a revisar y se dio cuenta de que el macho negro, junto al resto de las cabras, estaba en el mismo lugar donde lo habían dejado al anochecer. Recién ahí tomó conciencia de que el macho que había laceado y lo había arrastrado no era su animal.

En ese momento, tiritando de frío y miedo, le relató a su compañero la espeluznante experiencia que había vivido minutos antes. "¡Satanás te quería llevar!", le dijo su amigo, entre risas. "Menos mal que te escuché gritar, de lo contrario, a estas alturas, ya estarías en el infierno", agregó.

Aterido y aún presa del susto, el arriero avivó el fuego y rezó el padrenuestro una y otra vez, hasta que las luces del amanecer le devolvieron la paz. De más está decir que nunca volvieron a llevar las cabras a ese lugar donde el diablo se aparece en la tradicional forma de un macho cabrío negro.



El macho cabrío negro desde siempre ha sido relacionado con el diablo.

Doñihue

Región del Libertador General Bernardo O'Higgins.

Enclavada en el valle central de nuestro país, esta comuna está compuesta por las localidades de Doñihue y Lo Miranda, que concentran una serie de tradiciones profundamente arraigadas en nuestra identidad patria.

3. Doñihue: El diablo, entre chamanto y chacolí

Doñihue es una comuna que pertenece a la provincia de Cachapoal, en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Enclavada en el valle central de nuestro país, esta comuna está compuesta por las localidades de Doñihue y Lo Miranda, que concentran una serie de tradiciones profundamente arraigadas en nuestra identidad patria.

Doñihue es la cuna de las chamanteras, artesanas que mantienen viva la confección de chamantos, que son los ponchos o mantas ornamentales que visten los huasos en ocasiones especiales. Es un trabajo delicado, debido a que se elaboran con hilo de seda y lana, que puede demandar hasta seis meses en su fabricación y que en esta comuna se ha consolidado como un oficio familiar, que se ha ido heredando de generación en generación. La particularidad que tiene el chamanto respecto de una manta común y corriente es su reversibilidad, cuyas finas terminaciones permiten que ambas caras puedan ser utilizadas. De esta manera, la cara más oscura se viste de día, mientras que la más clara se usa de noche.

La comuna de Doñihue también es considerada la capital nacional del chacolí, vino blanco o rosado, muy ligero y de origen vasco (*txakolin*), que también es reconocido como el "vino de la independencia", porque con esta bebida se habrían llenado las copas para brindar por la victoria en la batalla de Chacabuco, en 1817. La relación entre este tipo de vino y Doñihue es tan profunda, que desde 1975 en esas latitudes se celebra la Fiesta del Chacolí, para mantener viva esta tradición vitivinícola que había sido injustamente desplazada por los vinos de origen francés.

La economía doñihuana se sostiene en la actividad agropecuaria. A la agricultura se le suman enormes plantas faenadoras avícolas que dan la bienvenida a los visitantes. También, indirectamente, la minería del cobre da trabajo a sus habitantes, dada la proximidad de la comuna con la ciudad de Rancagua, sede de la División El Teniente de Codelco. Así, entre campo y minería, el diablo se entromete en las historias antiguas de los viejos, en una comunidad que rehúsa conversar abiertamente del tema e incluso evita mencionar su nombre, utilizando eufemismos para denominarlo. Cuando se les pregunta por el diablo, hablan del "Caballero" o el "Personaje", cambiando rápidamente de tema, como si la sola mención de su nombre fuera una forma de invocar su presencia.

Sin embargo, en la Biblioteca Pública de Doñihue se puede encontrar un ejemplar del librillo "Mitos y leyendas de Doñihue", de Sigifredo Acevedo Segovia, profesor de enseñanza básica quien, voluntariosamente, se encargó de recopilar las historias que circulan por el territorio y llevarlas al papel, en una edición financiada por la Municipalidad de Doñihue, donde describe breves relatos de brujos, duendes, entierros y, por supuesto, del diablo. La mayoría de los cuentos son arquetípicos, es decir, las mismas historias se han escuchado o leído como originarias de otras localidades, pero el recopilador se encarga de situarlas geográficamente en territorio doñihuano.

Sin más preámbulo y con el permiso de don Sigifredo, nos tomaremos la libertad de relatar algunas de sus historias en las siguientes páginas.

Cuando el diablo se aburre

Cualquier persona que dedica su tiempo a realizar la misma tarea de forma repetitiva o rutinaria termina por verse sumida en el más profundo tedio. Esa misma sensación le sobrevino un día al diablo en el infierno, aburrido de provocar suplicios y martirios a las almas que en vida habían desviado su camino. Así que, para distraerse de su faena, decidió salir a dar unas vueltas y buscar a nuevos candidatos que avivaran las llamas del averno.

Cuenta don Sigifredo que el diablo, en una de sus escapadas, llegó hasta Rancagua para arreglar cuentas con un cristiano, con quien había hecho un pacto. Coincidió que era fin de mes, fecha de pago de los mineros, y se encontró con varios de ellos que salían de las oficinas de calle Millán con sus billeteras abultadas, quienes lo invitaron a celebrar el canto de Gardel en una cantina cercana. El diablo, sediento y hambriento, fue incapaz de rechazar tan espléndido convite y se dispuso a disfrutar de un contundente almuerzo, regado con mostos de la región. Satisfecho y embriagado, a la hora de la despedida, se comprometió a regresar al mes siguiente.

Así no más fue: cuando los mineros estaban recibiendo su salario, apareció el diablo, quien sin gran esfuerzo, los convenció de repetir la comilona, incluso ayudando a pagar la cuenta. Cenaron en el mejor restaurante y, terminados los postres, el Mandinga los desafió a ir a la Casa de Ladrillos, en la calle Rubio, a bailar cueca y otros sones. En el recinto, fue tanto el talento que desplegó el diablo bailando, que se corrió la voz y llegó gente de las poblaciones más apartadas para verlo. Eso sí, la única condición que el Cola de Flecha impuso para cualquier curioso que deseara ingresar a la casa era que, en su presencia, no podía portar medallitas, cruces ni escapularios.

Tras la segunda juerga, el diablo quedó con ganas de chingana y al mes siguiente organizó una gran fiesta para celebrar el encuentro de un entierro de oro que había en Camarico de Doñihue. Dicen que, decidido a tirar la casa por la ventana, no escatimó en gastos y mandó a sacrificar 15 vaquillas, y encargó siete pipas de vino tinto y siete de blanco, cosa que ningún comensal se quejara de hambre ni de sed. Sus compadres de juerga convocarían a los invitados a la Casa de Cristal, en la calle Calvo, en Rancagua, recalcando la misma condición anterior: nadie podía asistir portando medallas, escapularios, rosarios ni crucifijos.

El diablo invitaba con la condición de que nadie llevara medallas, cruces o escapularios.

Ya era medianoche y la fiesta estaba en su apogeo, con el diablo bailando incansable, sacando chispas y humo a la pista de baile en cada pie de cueca que entonaban las cantoras traídas de Graneros. En lo mejor de la fiesta, llegó un anciano que intentó ponerse al día con las copas, empinando el codo como si no hubiera un mañana. Al poco rato, los asistentes vieron al viejo avivando la cueca al diablo bailarín con exagerado entusiasmo: "¡Esta sí que es cueca, mi alma! ¡Huifa, rendija, la mama, la hija!".

"En lo mejor de la fiesta, llegó un anciano que intentó ponerse al día con las copas, empinando el codo como si el mundo se fuera a acabar al día siguiente".

"Con solo escuchar la invocación a la Santa Patrona, el diablo estalló en sonora explosión, dejando el pueblo hediondo a azufre por mucho tiempo".

Haciendo gala de sus mejores pasos, el diablo arrojó su chamanto al suelo con elegancia y el anciano no pudo menos que exclamar "¡Virgen Santísima, qué bien baila este roto!". Con solo escuchar la invocación a la Santa Patrona, el diablo estalló en sonora explosión, dejando el pueblo hediondo a azufre por mucho tiempo.

Después de este acontecimiento, los lugareños cuentan que, de vez en cuando, el diablo se aparece por Rancagua y sus alrededores buscando almas para llevarse al infierno, pero ya nunca más en el día de pago de los mineros. También dicen que desaparece con viento fresco cada vez que alguien advierte: "¡Por la Virgen Santísima, arranca que viene el viejo curao!".

La guagua que ríe

Don Sigifredo también cuenta la historia de dos vecinas de Valparaíso de Doñihue, quienes salieron de sus casas al campo en busca de palos para avivar el fogón donde cocinarían el almuerzo. Hurgando en el baldío, entre unas matas y unas basuras, escucharon los tiernos balbuceos de una guagua. Miraron a su alrededor, encontrando a un encantador bebé y se

"Al escuchar esto, las mujeres asustadas tiraron la guagua, diciendo: "¡Dios Santo, esto es obra del Demonio!".

preguntaron quién habría sido la infeliz madre que había abandonado a esa pobre e indefensa criatura en ese sitio tan inhóspito. Las buenas mujeres la tomaron en sus brazos, le dieron abrigo y regresaron con ella a casa. Todos los familiares se maravillaron ante el querubín que a todos regalaba una sonrisa.

Una de las mujeres asumió el rol de madre y un día se fue de compras con la guagua en coche. En el almacén, las vecinas la tomaron en brazos y se sorprendieron por su belleza, simpatía y encanto. Sin embargo, una de ellas, al mirarla detenidamente, con sorpresa, expresó: "¡Qué curioso! Esta guagua ya tiene todos sus dientes". No terminó de decir esto, cuando la criatura dijo, mirándola: "¡Quiero carcocho! ".

Al escuchar esto, las mujeres asustadas tiraron la guagua, diciendo: "¡Dios Santo, esto es obra del demonio!".

Antes de caer al suelo, se escuchó una fuerte carcajada y la guagua se esfumó en el aire, dejando el ambiente cargado de olor a azufre.

La Puntilla del Chivato

Este relato está contenido en el libro "Retratos: rescate del patrimonio inmaterial de la comuna de Doñihue", de Carolina Ruiz López y Éric González Arriaza, que dedica un párrafo a un cerro denominado la Puntilla del Chivato (también conocido como Punta Alta), ubicado entre La Rinconada y la Plazuela de Lo Miranda. La Puntilla del Chivato se denomina de esa manera debido a su forma, que se asemeja a la pera de un macho cabrío (animal tradicionalmente relacionado con la figura del diablo). Cuenta la leyenda que cuando una persona asciende hasta la cima de este monte se pone a temblar, por eso nadie se atreve a escalarlo.

Un campesino que trepó hasta su cumbre relató que cuando alcanzó la cima, con el objetivo de recolectar leña, los peumos, quillayes, maitenes y coligües comenzaron a bailar y la tierra temblaba por los cuatro costados. Era tanto el movimiento telúrico que a duras penas el campesino podía mantenerse en pie, a tal punto que el cerro lo devolvió rodando por la ladera.

Una vez abajo, el leñador fue corriendo a relatar lo sucedido al sacerdote de la villa. No era la primera vez que el cura escuchaba una historia similar, y para resolver el diabólico comportamiento de este cerro, mandó a fabricar una imponente cruz de madera, que transportó en una romería tirada por dos mulas y acompañada de forzudos voluntarios que se encargarían de instalar el símbolo santo, con el objetivo de bendecir y pacificar el terreno. A falta de escasos metros para alcanzar la cúspide e instalar el crucifijo, el terreno demostró

"Se ha visto al Diablo bailando cueca de manera enérgica y sacando chispas con el roce de sus espuelas con el piso, con el objetivo de derribar las cruces que los cristianos instalan en el cerro para espantarlo."

toda su furia, echando por tierra la cruz, los animales y a todos los integrantes de la procesión. Sorprendido y asustado, el párroco dijo "Es justo aquí, en este sitio en que nos detiene Dios donde hay que instalar este crucifijo", sitio donde aún se puede ver y que es visitada por congregaciones religiosas y turistas.

De la Puntilla del Chivato también se cuenta que en su cima se ha visto al diablo bailando cueca de manera enérgica y sacando chispas con el roce de sus espuelas contra la roca, con el objetivo de derribar las cruces que los cristianos habían instalado en el cerro para espantarlo. También dicen que el diablo bajaba del cerro hasta Lo Miranda, donde se embriagaba y raptaba a doncellas que desaparecían en el monte.

Por último, para los habitantes del sector, la explicación de tanto misterio es que se trata de un cerro encantado, que esconde un secreto que aún está pendiente de ser develado.

"Era tanto el movimiento telúrico que a duras penas el campesino podía mantenerse en pie."

Valle del Elqui

Región de Coquimbo

Abundan los relatos de avistamientos de ovnis y más de algún habitante asegura haber sido contactado por seres de otro planeta en esas latitudes.

4. En los dominios del Pije

Si fuésemos capaces de definir de alguna manera al valle del Elqui, quizás podríamos hacer un paralelo con el Macondo que Gabriel García Márquez describe en "Cien años de soledad", porque hay algo de realismo mágico en todo el territorio. Un ejemplo de ello es Vicuña, una de las localidades enclavadas en el valle, que fue la cuna de Lucila Godoy Alcayaga, poeta que el mundo conocería bajo el nombre de Gabriela Mistral, quien recibió el Premio Nobel de Literatura en 1945. Los prístinos cielos que cubren este valle lo han convertido en uno de los destinos preferidos en el mundo para ver las estrellas y desentrañar los secretos del universo, lo que quedó confirmado con la verdadera invasión de turistas que se dejó caer para el eclipse que se avistó en la región, en julio de 2019. Y si del universo se trata, abundan los relatos de avistamientos de ovnis y más de algún habitante asegura haber sido contactado por seres de otro planeta en esas latitudes.

En el valle del Elqui, el reloj pareciera transitar a menor velocidad, como si no tuviera ningún apuro. Así las cosas, es muy habitual ver a longevos habitantes en excelentes condiciones de salud física y mental. En ese terruño, la amabilidad es verbo y todo el mundo saluda al forastero. Allí la tierra es generosa y amable, y una prueba de ello son las parras que abundan en el valle, de un vivo color verde claro, de las cuales los lugareños cosecharán las vides que el tiempo y algunos procesos químicos transformarán en pisco.

Estas tierras incluso tuvieron su Mesías: el campesino Domingo Zárate Vega, quien vivió entre 1898 y 1971, durante gran parte de su existencia afirmó ser el Hijo de Dios, afincándose en estas tierras donde, acompañado de doce apóstoles, bautizaba a sus seguidores en las aguas del río Elqui, siendo reconocido como el Cristo de Elqui. Y si el valle del Elqui tenía su cristo, también debe tener su propio diablo.

Dentro de las historias relatadas por los lugareños, nos contaron acerca del Pije, un huaso elegante, de buen porte, siempre vestido de negro y con diente de oro, que era frecuente verlo montar un brioso corcel negro, infundiendo temor a cualquiera que se lo encontrara. Llama la atención el parecido que existe entre el Pije y la descripción del diablo en algunas localidades rurales de la zona central de nuestro país. Lo más probable es que Pije corresponda a un eufemismo para evitar mencionar el nombre del Malulo, como ya ha ocurrido en otras

El valle del Elqui.

provincias. Como dicen por ahí, si tiene patas de caballo, cola de caballo y cabeza de caballo, no puede ser otra cosa que un caballo. Por lo tanto, dadas las similitudes, qué duda cabe que el Pije no sea otro personaje que el propio diablo haciendo de las suyas en el valle del Elqui.

El señor de las cobranzas

La hoja de ruta incluyó el valle del Elqui como parte del itinerario de la investigación, debido a una curiosa historia relatada por Claudio, quien se dedica a la venta de espacios publicitarios en un medio de comunicación escrito. Al comentarle que estaba iniciando un proyecto de recopilación de leyendas relacionadas con el diablo, de buenas a primeras, soltó una frase contundente: "Yo conocí al diablo", que fue seguida por un escéptico silencio. Como la aclaración no salió de su boca espontáneamente, me vi obligado a pedirle que explicara a qué se refería con esa llamativa frase y relató la siguiente historia.

Después de contraer matrimonio con Paula, en noviembre de 1995, viajaron de luna de miel a Tongoy, en la Región de Coquimbo. Aunque las altas temperaturas ya presagiaban la llegada del verano, aún era temporada baja y la avalancha de turistas todavía era lejana. Por lo tanto, durante una semana, los recién casados disfrutaron de la soledad y la tranquilidad del balneario, como si todo estuviera preparado exclusivamente para ellos.

El tiempo transcurre vertiginoso cuando se está disfrutando. Y eso le sucedió a la pareja, por lo que avisaron en sus respectivos trabajos que alargarían su luna de miel en una semana más. Aprovechando el tiempo adicional y no planificado, decidieron cambiar de destino y viajar al valle del Elqui, que ninguno de los dos conocía.

Iniciado el viaje, hicieron una corta escala en La Serena para consultar por alojamiento en el valle. La principal condición que debía contar el hotel donde se alojarían era que, entre sus servicios, debía ofrecer piscina. El único establecimiento que, por entonces, cumplía con ese requisito era el Hotel Elqui, ubicado en la localidad de Pisco Elqui.

Hotel Elqui, donde el Diablo se alojaba una vez al año para cobrar almas en el valle.

Al igual que Tongoy, Pisco Elqui presentaba una sequía de turistas, por lo tanto, en el hotel los atendieron con particular atención; más aún, teniendo en cuenta su condición de recién casados. Los días pasaban con la calma que caracteriza al valle y se dedicaron a recorrer los pueblitos cercanos y a aprovechar la piscina del hotel para capear el intenso calor de la zona norte.

Una tarde, cuando casi comenzaba a anochecer, llegaron nuevos pasajeros al hotel: una pareja bastante dispareja. Se trataba de un hombre que superaba generosamente los 50 años, acompañado de una joven que, con suerte, habría cumplido los 20. Mientras Claudio y Paula tomaban un aperitivo, los recién llegados preguntaron si no les molestaba compartir mesa y disfrutar en conjunto de la velada.

La pareja no era dispar solo en edad: mientras el hombre, bien vestido y con pinta de galán maduro de teleserie, era encantador y manejaba con talento el arte de la conversación; la joven apenas hablaba y, cuando lo hacía, era para manifestar su admiración por las cosas que decía el caballero. Al presentarse, Claudio y Paula dijeron que eran publicistas y que estaban de luna de miel. Por su parte, el huésped comentó que se dedicaba a las cobranzas, oficio que lo había llevado a recorrer el mundo entero. Incluso, contó que su quehacer le había permitido ingresar al mismísimo Palacio de La Moneda, en Santiago.

En este punto, a Claudio le empezaron a surgir algunas dudas: ¿qué tipo de cobranzas lleva a este personaje a viajar por todo el mundo? ¿Trabajaría para una naviera, quizás? ¿Y por qué realizaba cobranzas directamente en La Moneda? Igual, el tema de las cobranzas es bastante árido y no da para iniciar una conversación entretenida, por lo tanto lo dejó pasar, sin hacer más preguntas al respecto. En un momento, el caballero confesó que también leía el tarot y, tras el entusiasmo de Paula, sacó un mazo y distribuyó las cartas sobre la mesa, tratando de descifrar el mensaje que escondían acerca del futuro de la recién casada. Luego de un momento de silencio y concentración, el tarotista recogió el naipe, excusándose: "Eres tan joven y estás recién casada. ¡Para qué te voy a aburrir con estos temas!", guardando las cartas.

La noche había transcurrido casi sin darse cuenta: las dos parejas habían pasado una estupenda velada, bien conversada y compartida. Cuando ya era tarde, el caballero se excusó por tener que retirarse a su habitación: al día siguiente partirían muy temprano del hotel, lo que los obligaba a madrugar. Antes de despedirse, intercambiaron teléfonos, en pos de un futuro encuentro y solicitaron a un mozo que les sacara una foto a los cuatro, como recordatorio de la velada.

Cuando Paula y Claudio llegaron a su habitación, se apoderó de ellos un miedo opresivo e inexplicable. La noche estaba oscura como boca de lobo; el cielo, sin luna, casi no presentaba estrellas, como si un paño de oscuro terciopelo lo cubriera. La sensación de terror de la pareja se acrecentaba con los angustiosos aullidos de perros que desgarraban el silencio nocturno. El inexplicable terror que se respiraba en el ambiente impidió que pudieran conciliar el sueño.

Habitación del Hotel Elqui.

A la mañana siguiente, cuando bajaron a desayunar, había una señora haciendo el aseo en la habitación que había abandonado la otra pareja. Con el ceño fruncido, les consultó si habían compartido con los huéspedes que se habían alojado en ese cuarto y si habían intercambiado datos de contacto. Claudio respondió afirmativamente a ambas preguntas. La reacción de la señora los sorprendió: "¡Quemen el papelito con los datos de ese señor! Si se sacaron fotos, ¡quémenlas también!". Ante la extrañeza de la pareja y sin mediar pregunta, la señora continuó: "¡Ese señor es el mismísimo diablo! Viene todos los años a cobrar almas al

valle del Elqui, que después se lleva al infierno y siempre se aloja en esta misma habitación". Ante la perplejidad de los recién casados, la señora agregó que las tareas de aseo, además de aspirar o cambiar sábanas, incluían colgar ramas de ruda para limpiar la oscura energía con que quedaba cargada la habitación, tras la visita del supuesto demonio.

Sin dudarlo un segundo, Claudio rompió en pedacitos la tarjeta de visita que le había entregado el enigmático personaje y trató de olvidar este encuentro para gozar los últimos días de unas inolvidables vacaciones.

A la semana siguiente de haber regresado, la tragedia hizo olvidar los buenos momentos disfrutados: el padre de Paula falleció de forma inesperada y casi ocho meses más tarde, ocurrió lo mismo con su madre. Aún, ante tan triste escenario, fue inevitable recordar al supuesto diablo con que habían compartido esa noche en Pisco Elqui, que había tirado las cartas del tarot y pensaron que quizás había sido capaz de leer las desgracias que sobrevendrían en el futuro cercano de Paula y, por esa razón, no concluyó su lectura.

Mucho tiempo después revelaron los rollos de todas las fotos que habían sacado durante la luna de miel y, entre ellas, apareció la fotografía que inmortalizó a las dos parejas que se habían conocido durante esa inolvidable jornada en el Hotel Elqui. La imagen también tenía una curiosidad: mientras los recién casados y la joven veinteañera salían con los ojos rojos, a causa del típico efecto de la luz del flash directo al rostro que provocaban las cámaras analógicas, el supuesto diablo era el único que no presentaba las consecuencias de ese efecto óptico: sus ojos aparecían de forma normal, como complemento a una enigmática sonrisa. Al ver la fotografía, recordaron la voz de la señora, advirtiéndoles respecto del personaje. No dudaron en romper la foto y la tiraron a la basura.

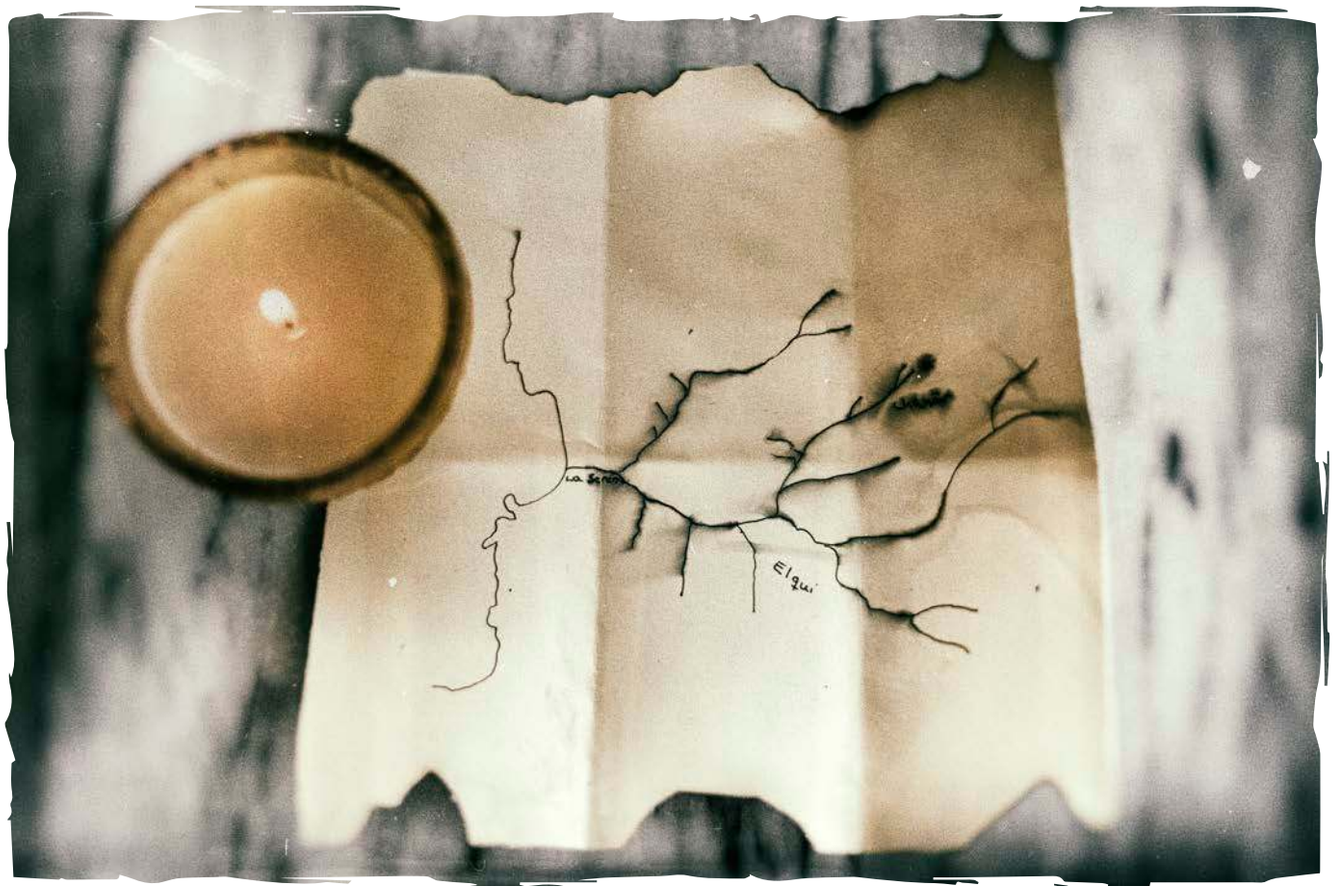
Ya han transcurrido más de dos décadas desde entonces. Luego de escuchar esta historia, visitar Pisco Elqui se hacía mandatorio para conocer el hotel donde supuestamente se alojaba el diablo y, si había fortuna, conocer a algún testigo de su presencia. Para ello, conversamos con Julio Avilés, dueño y administrador del Hotel Elqui, le describimos la historia a grandes rasgos, pero lamentablemente no tenía mayores antecedentes respecto de esta historia. Eso sí que, por la naturaleza del relato, reconoció tener alguna idea de quién podría haber sido la señora que les advirtió a Claudio y a Paula de las periódicas visitas del diablo al valle del Elqui: se trataba de una funcionaria que había trabajado en el hotel hace mucho tiempo y que luego había renunciado, sin saber cuál sería su actual paradero.

Y, si bien no nos aportó mayores pruebas que confirmaran al diablo como huésped del hotel, en cambio, nos compartió la sabrosa historia que relataremos a continuación.

De piratas y diablos

Julio nos comentó acerca de una de las historias que narraba don César Esquivel, quien fuera carabinero y que, como parte de sus funciones, le correspondió recorrer a caballo gran parte de la cordillera de la región, donde además de cumplir con lo que se le encomendaba, aprovechaba de conversar con arrieros y campesinos. Renunció a la institución en 1954. Aparte de dedicarse a la agricultura, a la ganadería y al servicio público, escribió cinco libros donde recopiló muchas de las historias que le relataron durante su labor policial.

Se cuenta que durante los siglos XVI y XVII se produjeron muchos ataques de piratas en la bahía de Coquimbo y en La Serena, siendo sir Francis Drake el más emblemático. Ante la inminente amenaza corsaria, se dice que los españoles reunían todas sus riquezas y subían al valle del Elqui a enterrarlas, como único método para dejar el oro y las joyas a buen recaudo. Para recordar el punto exacto donde habían ocultado tan valiosos tesoros, elaboraron mapas de improvisada cartografía, que se fueron perdiendo y encontrando con el tiempo, o pasando de abuelos a nietos, como parte de una potencial y fastuosa herencia.



Mapa del tesoro.

De acuerdo con el relato de César Esquivel, en más de una ocasión vez se acercaron hasta alguna localidad del valle del Elqui forasteros portando mapas y dispuestos a contratar personas que los ayudaran a desenterrar estos tesoros ocultos y mulas para transportarlos.

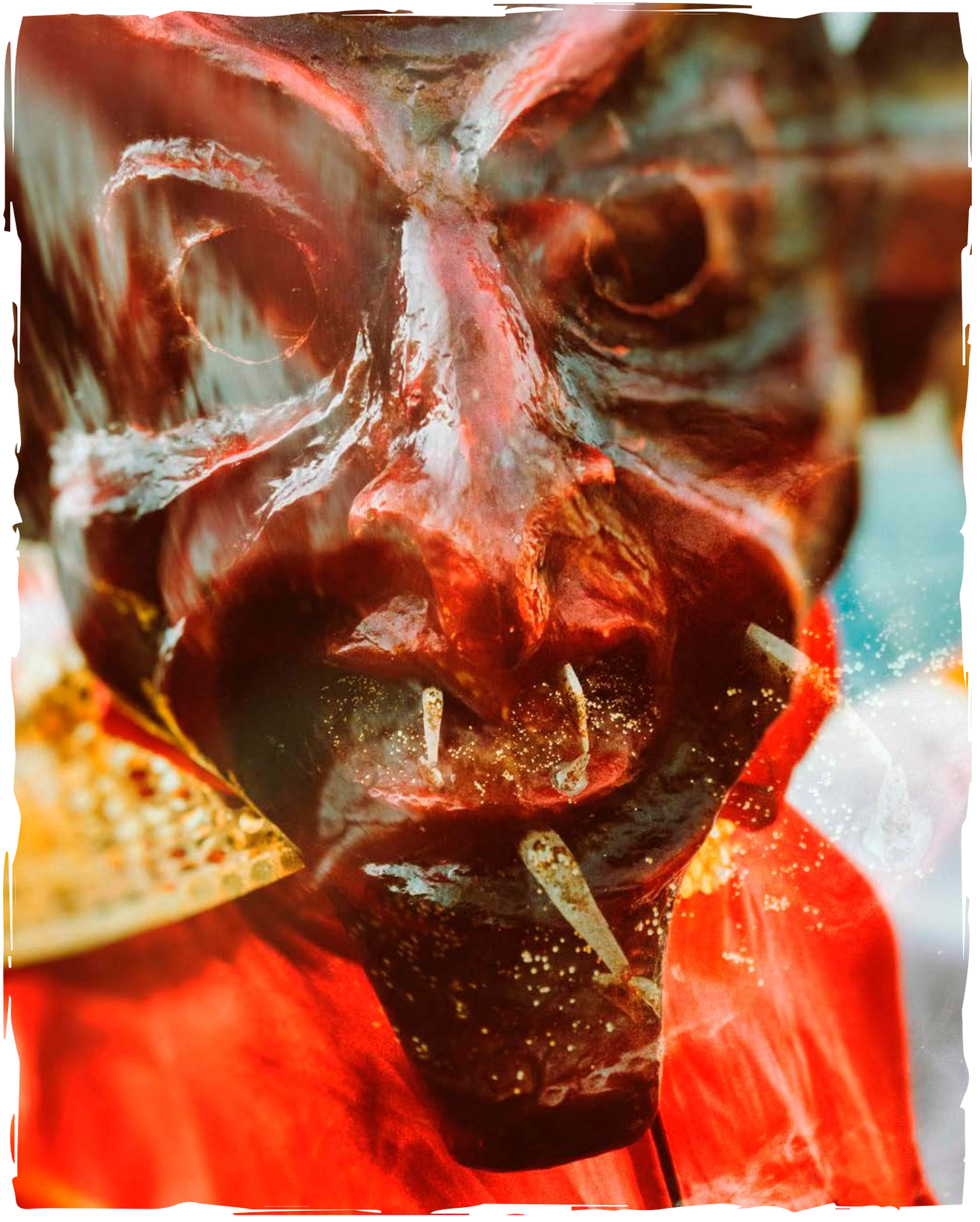
En una de esas ocasiones, llegó un afuerino en busca de un jornalero o albañil que lo ayudara en el desarrollo de un particular proyecto. Cuando encontró a uno bien dispuesto, le explicó las características de su propósito: buscar un tesoro español, oculto en algún lugar del valle. Para ello, iba premunido de un añoso y gastado mapa que, en su familia, había pasado de padre a hijo a lo largo de varias generaciones.

Al revisar el plano, el lugareño aseguró conocer la zona como la palma de su mano, por lo que no sería problema llegar a la X que demarcaba el punto exacto donde estaría enterrado el tesoro. Le recomendó también que era mejor salir de noche, porque de día claro todos los habitantes se darían cuenta de la naturaleza de la empresa y tendría que compartir el tesoro con todo un pueblo. Eso sí, había que ir con cuidado, porque era sabido que el propio diablo protegía los entierros.

Así, mientras todo el poblado dormía, el grupo formado por el forastero, dos jornaleros y dos mulas inició la ruta que los llevaría hasta el lugar exacto donde se encontraría enterrado el tesoro de los conquistadores. Luego de unas horas de ascenso, llegaron hasta una gran peña y uno de los lugareños exclamó: "¡Aquí es, aquí es!". Con entusiasmo, todos empezaron a cavar, hasta que sintieron un ruido y detrás de la roca apareció el mismo diablo, con su nauseabundo olor a azufre, que asustó al forastero, quien emprendió espantado el camino de regreso en la oscuridad de la noche.

¿Por qué solo se asustó al forastero? Pues, los lugareños se habían concertado con un tercer compañero disfrazado de demonio para espantar al aventurero. Con esa artimaña, se quedaron con el mapa y, tiempo después, ascendieron para desenterrar el tesoro, esta vez por la ruta correcta que indicaba el plano y se hicieron inmensamente ricos. Pero ya es sabido lo que ocurre con el dinero mal habido.

Es cierto que en esta historia no aparece el Cola de Flecha, pero sin duda los tres compañeros que ahuyentaron al forastero resultaron ser más diablos que el propio diablo.



"Hasta que sintieron un ruido y detrás de la roca apareció el mismo diablo, con su nauseabundo olor a azufre".

Del Pije y otros relatos

Durante nuestra estadía en Pisco Elqui tuvimos la oportunidad de conversar, principalmente, con algunos longevos lugareños, que son depositarios de leyendas que les fueron narradas por sus ancestros. Este conjunto de historias conforma una mitología particular del territorio, pero que, al mismo tiempo, pareciera viajar hacia otras latitudes, debido a las similitudes y paralelos con narraciones de otras regiones, como si el viento se encargara de llevarlas.

Se contaban historias durante de la pela de duraznos.

Muchas de estas historias se contaban durante las pelas de durazno tras la cosecha. Se disponían canastos repletos melocotones y, al fondo, se colocaba una chuica de vino blanco, de manera que todos alrededor se ponían a pelar los frutos para las conservas y, cuando terminaban, el vino era la recompensa. Mientras pelaban los duraznos, surgían pelambres y también historias que les ponían los pelos de punta.

Los entrevistados en Pisco Elqui nos refirieron relatos sobre La Llorona, de entierros, apariciones, penaduras y duendes. También nos comentaron acerca de cómo factores de la naturaleza eran presagio de muerte, como el canto del tucúcaro, una especie de lechuza, que nadie desea escuchar su canto cerca del hogar, porque su ulular es presagio de muerte de algún integrante de la familia. También, cuando se deja caer una neblina densa que todo lo cubre, es anuncio de muerte en el pueblo, pero por partida triple, es decir, fallecen tres personas seguidas. Eso sí, advierten, el vaticinio es preciso solo en algunas ocasiones.

Pero si un personaje se repitió en las narraciones era el Pije, descrito en la introducción de este libro. Los lugareños cuentan que se aparece en las destilerías de pisco, deambulando entre alambiques y toneles. Hay ocasiones en que misteriosas luces flotantes en una bodega anuncian su aparición.

Los lugareños cuentan que se aparece en las destilerías de pisco, deambulando entre alambiques y toneles.

Al Pije lo han visto cabalgando en un corcel tan negro como su vestimenta en la localidad de La Isla, cercana a Pisco Elqui, interrumpiendo un partido de fútbol en una improvisada cancha de tierra, infundiendo temor entre los jugadores de ambos planteles. También lo vio un hombre que regresaba a caballo, desde Alcohuaz hacia Pisco Elqui, después de un intenso duelo de cortos de pisco con un compadre. El hombre afirma haber visto al Pije de lejos y se veía pequeñito. A medida que se acercaba, iba creciendo y el hombre pensaba que el aumento de tamaño era natural, producto de la proximidad. Sin embargo, cuando estaba cada vez más cerca, el aparecido crecía y crecía, y cuando lo enfrentó, incluso era mucho más alto que él, que iba montado a caballo. El Pije lo miró fijo para luego seguir su camino. Al jinete inmediatamente se le fueron el hipo y la curadera de puro espanto.

El Diablo se apareció en un partido de fútbol.

El único relato que nos narraron donde se mencionó el nombre del diablo propiamente tal, fue de una chica cuya abuela le aseguró haber visto un elegante carruaje tirado por caballos negros descendiendo por una quebrada. Por cierto, ningún vehículo de esa naturaleza habría sido capaz de recorrer esa ruta sin sufrir un accidente. Para mayor asombro, las ruedas del

carruaje dejaban una estela de fuego en su camino. Dicen que las líneas paralelas de las huellas del vehículo todavía se pueden ver marcadas en la quebrada. Cuando la calesa descendió hasta el valle, vieron bajar de ella al diablo en persona. Y en ese preciso lugar donde el Cola de Flecha se dejó ver, hace unos pocos años se construyó la mansión de un poderoso magnate chileno. Pero estas son puras casualidades.

El mate de plata

A propósito del Pije, cuentan que hace muchos años llegó hasta la Quebrada de Paihuano un joven profesor normalista a enseñar en la escuela del lugar, enclavada en los cerros. Durante cuatro años aprendería a conocer la desafiante vocación de un profesor rural.

Escucha la historia aquí

Mate de plata.

La pirca es un muro de construcción rústica y de baja altura, realizado con piedras sin labrar, calzadas sin el uso de mortero.

Para llegar al pueblito donde estaba la escuela era necesario recorrer una ruta de seis kilómetros desde Paihuano, los que recorría junto a otro colega.

Con el transcurso del tiempo, el maestro fue familiarizándose con el territorio y con las personas que lo habitaban, quienes compartieron con él sus penas y alegrías, y también las historias que iban pasando de generación en generación. Entre las leyendas que le contaron, había una que hablaba de la frecuente aparición de un elegante huaso totalmente vestido de negro y que, al parecer, se trataba el mismo demonio.

Esas historias surgían espontáneamente, en partidas de cacho o de dominó con la gente del pueblo. Sin embargo, el profesor las escuchaba desde el más profundo escepticismo y con la racionalidad que caracterizan al citadino y al ilustrado. Para el profesor, el origen de tanta historia era la imaginación de los lugareños, porque en toda su estadía en la localidad jamás había sido testigo de ningún acontecimiento sobrenatural.

Al poco tiempo, el normalista le tomó cariño a Paihuano, pero sobre todo a la vocación de profesor rural. Conocía a la familia de cada niño que asistía a la escuela. Sus alumnos se habían transformado en la principal razón de su vida. Se preocupaba de que recibieran la mejor educación y alimentación posible. Algunos almorzaban en el comedor del colegio, mientras que otros iban a sus casas y regresaban a las 14:30 horas para la jornada vespertina.

Un día le sucedió un acontecimiento al normalista que, al parecer, confirmaba las leyendas del pueblo. Un martes 13, el toque de la campana marcó el cierre de la jornada matinal y un grupo de niños salió de la escuela para ir a almorzar a sus hogares. Sin embargo, al poco rato, los alumnos regresaron llorando, afectados por un miedo incontrolable.

El maestro, junto a otros funcionarios, lograron contener a los niños hasta que recuperaron la calma. Solo entonces fueron capaces de relatar lo sucedido, afirmando haberse encontrado con el misterioso huaso vestido con un elegante traje negro, recostado sobre una pirca en una curva del camino, sosteniendo un brillante mate de plata en la mano, mientras observaba amenazadoramente a los infantes.

El maestro se comprometió a acompañar a los niños a lo largo del camino, en parte para que recuperaran la confianza, pero sobre todo para confirmarles que su imaginación les había jugado una mala pasada. Efectivamente, cuando llegaron a la pirca no había nadie y el profesor escoltó a los niños hasta sus respectivas casas para asegurarse de que llegaran sanos y salvos.

De regreso, al pasar por la pirca, el normalista se acercó al lugar preciso donde supuestamente los niños habían divisado al diablo vestido de negro al borde del camino. Grande fue su sorpresa al encontrar el mate de plata con su bombilla, brillando entre unas rocas.

5. El Cementerio de Piedras

Escucha la historia aquí

Cercano a la localidad de Talamí, en la comuna de Alhué, se encuentra el Cementerio de Piedras, uno de los principales atractivos turísticos de la comuna, consistente en una vasta extensión de terreno que está literalmente sembrado de enormes rocas que se pierden a la distancia.

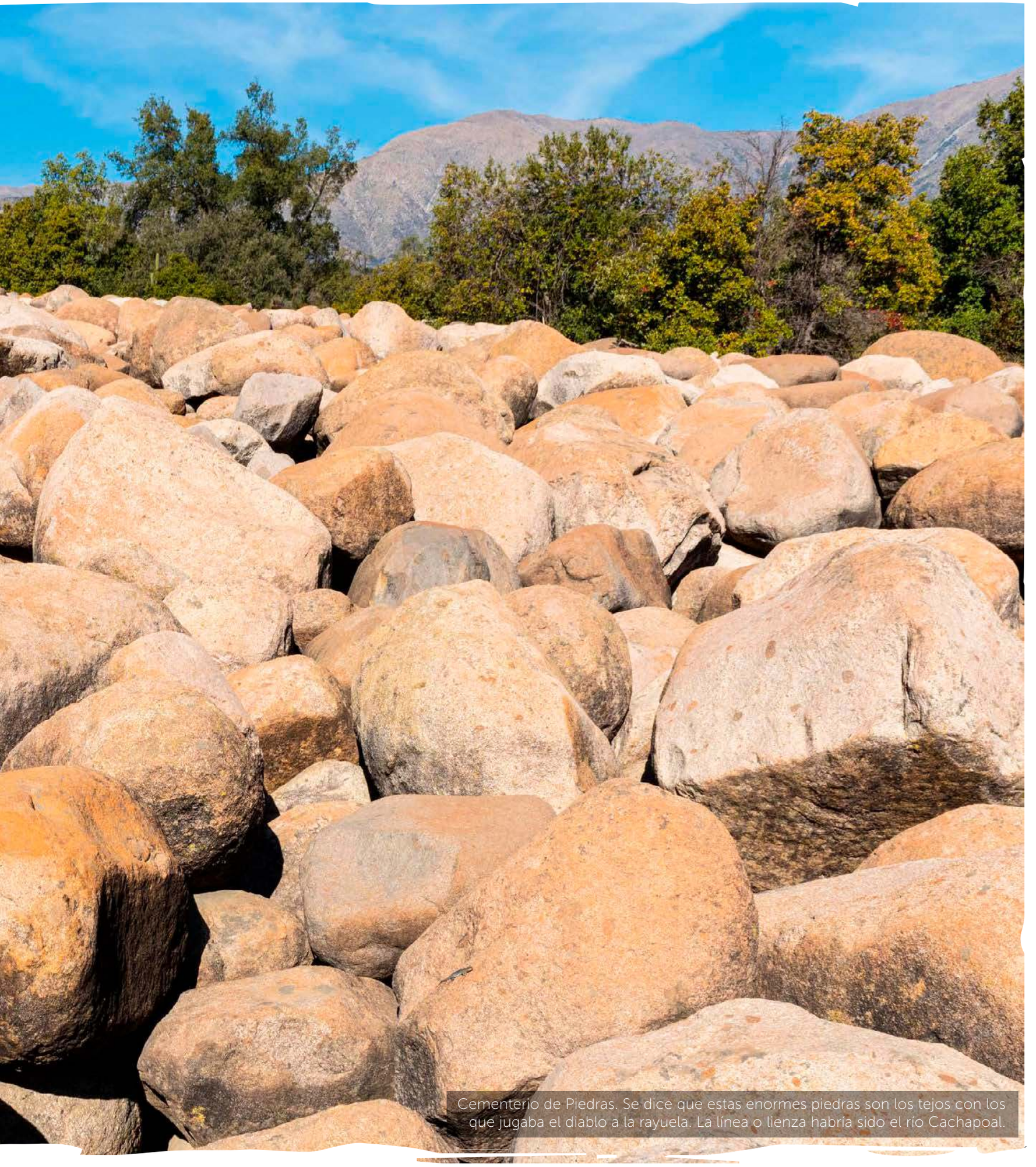
A falta de señalética caminera que indique a los visitantes su ubicación exacta, es necesario recurrir al consejo de los lugareños y también dejar que el instinto haga su trabajo para lograr encontrarlo.

Quienes visiten el Cementerio de Piedras experimentarán una sobrecogedora sensación de silencio, soledad y de asombro ante este imponente paisaje natural. Luego de minutos de observar el entorno, naturalmente surgirá la pregunta de cómo esa cantidad de piedras llegó hasta ese lugar. A falta de una explicación científica o de un guía turístico que brinde algún argumento coherente, siempre existen leyendas a las que echar mano para justificar un fenómeno y, en Alhué, es altamente probable que el diablo esté involucrado.

Fabio González, joven funcionario de la Municipalidad de Alhué, comparte un par de leyendas relacionadas con el lugar. En la primera, el diablo ataviado de su elegante traje negro y montando un corcel del mismo color, decide salir a recorrer los campos aledaños a Alhué. Luego de varios kilómetros recorridos al sol, encuentra a un campesino en plena faena de sembrado y, amablemente, le pregunta: "Buen día, amigo... ¿Qué está haciendo?". El hombre interrumpió su trabajo y le respondió: "¡Estoy sembrando papas, 'iñor!". El diablo lo observó y le contestó solemnemente: "Si papas está sembrando, pues papas ha de cosechar", retomando su recorrido.

Kilómetros más adelante y con el sol del mediodía picando fuerte, el diablo encontró a un segundo agricultor. Ya a cierta distancia se podía evidenciar que el hombre era de malas pulgas, quién sabe si a causa del calor o del cansancio, el asunto es que cuando el diablo se dirigió a él y le preguntó "Buen día, amigo, ¿qué está sembrando?", el trabajador, molesto ante la interrupción del extraño, replicó: "¡Qué voy a estar sembrando, oiga! ¡Piedras, eso es lo que estoy sembrando!". "Pues bien, si piedras está sembrando, piedras ha de cosechar", retrucó el diablo, para luego alejarse del lugar.

Campesino trabajando la tierra.



Cementerio de Piedras. Se dice que estas enormes piedras son los tejos con los que jugaba el diablo a la rayuela. La línea o lienza habría sido el río Cachapoal.

Al día siguiente, el agricultor se despertó con el canto del gallo para continuar con la faena. Grande fue su estupor al descubrir que su campo, donde la jornada anterior había plantado papas, esa mañana había amanecido sembrado de piedras que crecían y crecían, transformando el terreno fértil en un verdadero desierto de enormes rocas, que es el Cementerio de Piedras, tal cual lo conocemos actualmente.

La segunda leyenda que explica mágicamente la existencia del Cementerio de Piedras, Fabio la escuchó fuera de los límites de Alhué, en la comuna de Peumo, en la Región de O'Higgins. Es sabido que uno de los muchos vicios que el diablo tiene es el juego; y la rayuela, una de sus debilidades.

En esa localidad se cuenta que el diablo disfrutaba jugando a la rayuela, usando como línea o lienzo el río Cachapoal y utilizando gigantescas rocas como tejos. Así, el Cementerio de Piedras se formó a partir de todos los tejos pasados que el diablo lanzó en partidas de rayuela en las que tuvo una particular mala puntería.

6. Un instrumento misterioso

Pirque es una comuna de la Región Metropolitana que cuenta con una mitología, un sistema de creencias y una cosmovisión propias. Para reforzar esa idea, podemos afirmar con certeza que además cuenta con un instrumento musical autóctono: el guitarrón chileno.

¿Habrá en el mundo otro instrumento musical cuyo cuerpo, mástil y cuerdas estén rodeados de tanta historia, mito y leyenda? Quizás por su intrínseca complejidad haya ganado fama de instrumento "endiablado". A primera vista se podría decir que el guitarrón chileno se asemeja a muchos instrumentos, pero en realidad no se parece a ninguno. Es único en su tipo, su sola imagen proyecta majestuosidad y su sonido inspira respeto.

Por cierto, el guitarrón guarda similitud con la guitarra; es un instrumento de cuerdas y su cuerpo y mástil dan cuenta de su parentesco y familiaridad. Pero cuando se analiza en detalle, se perciben las diferencias que hablan de su unicidad. El guitarrón chileno tiene veinticinco cuerdas, veintitrés de ellas se tensan sobre el mástil, entre un ancho clavijero y el puente y dos cuerdas adicionales, que se ubican en diagonal al mástil, que se denominan Diablitos. Y si a simple vista se asemeja a una guitarra, su sonoridad difiere completamente y tal vez podríamos afirmar que es similar al de un clavecín.

El único registro histórico sobre el origen del guitarrón chileno está vinculado con Violeta Parra, a quien le regalaron un guitarrón con una inscripción de plata que decía: "Familia Cortés Monroy, Copiapó, 1808". A falta de mayores evidencias sobre la creación de este instrumento, solo hay suposiciones. Se dice que fueron los jesuitas, de larga presencia en Pirque, quienes fabricaron el primer guitarrón chileno y que enseñaron a sus habitantes a tocarlo. Sin embargo, a este instrumento también se le asocian leyendas, que le otorgan un componente mágico a su origen. Gabriel Huentemil, guitarronero, señala que "el primer cultor que se recuerde fue el Zurdo Ortega, un rodante sin oficio que llegó a Pirque con su guitarrón al hombro, sin que nadie supiera de dónde lo había sacado. La historia que ha ido pasando de una generación de cultores a la siguiente establece que el Zurdo era nortino y que encontró el guitarrón en las cuevas de los brujos en Salamanca".

El espejo es un amuleto contra el Diablo. Al verse reflejado, el diablo se asusta y arranca.

En el único aspecto donde sí hay consenso es que, a pesar de su origen difuso y que existen cultores de este instrumento a lo largo de todo Chile, todos aprendieron de músicos pircanos, por lo que se asume que el guitarrón chileno nació en el Principal de Pirque y ahí concluye la discusión.

Haciendo un paralelo con el *blues*, los primeros cultores de este instrumento eran analfabetos, por lo tanto, no existen registros escritos en textos ni en partituras de sus creaciones. Literalmente, todo estaba en sus cabezas, lo que aumentaba aún más la dificultad de la ejecución. Por eso las normas no escritas indican que los guitarroneros antiguos se cuidaban de aprender más de treinta y nueve melodías o afinaciones, y más de doscientos versos (en este caso, se entiende por verso una décima completa), porque el diablo se llevaría al infierno al músico que se atreviera a sobrepasar ese límite.

Otra de las características que diferencian a este instrumento, es que cuenta con ciertos adornos, como un espejo circular y los puñales (figuras de madera con forma de cimitarras) que se adhieren al cuerpo, que se van añadiendo al guitarrón, como si se tratara de medallas asociadas al progreso en la interpretación de su propietario.

Leyendas relacionadas con el guitarrón chileno hay varias. En un año que no se puede precisar, vivía un talentoso guitarronero, que no sabemos si se apellidaba o lo apodaban el Tarifeño. Nadie se la ganaba al cantar ni al tocar el guitarrón, por eso un día salió a recorrer las rutas de Pirque en busca de otro cultor que estuviese a la altura de su talento.

Durante su caminata, pasando por un portezuelo, se encontró con un desconocido que también cargaba un guitarrón, que le preguntó a dónde iba, y Tarifeño respondió:

—Ando caminando en busca de un cantor, porque en el sitio donde vivo ya no me la gana nadie.

—Me pasa lo mismo —respondió el desconocido.

El guitarrón chileno tiene 25 cuerdas.

Tiene, además, un clavijero más grande y un mástil más ancho y corto que el de la guitarra moderna.

Y se pusieron a cantar en improvisado duelo, cada uno respondiéndole con talento a su contendor, sin sacarse ventajas, durante dos días con sus noches. Llegó un momento en que el Tarifeño se intuía derrotado y ya sospechaba que un rival así de imbatible solo podía ser el mismísimo diablo. Así que cuando le correspondió el turno, pulsó en el mástil el acorde de la cruz y el último verso se lo dedicó a la Virgen María, haciendo estallar de ira a su rival, quien dejó el sitio hediondo a azufre.

—Oye, Tarifeño —le dijo el diablo—, el trato no era así.

—Cada uno toca lo que sabe —le respondió el Tarifeño.

La otra versión de esta leyenda establece que el Tarifeño se ubicó intencionadamente de una forma particular para que su contendor se viera reflejado en el espejo de su guitarrón. El diablo estalló al ver reflejada su fealdad, terminando de esta manera el duelo.

Los cultores del guitarrón chileno suelen utilizar el instrumento en payas o en el conocido canto a lo poeta, donde existen las vertientes del canto a lo humano y el canto a lo divino, interpretado en ceremonias religiosas, aunque al diablo le incomode.

II DONDE EL DIABLO PERDIÓ EL PONCHO

Pirque

Región Metropolitana

El río Maipo es el límite natural que separa Pirque de Santiago y su principal entrada lo constituye el puente San Ramón. Luego de atravesarlo, los visitantes ingresan a una localidad donde pareciera que el tiempo transcurre a una velocidad propia.

1. Pirque: El Patrón del Mal

Escucha la historia aquí

"Somos de Pirque, señores"
(Santos Rubio)

Somos de Pirque, señores
De estos suelos campesinos
Nos conoce el mundo entero
Y es famoso por su vino
Tenemos cerros muy lindos
En Santa Rita y en San Juan
Y también es muy famoso
Por su encanto, el Principal
Es Puntilla tan Hermosa
Se baila de punta y taco
Hace florear los pañuelos
La suave brisa del Raco
Tiene la tierra Pircana
Lugares extraordinarios
Conocido en el turismo
Por su lindo balneario
Es Pirque tan bonitazo
Y es muy cierto lo que hablo
Lo baña el Maipo, el Clarillo
Y un canal que lo hizo el diablo.

Canal La Sirena. Puede que su nombre provenga de las curvas que el río despliega a su paso.

Ubicado a 21,3 km del corazón de Santiago, Pirque (del quechua, "trabajo de mineros") es destino frecuente para ciclistas de ruta durante los fines de semana, quienes aprovechan sus caminos que combinan curvas, desafiantes subidas y vertiginosas bajadas en un espectacular entorno natural, además de representar un atractivo turístico cercano a la capital. Aquí las viñas constituyen un imán que, hasta antes de la pandemia de COVID-19, atraía a una importante cantidad de visitantes nacionales y extranjeros. No obstante, se trata de una comuna con evidentes dificultades de acceso; en la actualidad, en horas punta, el trayecto entre Santiago y Pirque puede llegar a demorar más de noventa minutos. Si esto ocurre hoy, es cosa de imaginar su impenetrabilidad hace ciento cincuenta o ciento ochenta años.

El río Maipo es el límite natural que separa Pirque de Santiago y su principal entrada lo constituye el puente San Ramón. Luego de atravesarlo, los visitantes ingresan a una localidad donde pareciera que el tiempo transcurre a una velocidad propia, ralentizada, en una suerte de "microclima" donde la tranquilidad y el silencio son las fuerzas que gobiernan.

Esa condición de aislamiento ha generado en su entorno y sus habitantes una cierta consciencia de isla y, como consecuencia de ello, a lo largo de su historia, desarrolló una mitología propia, encapsulada en el territorio, donde el diablo es actor protagónico y sus leyendas reverberan hasta en el más recóndito callejón de la comuna y crecen con el transcurso de los años.

En nuestro país, particularmente en la zona central, existen varios pueblos y ciudades donde las leyendas asociadas al diablo forman parte de una herencia que se ha ido traspasando oralmente, de generación en generación; sin embargo, su origen es difuso y se extravía en la niebla del olvido. En el caso de Pirque, las historias protagonizadas por el Cola de Flecha dicen relación con un hito que está marcado a fuego en la historia y la memoria de la comuna: la construcción del canal La Sirena, que transformó la actividad agrícola, modificó la relación del ser humano con la tierra y también dio origen a múltiples mitos asociados con el Mandinga, que prendieron como un reguero de pólvora.

Hasta antes de la canalización del río, Pirque era un territorio de carácter desértico, de solana, en nada similar al verdor que lo caracteriza actualmente. El principal medio de subsistencia era la agricultura tradicional campesina, de chacarería, que obligaba a sus habitantes a descender a la orilla del río y subir con contenedores con agua para irrigar la tierra.

En 1830, don Ramón Subercaseaux Mercado adquiere los terrenos correspondientes a las haciendas San Juan y Santa Rita en Pirque, con parte de la fortuna que amasó a través de la actividad minera en el norte de Chile y en su casa de comercio en Valparaíso.

Pero ¿por qué un exitoso comerciante de la época decide invertir parte importante de su patrimonio en un terreno evidentemente estéril? Quizás, haciendo uso de su buen olfato para los negocios o tal vez honrando su apellido materno, fue capaz de detectar oportunidades y potencialidades de inversión que probablemente otros habrían sido incapaces de descifrar.

La historia establece que, una vez concretada la adquisición del extenso paño de terreno, Subercaseaux contrató al profesor Andrés de Gorbea para realizar el estudio y el trazado de un canal de cinco leguas de extensión (24 km, aproximadamente) cuyo objetivo era irrigar sus recién adquiridas tierras con las aguas del río Maipo. Posteriormente, encargó a su cuñado, Auguste Fontaine, la dirección de las faenas de construcción que en su totalidad habrían tenido un costo total de doscientos mil pesos de la época.

Es en este importante hito donde se produce una bifurcación y, paralelo a la historia de Pirque, comienza a tejerse una leyenda que pervive relacionada a la construcción del canal, que establece que don Ramón Subercaseaux, al darse cuenta de la envergadura y las dificultades del proyecto en que se había embarcado, habría tomado consciencia de que la única manera de llevarlo a buen puerto era con la intervención directa de un poder sobrenatural. Es en este punto donde el diablo entra en escena, comprometiendo su ayuda en la construcción del canal a cambio del alma del magnate.

Como si se tratara de una sociedad comercial, en el pacto ambas partes se comprometen a disponer de capital de trabajo para la realización del proyecto: Subercaseaux contribuiría con obreros y albañiles para trabajar en la construcción durante la jornada diurna, mientras que el diablo dispondría de una cuadrilla de demonios que se desempeñarían en el turno de la noche. Incluso, en Pirque se cuenta que vieron a ambos socios cabalgando para decidir de común acuerdo el trazado del proyecto. El diablo le indicó al terrateniente que el canal debía comenzar en la orilla del río y al llegar hasta la bocatoma, lanzó un chuzo con descomunal fuerza contra una roca, dejándolo enterrado hasta la mitad para demarcar el inicio de la obra. Se comenta que hasta el día de hoy puede verse el chuzo incrustado en la roca en el lecho del río, sin que nadie hubiese sido capaz de extraerlo.

Las obras concluyeron en 1834 y el canal fue bautizado con el nombre de La Sirena, siendo por muchos años la obra de canalización de aguas más importante del país y transformando a la antigua localidad desértica en un terreno fértil para una incipiente agroindustria, principalmente

vitivinícola. De hecho, en la actualidad, el valle del Maipo es generoso en el cultivo de vides que los procesos químicos y el tiempo se encargan de transformar en vinos de renombre internacional, sobre todo de cepas tintas, como Cabernet Sauvignon o Carménère. También convirtió a Pirque en terreno fecundo en historias y leyendas relacionadas con el diablo, y lo sorprendente es que ambos aspectos son como una trenza que se va entrelazando con el transcurso del tiempo.

Cabe preguntarse por qué se asumió el canal La Sirena como una obra del diablo, siendo que muchos habitantes de Pirque deben haber participado en su construcción y lo más probable que en las mañanas no hayan notado ningún avance manifiesto realizado durante la noche anterior. No obstante, hay al menos cuatro razones para que los pircanos interpretaran la construcción del canal como un proyecto en el que el diablo metió su cola.

En primer término, por las dimensiones y alcances del proyecto; para esa época, la construcción del canal La Sirena debe haber representado una empresa inimaginable, casi imposible, únicamente factible con la intervención de un poder superior, el del diablo, en este caso.

En este sentido, la leyenda del canal La Sirena es coherente con otras obras de ingeniería de grandes proporciones realizadas a lo largo de nuestra historia que también han sido vinculadas a la intervención diabólica. Este es el caso de la leyenda del puente de Cal y Canto, en 1780, en Santiago, donde el diablo tuvo que terminar su construcción luego de perder una apuesta con el corregidor Luis Zañartu.

Otra situación similar ocurrió con el canal Mallarauco, en Peñaflor, que desvía las aguas del río Mapocho para irrigar el valle de Mallarauco en Melipilla que, hasta antes de su construcción, también era un terreno de secano. Hasta el día de hoy en Peñaflor circula la leyenda que relaciona la construcción de este canal con un pacto entre Patricio Larraín Gandarillas con el diablo.

Volviendo a Pirque, muchos habrán interpretado la construcción de una obra de esa envergadura en 1830 como una locura o tal vez como el capricho de un millonario, pues exigía inferir profundas heridas a la montaña sin la maquinaria ni las herramientas especializadas y careciendo de las más mínimas medidas de seguridad laboral para los obreros. ¿Cuál habrá sido el saldo de víctimas olvidadas que dejó la construcción del canal? ¿Cuántas familias habrán perdido un padre, un marido, un hermano o un hijo en la faena? ¿Cuántos los mutilados? Toda la sangre derramada durante la ejecución del proceso debe haber representado una razón más para que los pircanos consideraran el canal La Sirena como una obra maldita y diabólica.

Una vez inaugurado el canal La Sirena, los habitantes de Pirque fueron testigos de un hecho insólito, casi mágico: el agua del Maipo, en vez de correr río abajo; era capaz de ascender ladera arriba y serpentear por entre los cerros para irrigar los terrenos de don Ramón Subercaseaux. En consecuencia, la capacidad de controlar un elemento que da vida pero que también la quita, resultaba algo que solo sería capaz de hacer Dios... o el mismísimo demonio; y así se añadió un nuevo argumento que le echó más leña al fuego de la leyenda.

Se supone que las razones por las que una persona ofrece su alma al diablo son la riqueza y el poder. Cuando el canal entró en operación, modificó la calidad de la tierra, se comenzaron a controlar los ciclos de la naturaleza de manera más eficiente, se generó una nueva y asimétrica cultura laboral entre patrón e inquilinos, y se pasó de una agricultura de subsistencia a una incipiente agroindustria de monocultivo. Esto le permitió a don Ramón Subercaseux recuperar rápidamente su inversión y aumentar con creces su fortuna; dicha riqueza terminó por confirmar las sospechas de muchos pircanos de un pacto entre el patrón y el Cola de Flecha.

Efectivamente, Ramón Subercaseaux se transformó en un personaje con gran poder e influencia a nivel político, económico y social. Adquirió los terrenos de El Llano de Subercaseaux (actual comuna de San Miguel) y Santa Rosa de Colmo, en Quillota; fue uno de los principales accionistas del ferrocarril entre Santiago y Valparaíso e integró el Partido Conservador, llegando a ejercer el cargo de senador.

Lo anterior corresponde a lo que está escrito en la historia; no obstante, la leyenda siguió corriendo por su propio curso. Es sabido que quienes venden su alma al diablo disfrutan de los beneficios inmediatos después del pacto, pero pronto olvidan sus obligaciones y solo comienzan a recordarlas cuando se acerca el plazo del ajuste de cuentas. Eso es lo que le sucedió a Subercaseaux, a quien las enfermedades y los achaques de la edad le recordaron que se aproximaba la fecha de saldar su deuda con un acreedor que no admite prórrogas ni negociaciones.

A estas alturas, el magnate había perdido toda la prestancia y prepotencia que lo caracterizaban. Las noches de insomnio eran cada vez más frecuentes, se sobresaltaba con algún sonido inesperado y cualquier sombra furtiva era una potencial amenaza. El temor de tener que pagar con su alma la antigua deuda lo atormentaba y, al mismo tiempo, lo estimulaba para encontrar una salida que lo eximiera de su infernal destino. Así se enteró de una "contra" que podría burlar a su acreedor: un fraile le confidenció que la única manera de salvar su alma consistía en simular su propia muerte, metiéndose en un ataúd para ser velado en vida en una capilla ardiente durante toda una noche. Eso sí, era necesario que la ceremonia se celebrara con todas las de la ley, debiendo ser oficiada por un sacerdote y con deudos que lloraran su

fingido deceso. La dificultad radicaba en que en algún momento de la noche aparecería el diablo para cobrar su deuda y ahí el sacerdote tendría que sostener una encarnizada lucha con el espíritu del mal hasta que aparecieran las primeras luces del amanecer. Solo cuando el sol comenzara a despuntar y el gallo cantara anunciando un nuevo día, el diablo reconocería su derrota y regresaría al infierno sin alma, pan ni pedazo.

¿Cuál será el origen de esta fórmula para burlar al diablo? ¿A quién se le habrá ocurrido? ¿A algún desesperado le habrá dado resultado? Lo más probable es que esas preguntas permanezcan indefinidamente sin respuesta.

El problema para Subercaseaux radicaba en que en Pirque su pacto con el diablo era secreto a voces y era prácticamente imposible que pudiera encontrar en el territorio a algún inquilino dispuesto a participar en tan temeraria puesta en escena. La única alternativa posible era trasladarse de Pirque a Santiago y visitar algún monasterio donde un cura estuviera dispuesto a realizar el rito y ayudarlo en la salvación de su alma, quizás a cambio de una generosa donación.

"Luego miro hacia arriba y vio que sobre el carruaje volaba una bandada de demonios alados y que en un abrir y cerrar de ojos, fue el propio Diablo que sacó a Subercaseux de la cabina para llevarse su alma".

Jardín de la casa patronal.

Don Ramón dio instrucciones para que preparan su carruaje con el objetivo de partir lo antes posible con destino a Santiago. Ya en ruta, a eso de las cuatro de la mañana, el cochero sintió una oscura presencia que acechaba a la carroza y comenzó a dar de fustazos a los caballos para que aceleraran el galope. Pero por mucho esfuerzo que pusieran los jamelgos, el carruaje parecía no avanzar, como si una misteriosa fuerza lo retuviera.

Luego, miró hacia arriba y vio que sobre el carruaje volaba una bandada de demonios alados y que en un abrir y cerrar de ojos, fue el propio diablo que sacó a Subercaseux de la cabina para llevarse su alma. Porque el infierno nunca deja cabos sueltos.

La leyenda narra que esto ocurrió justo antes de cruzar el puente San Ramón hacia Puente Alto. En ese mismo punto donde supuestamente el diablo cobró la antigua deuda, actualmente se erige el Cristo Negro, que todo pircano reconoce como una advertencia permanente respecto de las graves consecuencias que trae hacer pactos con el Maligno. Por cierto, el carácter de "negro" de este Cristo no dice relación con los malditos acontecimientos recién relatados. Se trata de un Cristo crucificado, fabricado de bronce, que el tiempo y la exposición a la intemperie han intervenido para que adquiera esa coloración. Este Cristo Negro es de la gente y así lo testimonian las múltiples placas de agradecimiento por favores y milagros concedidos que homenajean a este verdadero hito pircano.

Ramón Subercaseaux falleció el 30 de octubre de 1859, a la edad de sesenta y nueve años, y al morir dejó en herencia la hacienda de Pirque, que fue traspasada a cinco de sus hijos. En este caso, doña Emiliana Subercaseaux, casada con don Melchor Concha y Toro, heredó el sector de El Llano, donde se construyó la casa patronal en que vivió junto a su marido, rodeada de un hermoso parque diseñado por el paisajista francés Guillermo Renner, quien también diseñó los jardines del Congreso Nacional, el Parque Forestal y la Plaza de Armas, en Santiago.

Si Ramón Subercaseaux fue el responsable de transformar la tierra estéril de Pirque en un vergel, sería su yerno, don Melchor Concha y Toro, quien tuvo la visión de dedicar el suelo para el cultivo de vides. En la década de 1880, don Melchor viajó a Francia, a la región de Burdeos precisamente, y regresó a Chile con las mejores cepas francesas que plantó en la hacienda de El Llano de Pirque, bajo la tutela del enólogo galo monsieur Labouchere. Cuando plantó la primera cepa, don Melchor Concha y Toro lo hizo desconociendo que al mismo tiempo estaba sembrando la semilla que cuarenta años más tarde se transformaría en uno de los negocios vitivinícolas más importantes del mundo y que convertiría a Pirque en una de las capitales mundiales del vino. Y aquí nuevamente la historia se entrelaza con la leyenda.

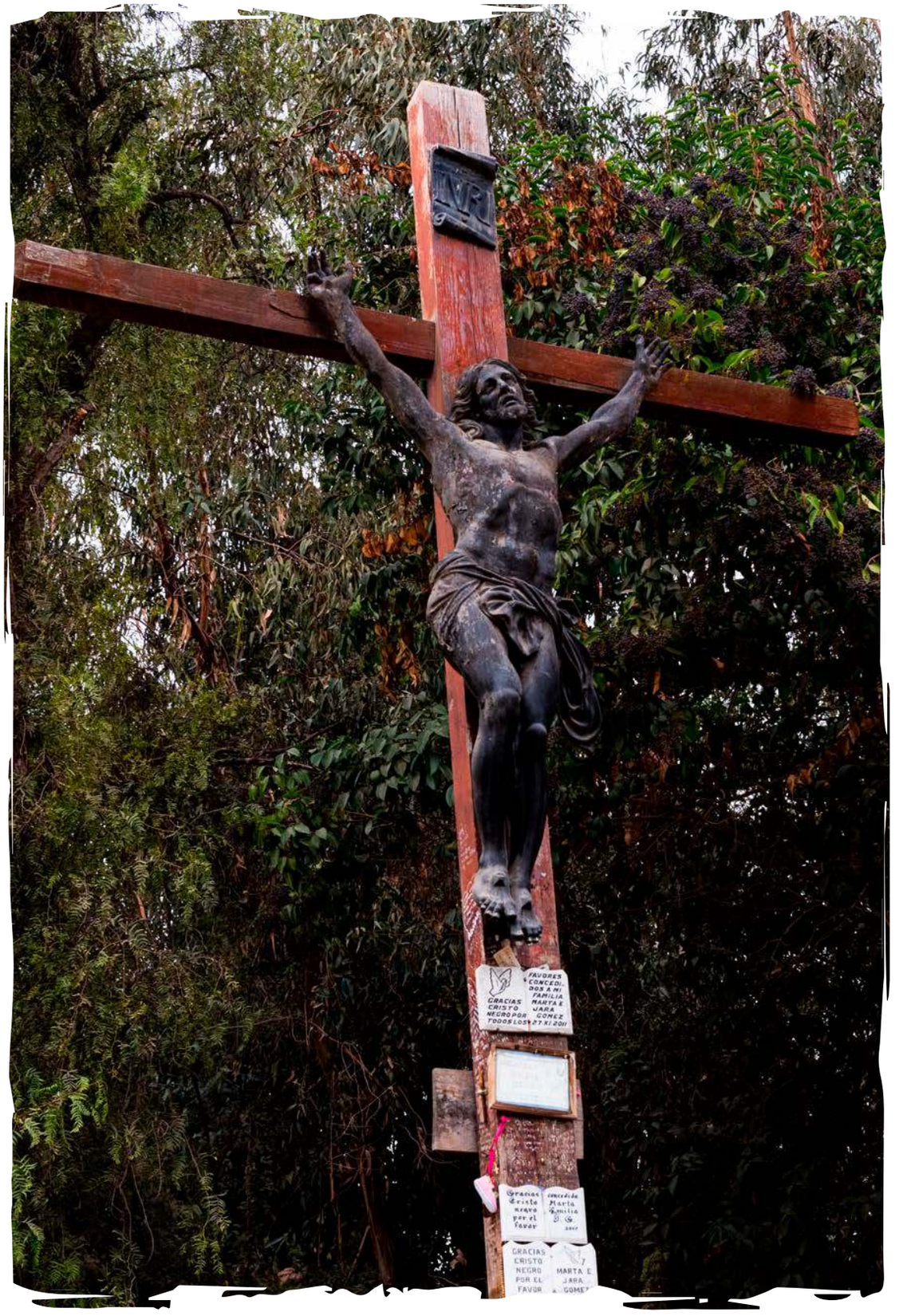


Figura del Cristo Negro en el ingreso a Pirque

El resultado de la suma del terreno fértil de Pirque, las cepas francesas y un clima idóneo excedió las expectativas de todos; al poco tiempo, don Melchor comenzó a producir vinos de muy buena factura. Incluso algunos de sabor y carácter extraordinarios. Las botellas de más excelsa producción, Melchor Concha y Toro las reservó exclusivamente para su consumo personal, guardándolos en su bodega privada.

Sin embargo, al poco tiempo don Melchor se percató de que las botellas desaparecían a una velocidad mayor que su propio consumo; la fama de sus vinos había sobrepasado los límites de su entorno personal y estaba siendo víctima de robos, y las principales sospechas recayeron sobre sus inquilinos. En vez de disponer de guardias para la vigilancia de la bodega, a Concha y Toro se le ocurrió difundir el rumor que en dicha bodega deambulaba el propio diablo.

Vides del viñedo.

Bodega de botellas, en donde comenzó el mito que el diablo se tomaba el vino.

Para los inquilinos y habitantes de Pirque era algo absolutamente razonable; si el Cola de Flecha había tenido tratos con el suegro de don Melchor y puesto de su parte para la construcción del canal La Sirena, no resultaba descabellado pensar que continuara con sus andanzas por el vecindario. De esta manera, las mermas en la bodega terminaron y dieron origen al que, probablemente, debe ser una de las marcas de vino más afamadas a nivel mundial: el Casillero del Diablo, de Viña Concha y Toro.

Bodega de barriles en donde se cuenta que deambulaba el diablo.

Acá hay bastante más paño que cortar, porque más allá de esta conocida leyenda, existen otras versiones que señalan que Melchor Concha y Toro también hizo un pacto con el diablo y al sentirse traicionado por el Maligno, lo dejó encadenado en su bodega, estableciendo que el poder económico prevalece incluso por sobre la autoridad del propio Mandinga. La otra leyenda que circula en el territorio cuenta que el responsable de las mermas de las más refinadas botellas de Melchor Concha y Toro era el propio diablo, quien se emborrachaba en las bodegas, reforzando el carácter mundano que tradicionalmente se le adjudica al diablo chileno.

Aunque para muchos, las historias del Mandinga son puros cuentos, los hechos confirman que la conocida leyenda se ha transformado en la principal herramienta de *marketing* para la comercialización de la marca Casillero del Diablo y, entrando al terreno de la especulación, podríamos teorizar que, en vez de pedir almas, el diablo otorgó favores a cambio de difusión y fama.

Hasta la década de 1980, Casillero del Diablo, de la Viña Concha y Toro, era uno de los mejores vinos disponibles para consumo en Chile. A partir de 1990 comienza su proceso de internacionalización. En la actualidad, es la etiqueta más reconocida de esta vitivinícola a nivel global, con presencia en más de ciento setenta países. Incluso hasta el día de hoy continúa siendo Official Wine Partner del Manchester United, uno de los principales animadores de la Premier League, la principal liga de fútbol de Inglaterra, lo que no es poco. Es más, el Manchester United cuenta con dos motes por parte de su fanaticada: el ManU, una abreviación del nombre completo del equipo y los Red Devils, en referencia tanto al color de su camiseta como a su insignia, donde aparece un diablo rojo con un tridente sobre fondo amarillo, debajo de un barco, que se relaciona con la condición de ciudad portuaria de Manchester.

Quizás el diablo está consciente de que en los tiempos que corren, el tema comunicacional es de gran relevancia y bien vale invertir un alma a cambio de una robusta campaña publicitaria que potencie su imagen a nivel planetario.

Petorca

Región de Valparaíso

Petorca es una comuna con múltiples atractivos turísticos e históricos, como la Iglesia de la Merced, construida por los jesuitas en 1640, el fundo donde nació Manuel Montt y el cementerio donde descansan los restos de cuatro héroes de la Guerra del Pacífico.

2. Petorca: Diablos de carne y hueso

La Grupa es un antiguo túnel ferroviario, inaugurado en 1907 y de 1.277 m de extensión, que se establece como una suerte de ritual de paso para acceder al valle de Petorca. Atravesar La Grupa lleva implícito un riesgo no menor: se trata de un túnel de una sola vía, regulado por semáforos en ambos extremos que, en intervalos de seis minutos, organizan el tránsito vehicular en un sentido y otro. A pesar de ello, basta la más mínima descoordinación o la irresponsabilidad de algún conductor que no respeta la señal, para desencadenar la tragedia en su interior.

Así las cosas, el túnel La Grupa facilita tanto como dificulta el ingreso y/o la salida de quienes visitan los dominios del diablo; como una suerte de tributo que el visitante debe pagar si desea conocer las historias sobre este mítico personaje, que abundan en la provincia.

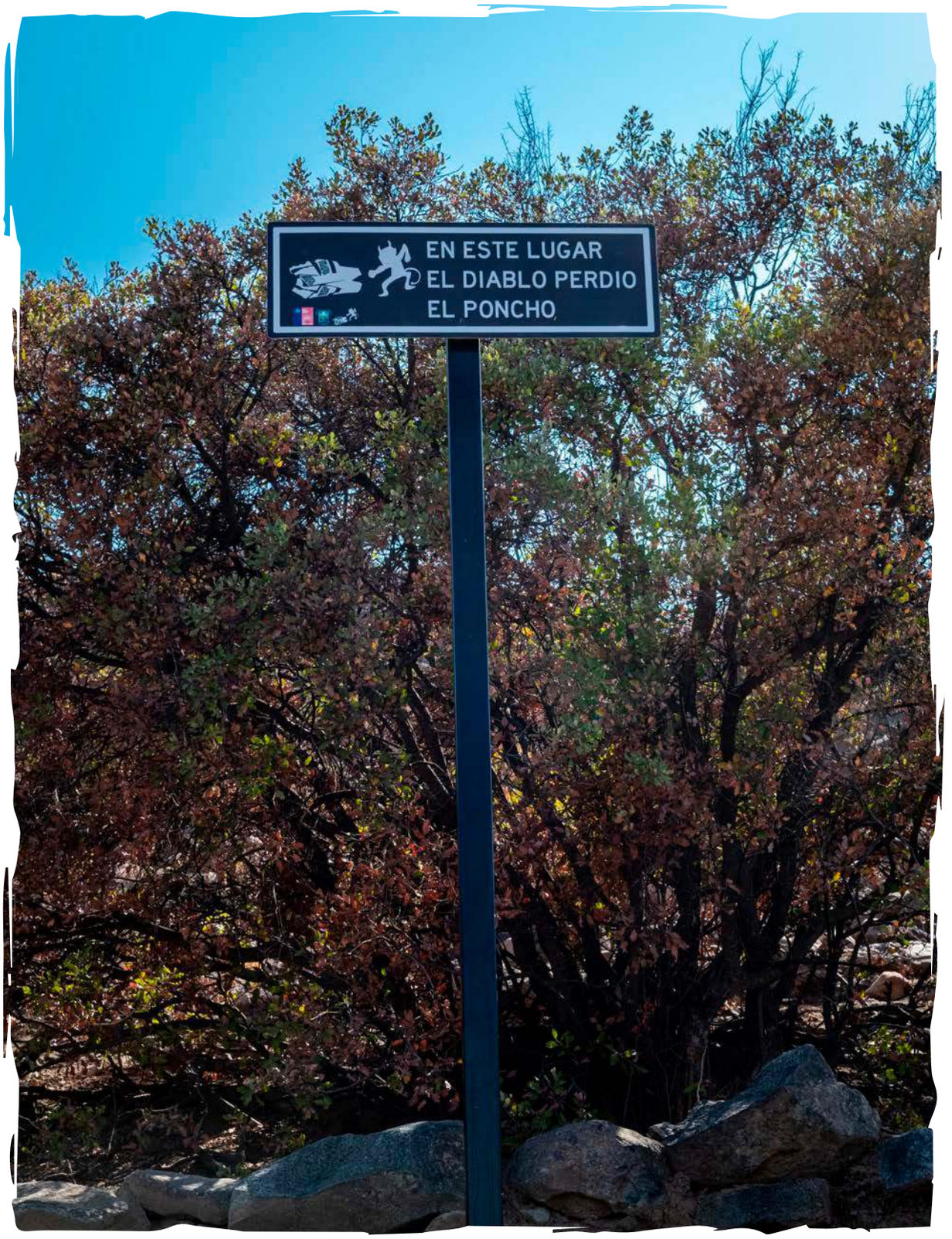
La comuna de Petorca es territorio de contradicciones: aún se conservan vestigios de un pasado opulento, que contrasta con un presente cargado de carencias, principalmente producto de una cruenta sequía que ya se asemeja a un castigo bíblico. En este sentido, también existe discordancia entre la aridez imperante, que afecta a gran parte de las comunidades que se dedican a la agricultura familiar campesina, frente a verdaderos oasis de verde fertilidad, como son las plantaciones de paltos, de propiedad de grandes inversores.

Pese a convertirse en la ciudad símbolo de la sequía a ojos de los medios de comunicación, Petorca es una comuna con múltiples atractivos turísticos e históricos, como la Iglesia de la Merced, construida por los jesuitas en 1640, el fundo donde nació Manuel Montt y el cementerio donde descansan los restos de cuatro héroes de la Guerra del Pacífico. Y también es un territorio donde se han tejido muchas historias protagonizadas por el diablo, cuya población aún conserva con orgullo, como parte de su patrimonio inmaterial. A continuación, presentamos una de ellas.

Iglesia de la Merced de Petorca.

El punto exacto

La quebrada de Monhuaca, en Chalaco, perteneciente a la comuna de Petorca, es reconocida por dos hitos relevantes: la existencia de un importante número de petroglifos, que tienen una data estimada entre el 2000 y el 500 a. C. y también que es el supuesto lugar donde el diablo perdió el poncho, tal como lo estableció Elías Lizana en sus versos (ver página 15). Tanto es así, que en el punto exacto donde habría extraviado la prenda existe una señalética que así lo indica. La ubicación del letrero no es casual: distintos integrantes de la comunidad de Chalaco afirman haber visto a un desconocido de buen porte, vestido de negro, con un poncho del mismo color, que aparecía y desaparecía.



Punto exacto donde el diablo perdió el poncho.

En este punto exacto se concreta el verso de Lizana "en Chalaco perdió el poncho" que, años más tarde, terminaría por convertirse en un dicho popular: "donde el diablo perdió el poncho", que en nuestro país se utiliza tradicionalmente para referirse a un lugar lejano, apartado o de difícil acceso.

El visitante que llega hasta el cartel haría bien en escalar el cerro y visitar los petroglifos de Monhuaca, que representan mensajes y testimonios de asentamientos humanos que han logrado trascender al tiempo. Entre ellos, destaca uno en particular donde se ve a una figura antropomorfa, con dos líneas que emergen de su cabeza, como si fueran cachos y, a su izquierda, una cruz. Quizás, se podría decir que el diablo lleva muchísimos años deambulando por el territorio y siempre ha sido acechado por una cruz que lo espanta. Eso sí, es necesario aclarar que se trata de una interpretación libre y quizás antojadiza. Puede ser que, de tanto andar buscando historias del Cola de Flecha, uno siempre termina viendo lo que desea ver.

Por último, desde poca altura, en la localidad de Chincolco, se puede ver el cerro Carén que, según los versos del vicepárroco de Hierro Viejo, es el lugar donde el diablo dejó el sombrero.

Localidad de Monhuaca. Petroglifo de figura con cuernos y cruz a su lado izquierdo.

Alhué

Región de Metropolitana

Esta localidad se estructura en torno a una plaza circundada por la iglesia San Gerónimo de Alhué, declarada Monumento Nacional,

3. Alhué: Pueblo chico, infierno grande

Alhué es como una plácida postal anclada en tiempos pasados, con casonas de adobe y techos de tejas. Similar a tantos otros pueblos en Chile, esta localidad se estructura en torno a una plaza circundada por la iglesia San Gerónimo de Alhué, declarada Monumento Nacional, y vecino a ella existe un museo que atesora diversos objetos del pasado y de la memoria colectiva de la comunidad, como reliquias religiosas, antiguos aparejos de minería y agricultura —principales actividades económicas de la zona— y diversos accesorios de uso cotidiano.

Sin embargo, el patrimonio de Alhué no es solo aquel que se encuentra custodiado entre las paredes de un museo. Buena parte de su acervo cultural es el sinnúmero de mitos que se respiran en el ambiente. Sin temor a exagerar, se podría asegurar que Alhué es la capital de las leyendas del diablo en Chile. Muchas historias se han tejido en torno a este tenebroso personaje por esas latitudes, las que han servido de inspiración para músicos y escritores. Por ejemplo, los versos de la refalosa titulada "El diablito de Talamí", compuesta por Cristina Miranda y musicalizada por Margot Loyola, georreferencian el lugar de nacimiento del diablo en algún punto entre Pichi y Talamí, dos localidades pertenecientes a la comuna de Alhué.

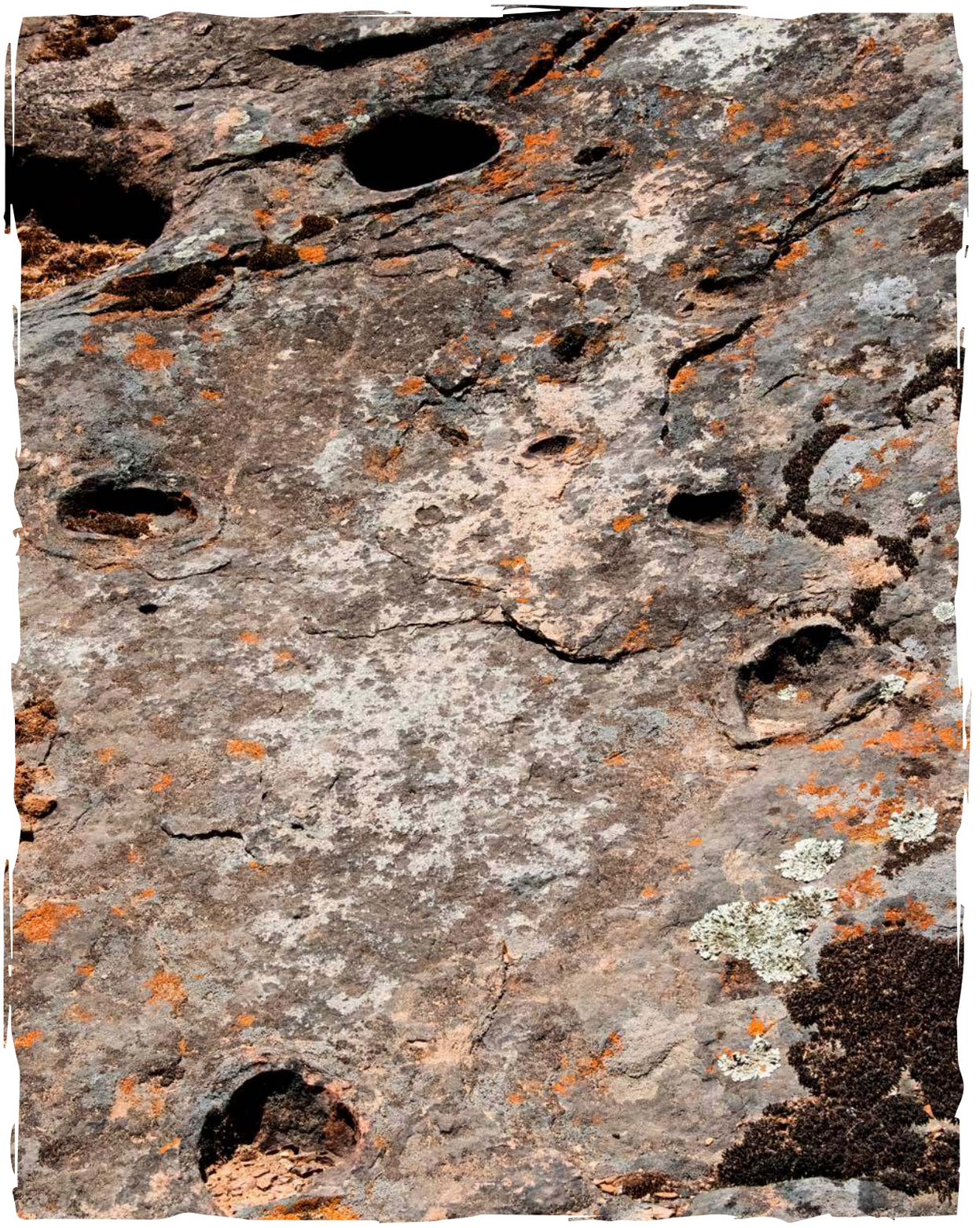
Dicen que el diablo nació
Entre Pichi y Talamí (bis)
No me hagai sufrir ahora
Si es cierto que me querís
Dice: Zapateado mi alma.
A la refalosa el Diablo
Diablito de Talamí
No me vengai con diabluras
Que en eso te la gano a ti.

También se han escrito libros que describen las andanzas y amoríos del diablo en Alhué que no hacen más que ocultar una realidad mucho más cruda. ¿Cuál será el origen de este imaginario local? Pues bien, en mapudungún, Alhué significa "alma de los muertos" o "lugar de espíritus", lo que justificaría las creencias y tradiciones sobrenaturales que se mantienen vivas en esta localidad donde el diablo es, prácticamente, un vecino más.

Es muy posible que existan tantas leyendas sobre este personaje como cantidad de habitantes, y el desafío consiste en encontrar personas dispuestas a relatarlas, porque la norma es evitar hablar del tema. Seguramente, esto sucede por el natural manto de desconfianza que impide a los nacidos y criados compartir parte de ese patrimonio con afuerinos, o tal vez, porque creen que la sola mención del personaje es una manera de invocar su presencia.

Si bien esa actitud es generalizada, también existen excepciones. Este es el caso de la señora María Elena Fuenzalida, encargada del museo y una verdadera adelantada en el arte de la conversación. Para ella, las historias sobre el diablo no son simplemente leyendas. En una entrevista comenta que en la actualidad, en Alhué, ha aumentado de forma considerable el número de suicidios juveniles —algunos de ellos en extrañas circunstancias—, y opina que esto se debe a que el diablo continúa cobrándose con almas la riqueza que puso a disposición del pueblo en el pasado, producto de la explotación de la minería del oro. La señora María Elena también tuvo la amabilidad de guiarnos hasta un cerro ubicado en los deslindes de la Hacienda Loncha, en las afueras de Alhué. Luego de algunos metros de ascensión, se llega a un mirador que ofrece una magnífica vista del valle y en la roca se pueden observar las denominadas "huellas del diablo", consistentes en pequeñas hendiduras, similares a patas de cabra grabadas en la piedra, que serían fiel testimonio de los paseos del Cola de Flecha por el territorio.

Otra excepción de la regla es Jaime, un joven curandero de la zona, considerado brujo por algunos —pero brujo bueno, se apura en aclarar, porque también existen de los otros—, quien explica que el pueblo tiene forma de cruz y que está "cercado" por simbología religiosa: en una puntilla está instalada una cruz, un Cristo crucificado recibe a los visitantes en la entrada del pueblo, hay una gruta en el extremo opuesto, en otro ingreso a Alhué hay otra cruz y en el extremo opuesto existe otra gruta. Conforme a lo que relata este curandero, esta ingeniosa arquitectura fue planificada hace muchos años por un sacerdote, pensando que la ubicación estratégica de estos símbolos impediría el ingreso del diablo a Alhué. Hasta ahí parecía un plan infalible. Sin embargo, el religioso cometió un grosero error de cálculo: cuando instaló estos símbolos religiosos, el diablo se encontraba de visita en Alhué, por lo tanto, lejos de imposibilitar su ingreso, lo que consiguió fue dejarlo encerrado entre los límites del pueblo, lo que explicaría muchas cosas.



Huellas del diablo sobre la roca.

Iglesia San Gerónimo de Alhué.

Escucha la historia aquí

Los amoríos del diablo

Antes de la llegada de los conquistadores españoles, el actual territorio de Alhué era de dominio del cacique Albalalgüe. En 1544, Pedro de Valdivia entrega estos terrenos en encomienda a doña Inés de Suárez, quien regentó este fértil valle con mano de hierro y látigo feroz, siempre con el objetivo de evangelizar a los indios y también de encontrar el esquivo oro, tan abundante en otras latitudes del Nuevo Mundo y tan escaso en el Reino de Chile.

Hubo que esperar casi dos siglos para que el preciado metal hiciera su aparición: en 1739 se descubrió un gran yacimiento que, literalmente, desató una verdadera fiebre del oro local; teniendo en cuenta que la fiebre siempre es un mal síntoma, este acontecimiento determinó un explosivo aumento de la población. De los nuevos habitantes, no todos eran de los trigos más limpios: buscadores de fortuna, delincuentes, pendencieros, tahúres y mujeres de vida fácil.

Este nuevo contexto de prosperidad económica determinó que cambiara el estatus del pueblo: el 19 de agosto de 1755 se le otorgó el título de Villa de San Gerónimo de la Sierra de Alhué. Pero lo que era motivo de celebración para unos, era de preocupación para otros: el relajo de las costumbres y las ofensas a la moral provocaban el desasosiego de las autoridades eclesiásticas; estas sospechaban que detrás de cada acto pecaminoso estaba la directa influencia del diablo y sus tentaciones.

En este ambiente se desarrolla la novela "Los amores del diablo en Alhué", de Justo Abel Rosales, publicada entre 1882 y 1900. El texto relata la historia de Santiago Barreta, un suizo avecindado en Santiago, quien contrae matrimonio con la señorita Juana Putiel, en 1780. En plena luna de miel, la pareja decide trasladarse a Alhué, debido a las promisorias condiciones económicas para ejercer actividades de comercio.

Ya en 1792, Barreta se había posicionado como una de las principales fortunas de Alhué, dedicándose a intercambiar herramientas y accesorios para la minería, enseres y alimentos a cambio de oro. La familia también había crecido: de ese matrimonio habían nacido cuatro niñas, de entre seis y doce años.

Según narra la novela, es en este contexto donde el diablo entra en escena: un desconocido se entromete en la vida de la familia Barreta Putiel. Haciendo gala de su encanto, riqueza y elegancia, llama tanto la atención como la desconfianza de todos: cómo era posible que en un pequeño pueblo apareciera de la nada un hombre de sus características y nadie tuviera noticias suyas.

Al preguntarle su nombre, el desconocido pide que basta con que le digan Faramalla. Cuando le consultan dónde reside, asegura que vive en el fondo de una mina. Luego del primer encuentro, el dueño de casa invita a Faramalla a una fastuosa cena, donde tuvo la oportunidad de conocer a la familia de Barreta e inmediatamente quedó prendado por la belleza de María Dolores, la hija mayor del matrimonio.

Finalizado el encuentro, mientras toda la familia dormía plácidamente, luego de un banquete donde la comida y la bebida corrieron generosas, María Dolores se despertó. En la oscuridad sintió la presencia de una entidad, quizás un espectro, quizás una persona. "¿Quién anda ahí?", dijo asustada. "Soy tu padre, déjame entrar en tu cama, que hace frío", respondió una voz gutural y cavernosa, al tiempo que ingresaba en el lecho de la menor. El relato señala que, de acuerdo con lo declarado por la niña, esta extraña entidad tenía barba, al igual que su padre.

Se desató el escándalo en casa: Juana culpó a Barreta de querer abusar de su hija; este se defendió alegando que cuando ocurrió el hecho dormía plácidamente en el lecho matrimonial.

De acuerdo con el relato, en las noches siguientes Faramalla (o el diablo) se las arregló para seducir a María Dolores, independiente de las precauciones que doña Juana Putiel tomó para evitarlo, haciendo recaer la culpa siempre en Santiago Barreta.

Desconocemos la trascendencia que habrá tenido la publicación de esta novela. Sin duda, en su época debe haber sido considerada de terror, aunque también combinaba aspectos de la tradicional picardía chilena. El único hecho objetivo es que Justo Abel Rosales escribió esta historia basándose en el expediente judicial levantado por la Real Audiencia en 1792, que presenta la demanda de Juana Putiel en contra de su marido Santiago Barreta, donde se le acusa de estupro y de abuso sexual en contra de sus cuatro hijas.

Según se establece en el libro "Configuraciones de lo colonial chileno: La narrativa de Justo Abel Rosales", de Bernardita Eltit, Santiago Barreta se declaró inocente de toda acusación, argumentando que su mujer, Juana Putiel, padecía ataques de celos con todas las mujeres del pueblo, incluyendo a sus propias hijas. Esto hizo ventilar aún más el escándalo en todo Alhué.

En la publicación se señala que Putiel, pese a no haber visto con sus propios ojos tales actos, se enteró del hecho al encontrar sangre en la ropa interior de las menores, pese a que aún no menstruaban, además de haber escuchado el testimonio de sus propias hijas, para lo cual se realiza un examen, a cargo de dos matronas, para comprobar el estupro, y de ordenar un careo entre Barreta, Putiel y las niñas.

Finalmente, agrega Eltit, se presenta un documento que explica que Putiel y Barreta se han reencontrado, cuando este se ve beneficiado por una libertad temporal de dos días y expresan que lo único que desean es volver a reunirse para restablecer la extraviada paz familiar.

Este deseo se confirma con la declaración del fiscal, que absuelve a Barreta por falta de pruebas concretas para demostrar el delito y que Putiel deberá presentar un comportamiento a la altura de una buena esposa: guardar la paz y la unión con su marido, así como comprometerse a no volver a actuar con tal ligereza, de lo contrario se le impondrán las mayores penas.

Si esto aconteció tal como se expone, los hechos son mucho más horrorosos que si los hubiera cometido el mismo diablo, confirmando una vez más que la cruda realidad supera con creces a la ficción.

El lugar de los hechos

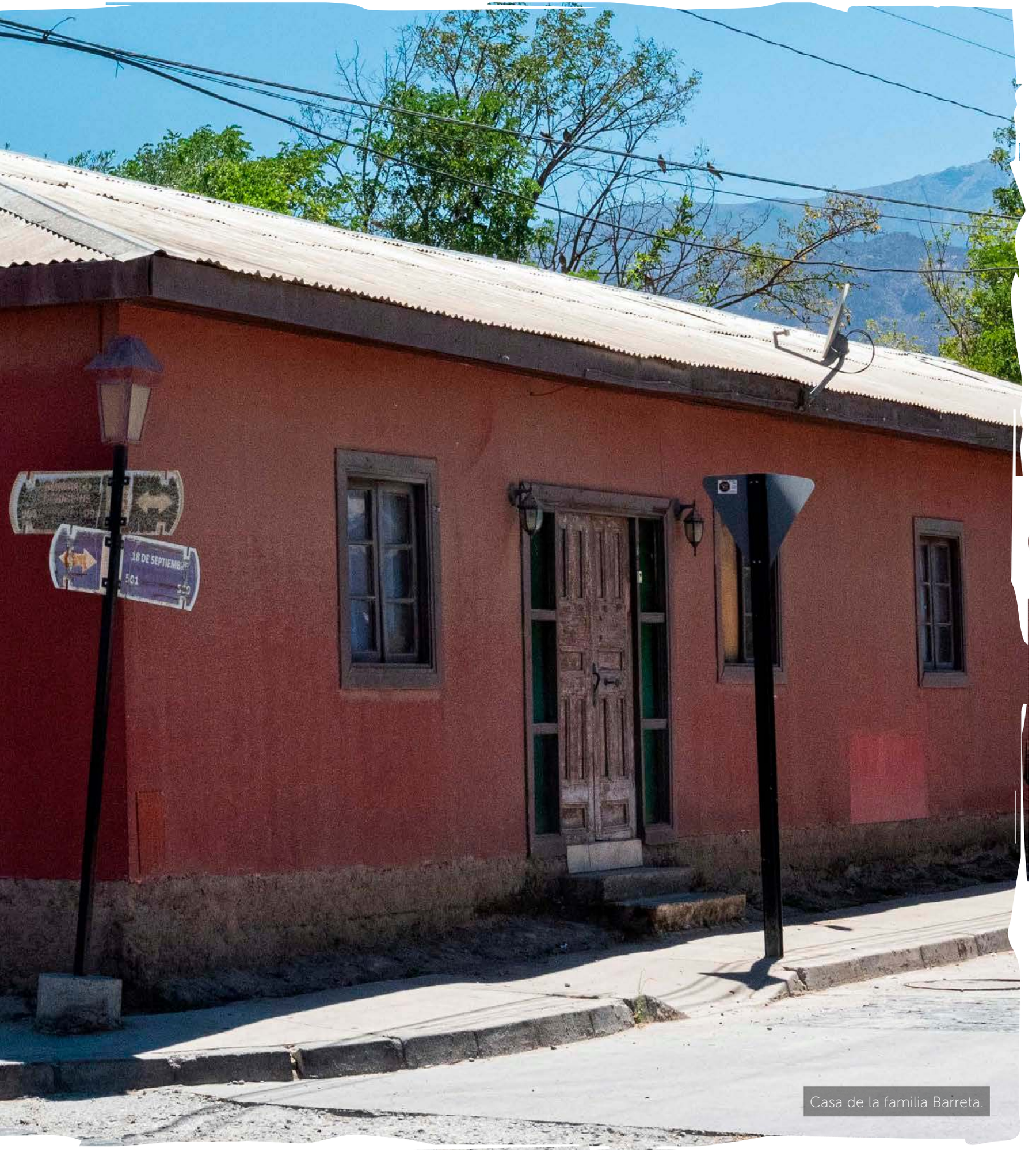
La casona donde transcurren estos hechos, tanto los de ficción como los reales, aún se encuentra en pie, aunque solo conserva la fachada, siendo completamente refaccionada después del terremoto del 27 de febrero de 2010.

Originalmente construida en 1710, la propiedad ubicada en la esquina de las calles 18 de Septiembre y O´Higgins actualmente pertenece al matrimonio conformado por Jenny y Joel, quienes, quizás por el hecho de no ser originarios de Alhué, se mostraron totalmente abiertos a compartir algunos de los secretos que aún respiran entre esos muros.

"La casa se la compramos a una anciana viuda de un exregidor de la zona. Cuando la adquirimos y empezamos a hacer diversas reparaciones, necesitábamos contratar personal, y en Alhué fue imposible. Tuvimos que traer gente de Santiago, porque todo el mundo en Alhué le tiene terror a esta casa", asegura Jenny. "Aquí han pasado cosas bastante extrañas, pero no tenemos miedo ni somos supersticiosos. Eso sí que, cuando le he contado las cosas que ocurren acá a algún vecino, me han respondido 'claramente, te fue a visitar el Discreto'", complementa Joel, aportando además un eufemismo inédito para referirse al diablo: el Discreto.

Dentro de los muchos sucesos extraños que han ocurrido en la propiedad, Jenny destaca los que relataremos a continuación.

El objetivo del matrimonio era transformar la vivienda en una residencial para brindar alojamiento a turistas y a funcionarios de las mineras aledañas. El negocio representaba una oportunidad, dada la escasez de ese tipo de servicios en Alhué y, además, tenía el valor



Casa de la familia Barreta.

agregado de tratarse de una propiedad de carácter histórico. A poco tiempo de mudarse, en una tarde en que llovía torrencialmente —como hace tiempo ya no ocurre—, sintieron que golpeaban la puerta insistentemente.

Joel fue a abrir y encontró a un hombre que pedía hablar con su señora, quien se levanta de la cama y va a atenderlo. "¡Señora Jenny, qué gusto de verla! ¿Se acuerda de mí? Me alojé aquí hace dos años", explicó el joven. A Jenny esto le llamó inmediatamente la atención: apenas se había cumplido un año desde que vivían ahí, por lo tanto, era imposible que lo hubieran hospedado.

Otra cosa que sorprendió al matrimonio era el aspecto y el vestuario del visitante: si bien era de incuestionable elegancia, su ropa parecía anticuada y pasada de moda. Ya era tarde y el hombre solicitó alojarse en la misma habitación en que supuestamente había pernoctado en su visita anterior: el cuarto más pequeño, con una ventana diminuta, que es donde se supone que dormían encerradas las hijas de Santiago Barreta y Juana Putiel, para evitar ser acosadas por el diablo.

"A la mañana el desconocido se levantó temprano y no aceptó desayuno, limitándose a una dieta de café y cigarrillos, argumentando apuro, debido a que esa mañana tenía un compromiso muy importante en la Municipalidad."

A la mañana siguiente, el desconocido se levantó temprano y no aceptó desayuno, limitándose a una dieta de café y cigarrillos, y argumentando apuro, debido a que esa mañana tenía un compromiso muy importante en la municipalidad. "Tengo que reunirme con el alcalde, porque pronto se abrirá una mina en Pichi, que va a entregar muchas oportunidades de trabajo y crecimiento para la gente de Alhué", explicó, dejándole su tarjeta de presentación antes de retirarse.

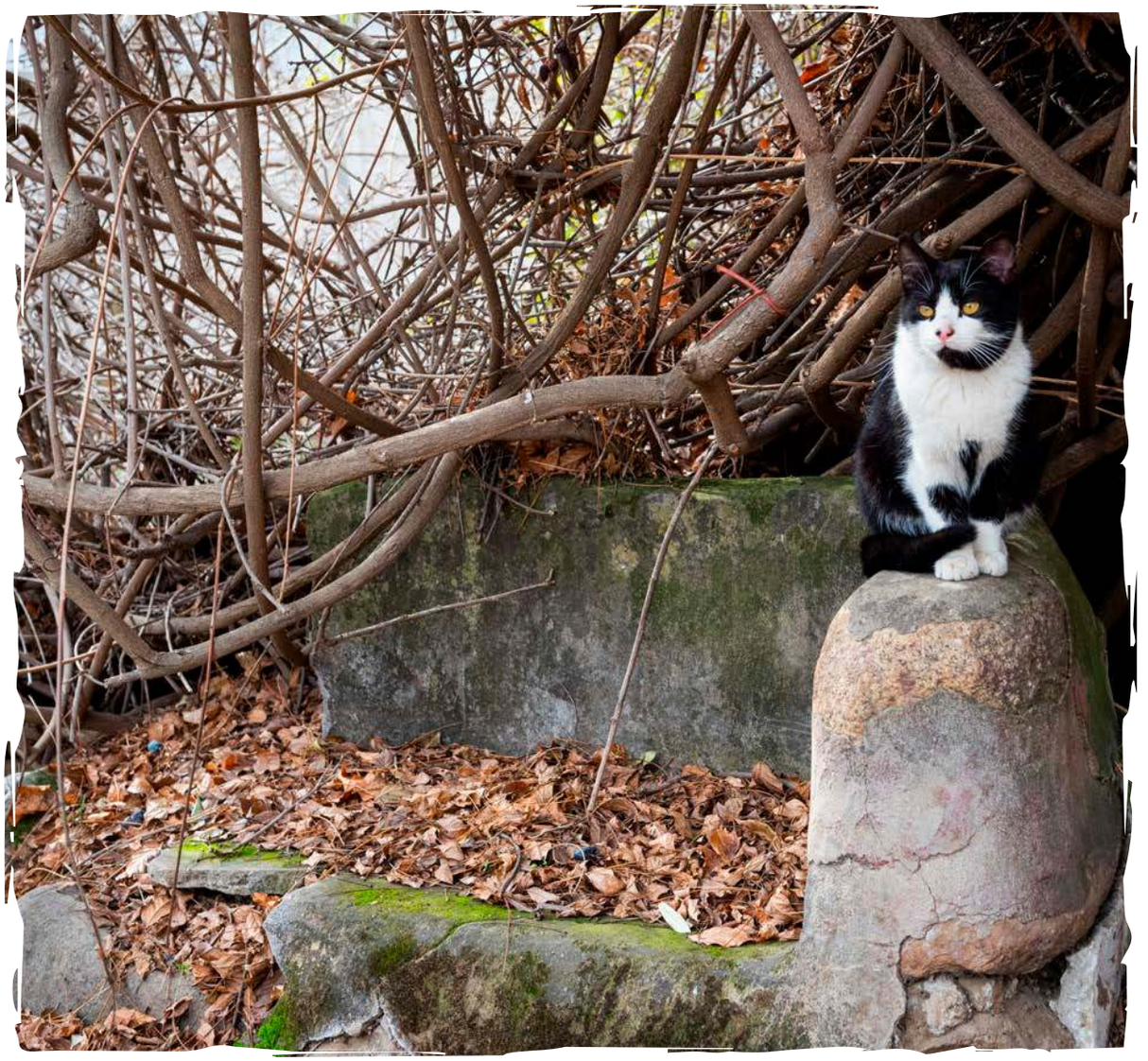
A Jenny todo lo relacionado con esta visita le resultó muy extraño. Lo primero que hizo fue llamar a una persona conocida que trabaja en la municipalidad para confirmar si el desconocido había acudido a la reunión: "Imposible, el alcalde se encuentra fuera de Alhué y no tiene ningún compromiso hoy en su agenda", le explicaron.

En la actualidad, Jenny no recuerda el nombre que figuraba en la tarjeta del visitante, pero sí sus dos apellidos: Gárate Vial. Y recuerda que, después de consultar en la municipalidad, llamó al teléfono que aparecía en la tarjeta. Contestó una secretaria que, con evidente extrañeza, le comunicó con su jefe: "La persona por la que usted pregunta es primo mío, pero falleció hace muchos años", agregando más condimentos a esta misteriosa historia.

Tal como se mencionó anteriormente, el terremoto de 2010 derrumbó esta casona de adobe de 300 años de historia. Afortunadamente, Joel y Jenny no se encontraban cuando ocurrió la tragedia; sin embargo, cuando pudieron viajar a Alhué, se enteraron de un hecho insólito, que estuvo en boca de todo el pueblo. Antes de que las maquinarias comenzaran con el trabajo de remoción de los escombros de la casa, apareció un hombre desconocido, vestido totalmente de negro, que le solicitó al operario que le otorgara unos minutos para visitar el terreno: "Viví aquí hace mucho tiempo", argumentó el desconocido. Parecía una razón atendible y se le permitió ingresar al lugar donde días antes había una casa. Lo sorprendente es que transcurrían los minutos y el hombre no salía; lo fueron a buscar para apurar el inicio de la faena y no encontraron a nadie. Los obreros se negaron a seguir trabajando y para toda la población de Alhué había una sola explicación: el diablo había ido por última vez a visitar su morada.

La casa actual no conserva prácticamente ningún rasgo de cómo fue en el pasado. En el patio, eso sí, aún permanece como testimonio el llamado sillón del diablo, una especie de sitial de piedras donde se supone que el Maligno se sentaba a disfrutar plácidamente de la tarde. Eso sí, a veces se ven extrañas luces que bailan en alguna habitación, en la oscuridad de la noche. También, la mujer que trabaja en el aseo de la casa, aseguró ver cómo un viejo sillón se movía en tres ocasiones, luego de volver a reubicarlo. Eso, entre otras curiosidades que ya se han vuelto cotidianas y que a Jenny y a Joel parecen no importarles; ellos ya están curados de espanto.

La arquitectura original de la casa tenía ventanas pequeñas, con durmientes y el techo era de madera.



Asiento del diablo. Aquí el Discreto enamoraba a la hija mayor de la familia Barreta.

La memoria de los abuelos

Si la actitud de los habitantes más antiguos de Alhué es de reticencia respecto de compartir leyendas relacionadas con el diablo, la de Fabio González —un joven funcionario de la Municipalidad de Alhué— es distinta, ya que accedió a contar algunos de los hechos que les ocurrieron a sus dos abuelos, porque considera de alta relevancia que ese patrimonio de la comuna que habita no se hunda en las aguas del olvido.

La primera le ocurrió a don Rolo, su abuelo materno, en sus años de juventud. Por entonces, Rolo era muy dado a participar en partidas de monte, un juego de naipes en el que se utiliza baraja española y en el que los participantes apuestan dinero. Quizás, precisamente por esta razón el monte se lo vincula con el diablo: por el solo hecho de existir apuestas de por medio, un simple juego de cartas se corrompe y no es de extrañar que vaya aparejado de otros vicios, como el consumo de alcohol, trampas en el juego, o que se desaten hechos de violencia entre los participantes.

Por esos años, este juego estaba prohibido y los alhuinos solían jugarlo de noche, en el cementerio, teniendo la certeza de que ningún representante de la ley se acercaría al camposanto para realizar redadas a esas horas. En una noche, en que el joven Rolo disfrutaba de una muy buena racha con las cartas, dijo: "¡Hasta aquí no más llego yo!". La diosa fortuna siempre es esquiva y así como en ocasiones te favorece, al instante siguiente te puede perjudicar. Además, para qué continuar, si ya llevaba el bolsillo bastante hinchado de billetes.

Por esos años el juego del Monte estaba prohibido y los alhuinos solían jugarlo de noche, en el cementerio.

Así emprendió el camino que llevaba desde el cementerio hasta la casa que compartía con sus tíos, ruta que no le resultaba para nada desconocida, porque no era la primera ocasión que la recorría, aunque quizás esta vez sería la última. A poco andar, el joven Rolo divisó algunos metros más atrás la silueta de una persona que seguía sus pasos, sin prestarle mayor atención. Seguramente, se trataría de otro jugador que tomó la misma decisión de retirarse de la partida en el momento preciso.

No obstante, al protagonista de esta historia comenzó a llamarle la atención que, a medida que avanzaba, la silueta iba cobrando mayor tamaño. Definitivamente, el extraño que lo seguía aumentaba su tamaño a medida que se acercaba. Así como crecía el extraño, también incrementaba el miedo en el corazón del joven Rolo, quien empezó a apretar el paso, hasta que la caminata se transformó en carrera. Aun así, por el rabillo del ojo podía ver a la enorme silueta creciendo y siguiendo cada uno de sus pasos. Transpirando llegó hasta su casa y le contó a sus tíos esta extrañísima experiencia. "Son ocurrencias tuyas, capaz que se te pasó la mano con el trago", le comentaban. "¿No lo habrás imaginado?", agregaban. Estaban en eso, cuando se escuchó un estruendo que hizo salir a todos los vecinos de la cuadra: sin mediar terremoto, de la nada se derrumbó toda la esquina de la casa de enfrente, como si este gigante se hubiese tropezado o incluso le hubiese propinado una pateadura de impotencia al muro. Quién sabe, quizás uno de los jugadores de monte esa noche era el diablo, que apostó, perdió dinero y demostró ser un pésimo perdedor.

Fabio comenta que Pablo, su abuelo paterno, en su juventud también fue testigo y protagonista de otro extrañísimo suceso. Por esos años, se dedicaba al cultivo y venta de sandías; el sandial estaba alejado de Alhué, cercano a un estero, y en temporada estival, no era extraño que el anochecer sorprendiera a Pablo trabajando. Cuando eso ocurría, en vez de regresar al pueblo, prefería improvisar un ruco con algunas ramas para guarecerse y pernoctar allí, acompañado de su perro Chocolate.

Una noche, Pablo se despertó con inquietos gemidos de alerta de su compañero perruno. Se levantó y puso mayor atención. Efectivamente, a lo lejos se escuchaba el ruido de una carreta que avanzaba a gran velocidad y del ruido de los cascos de los caballos que avanzaban a todo galope.

Todo esto a Pablo le resultó muy extraño: el camino no era apto para el tránsito de una carreta; apenas era una angosta y pedregosa huella para caminantes. No obstante aquello, la carreta seguía avanzando y su fiel compañero Chocolate, lejos de ladrar para ahuyentar a los extraños, se acurrucaba gimiendo asustado entre medio de sus piernas. En la medida que se aproximaba, Pablo notó que se trataba de una elegante carroza negra, tirada por caballos

del mismo color, que pasó justo frente a donde se encontraba y alcanzó a escuchar risas y el sonido de copas chocando, como si una fiesta se estuviera realizando al interior del vehículo, que continuó su camino estero arriba, con dirección a Pichi.

"En la medida que se aproximaba, Pablo notó que se trataba de una elegante carroza negra, tirada por caballos del mismo color, que pasó justo frente a donde se encontraba y alcanzó a escuchar risas y el sonido de copas chocando, como si una fiesta se estuviera realizando al interior del vehículo, que continuó su camino estero arriba, con dirección a Pichi."

La Parra del Diablo

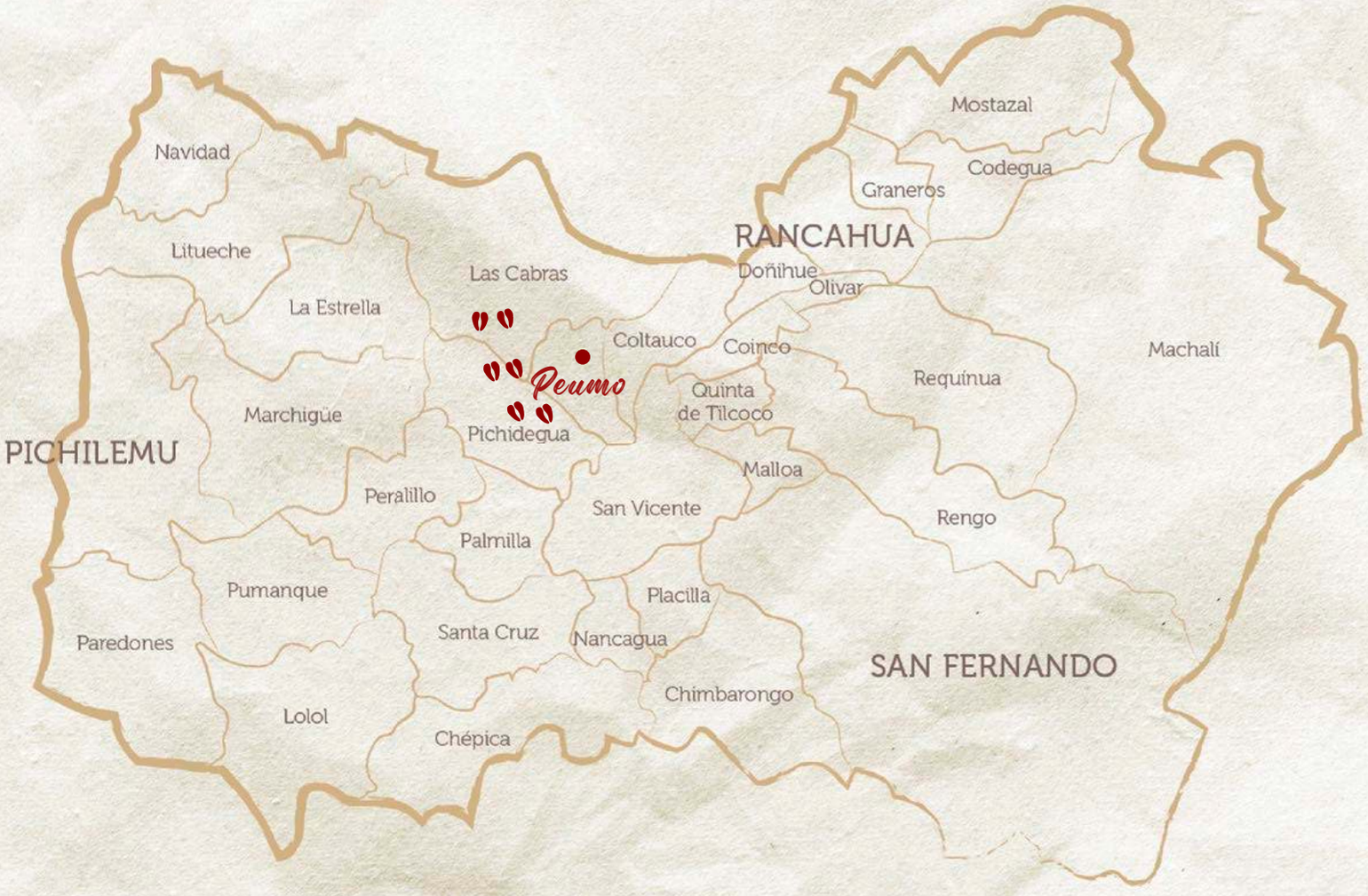
Uno de los mitos existentes en Alhué es la llamada Parra del Diablo, la que erróneamente su plantación la adjudicaban a la propia Inés de Suárez. Sin embargo, el árbol alcanzó los doscientos años de edad. Según Oreste Plath, en su libro titulado "Folclor chileno", se le denomina Parra del Diablo porque esta antes fue un hombre que el Cachudo transformó en parra y muchos ven en la forma de las ramas a una persona con sus brazos extendidos.

En el mismo libro, Plath refiere en Alhué la leyenda de la mina del diablo, consistente en la historia de dos amigos que descubren una mina y, llevados al fondo por un misterioso arte, son deslumbrados con la riqueza que ofrecían sus doradas vetas. Ante la abundancia del fabuloso mineral, los afortunados hombres comienzan a llenar sus bolsillos de oro, pero mientras estaban dedicados a ese afán, apareció el Cola de Flecha, dejando una densa estela de azufrosa pestilencia que dejó a los improvisados mineros sin sentido. Al despertar, encontraron una soga que colgaba desde la bocamina, probaron su resistencia y treparon presurosos hasta la superficie.

Atemorizados, los mineros no demoraron en dar testimonio de esta terrorífica experiencia y del personaje que se habían encontrado bajo tierra. Su relato ayudó a bajar las pasiones de todos los mineros que buscaban fortuna y, de paso, le puso freno a la vida disipada a la que estaban entregados los habitantes de la Villa de San Gerónimo de la Sierra de Alhué.

En marzo es posible ver como las parras que se encuentran en las afueras de Alhué se vuelven rojas, casi como si estuvieran ardiendo.

Antes fue un hombre al que el Cachudo transformó en parra. Se cuenta que esta parra es hija de la parra que trajo Inés de Suárez.



Peumo

Región del Libertador General Bernardo O'Higgins.

Comuna perteneciente a la provincia del Cachapoal, en la Región de O'Higgins. La cruz es parte de su paisaje, de su patrimonio y tradición.

4. Peumo: Una cruzada en contra del diablo

Escucha la historia aquí

Así como la Virgen del cerro San Cristóbal constituye un ícono fácilmente reconocible y asociable a la ciudad de Santiago, lo mismo sucede con la Cruz del cerro Gulutrén, en Peumo, comuna perteneciente a la provincia del Cachapoal, en la Región de O'Higgins. La cruz es parte de su paisaje, de su patrimonio y tradición. Incluso es utilizada como un informal predictor meteorológico: si las nubes cubren la cruz, los peuminos salen de la casa con paragua en mano.

Cerro Gulutrén.

El cerro Tren Tren en Doñihue, al igual que el Gulutrén, es considerado un cerro sagrado por los pueblos originarios, debido a uno de los principales mitos de la cosmovisión mapuche: el Tren Tren, combinación de montaña mágica y espíritu benefactor, prestó asilo a los hombres para protegerlos del Kai Kai, un espíritu maligno, con cuerpo de serpiente y cabeza de buey, que gozaba haciendo daño a hombres y mujeres.

Y si fueron sagrados para los pueblos prehispánicos, en los albores del siglo XX, la cruz del cerro Gulutrén también era objeto de culto para los peuminos. En "Folclor chileno", Oreste Plath señala que cada 1 de mayo se realizaban procesiones de peregrinos para pedir favores o pagar mandas, en el contexto de una verdadera celebración religiosa popular.

En la tesis titulada "Imaginario colectivo en la Cruz del cerro Gulutrén, Peumo 2010", de Elizabeth Rivera y Catherin Silva, se especula que esta cumbre pudo haber sido un volcán de la cordillera de la Costa y, por esa razón, los mapuche le rendían culto al espíritu que habitaba en su interior, porque de esta cumbre salía humo y fuego; y también se producían fuertes movimientos de tierra y sonoras detonaciones. Eso explicaría el origen su nombre: Gulutrén, morada del diablo.

La llegada de los conquistadores españoles, con el objetivo de evangelizar, intentó soterrar todo mito y toda creencia de los pueblos originarios, con el opresor peso de la cruz del catolicismo a lo largo de todo el continente americano. El cerro Gulutrén, en Peumo, no fue la excepción.

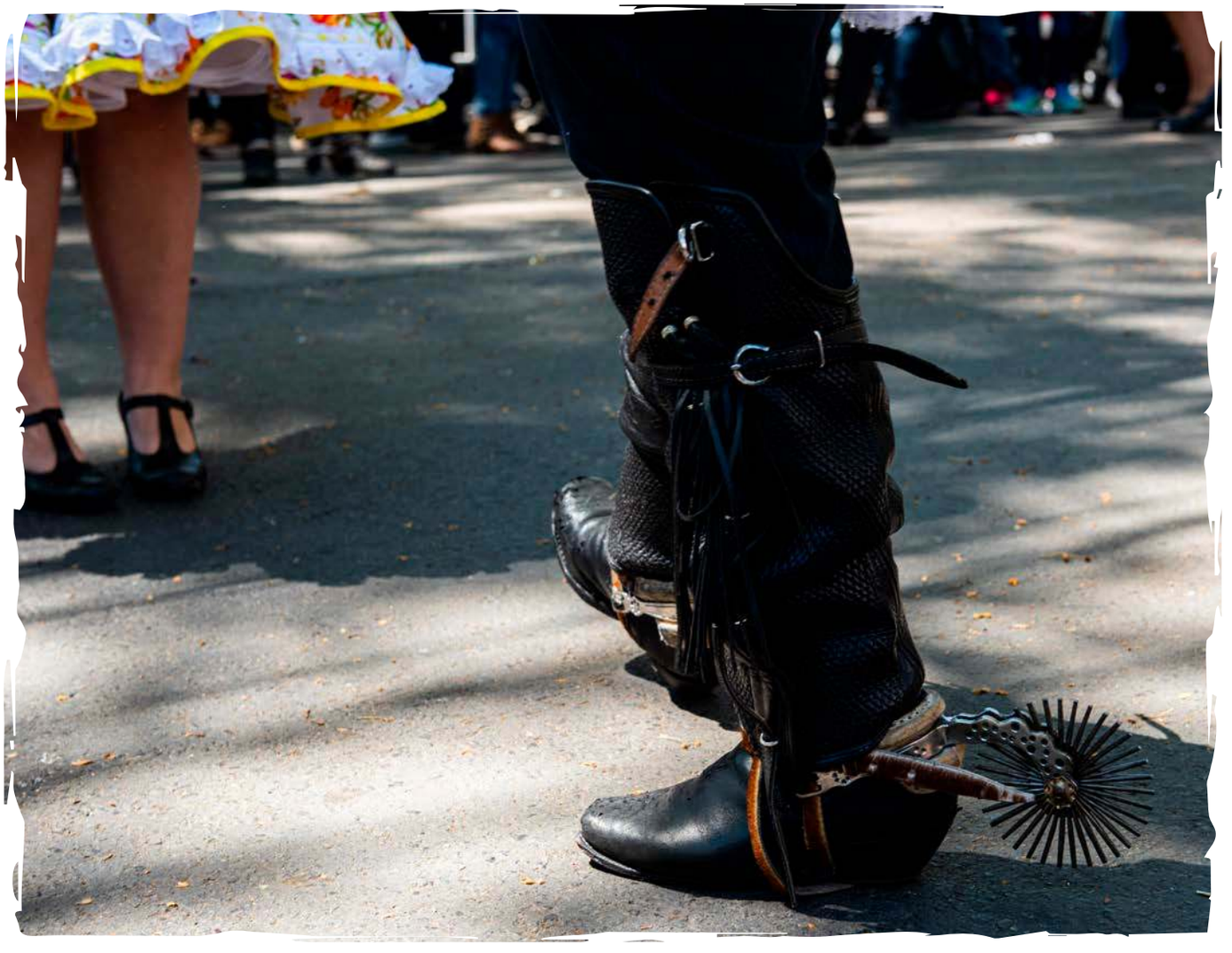
La historia establece que el sacerdote Arturo Zúñiga (1758-1812) fue el responsable de erigir la primera cruz fabricada en madera sobre este cerro (sin fecha confirmada); y que la actual cruz de hierro fue instalada en 1897, y restaurada en 2017. Sin embargo, existen antecedentes orales que aseguran que, posterior a la realización de los concilios de Lima (1550-1583), los cuales mandataron la exterminación de los cultos erróneos y las creencias supersticiosas de los indígenas, se habría asentado una primera cruz de madera en la cima del Gulutrén, para anunciar y confirmar el advenimiento del nuevo y único Dios cristiano.

Así, producto de la intromisión de un nuevo Dios ajeno, simbolizado por la instalación de una cruz en un recinto de idolatría mapuche (sobre todo, en el caso de un cerro llamado "morada del diablo"), se generó un verdadero caudal de leyendas en todo el territorio con el diablo como actor protagónico.

Efectivamente, los cimientos de la cruz del Gulutrén esconden la historia de una verdadera "guerra santa", sostenida entre los representantes de Dios en la tierra y el diablo, que tiene una particularidad diferenciadora respecto de otros "diablos" de distintos territorios de la zona central de Chile. El principal pasatiempo y casi vicio de este diablo era el juego de la rayuela.

Las tres cruces

Esta leyenda está adaptada del texto "Antología de leyendas y tradiciones", de Alfonso Calderón, quien a su vez lo extrajo del libro "Leyendas chilenas", de Antonio Acevedo Hernández, y publicada en el sitio web www.peumonos.cl.



¿Cómo reconocer al Diablo? Usa una sola espuela en la bota izquierda.

El diablo usaba al río Cachapoal para jugar rayuela.

La historia relata que el diablo trataba de pasar inadvertido en el pueblo, vestía elegantemente de negro, con un chamanto de Doñihue, montando un brioso corcel del mismo color y calzando siempre una sola espuela. En su forma humana, en el pueblo era conocido bajo el nombre de José Arnero, y reconocido por su fama de sandunguero y vividor: corría en los rodeos, se embriagaba con los mostos locales, bailaba entusiastas cuecas con mujeres de vida fácil e incluso hacía payas, participando en sabrosos duelos con músicos locales, que casi siempre ganaba. Por cierto, jamás al diablo se le veía participando en la Santa Misa ni asistiendo a funerales; verdadera tirria le provocaban los ritos sagrados, las cruces de las sepulturas o el tañer de las campanas.

De la cima del cerro Gulutrén, el diablo bajaba a participar en campeonatos de rayuela con jugadores locales, que era su gran debilidad y predilección. Aunque siempre se encargaba de dejar las cosas claras antes de empezar la competencia: no permitía a sus rivales que dibujaran cruces a la raya. Cuando sus contendores se dieron cuenta de su talón de Aquiles, comenzaron a trazar cruces en cualquier parte, el diablo empezó perder su perfecta puntería y sus tejos dejaron de caer siempre en la quemada, como ya era costumbre. Frustrado, derrotado y molesto, el diablo dejó de asistir a las partidas de rayuela y, desde ese momento en adelante, prefirió jugar solo. Desde la cumbre del Gulutrén lanzaba los tejos y establecía la raya en el río Cachapoal, pero como no le gustaba mojarse, la cambió de lugar y la instaló en una pequeña colina al otro lado del río, en un sector denominado Larmahue.

Pero la vida del diablo no era tan idílica. Un cura de apellido López se había transformado en su enemigo jurado y se había empecinado en exiliarlo de Peumo, principalmente, porque el Maligno tentaba diariamente a sus feligreses, arrastrándolos con facilidad a la cantina del pueblo y dejando la iglesia prácticamente vacía. También, al sacerdote le preocupaban los estragos que estaba causando en el pueblo su refinado arte de seducir, cautivando a mujeres de trenzas sueltas y también corrompiendo a las más virtuosas. El colmo llegó cuando sorprendió a las monjitas que vivían junto a la iglesia de Peumo, entonando las más atrevidas y pícaras cuecas en pleno claustro, que solo pudieron haberlas aprendido del mismísimo diablo.

La fuerza de las pruebas era irrefutable y el cura López no podía quedarse mirando de brazos cruzados como un pueblo de buen vivir se dejaba hechizar por los torcidos encantos del Señor de las Tinieblas.

El Cola de Flecha acusó recibo de la declaración de guerra y su primera escaramuza consistió en raptar a las monjitas del claustro. Efectivamente, una mañana el cura López ingresó a la iglesia para realizar la primera oración del día, sin encontrar a ninguna religiosa que lo acompañara. Revisó en las habitaciones, en la cocina, en la huerta y nada, no había rastro de las hermanas. De pronto miró al cielo y grande fue su sorpresa cuando descubrió que las monjitas estaban sobre el techo de la iglesia y no sabían cómo bajar. Ante la consulta de cómo llegaron ahí, argumentaron ignorancia y que solo sintieron un violento calor tibio que las abrasaba y unos deseos grandes de marchar a hacia lo desconocido. Así, las religiosas, pensando que abandonar sus respectivas habitaciones no era pecado, y arrastradas por una misteriosa brisa, terminaron en el techo de la casa de Dios, incapaces de descender por voluntad propia.

Detalle de las ventanas de la Iglesia. Las cruces sobre las rejas sirven para evitar que el Diablo entre al recinto sagrado.

Fastidiado y con la certeza que el autor de la fechoría era su oscuro adversario, buscó una larga escalera para rescatar a las hermanas, las bendijo, las mandó a hacer penitencia y las encerró en el claustro para que su enemigo no tuviera una segunda oportunidad de atentar en contra de su virtud.

Pese a sus buenas intenciones, el cura López no tenía la menor idea de la chichita con la que se estaba curando: su enemigo era de armas tomar, y tenía recursos y artilugios para hacerle pasar más de un mal rato. Y así mismo fue: a pesar de que las monjitas estaban encerradas a buen recaudo y bajo siete llaves, una mañana, misteriosamente, amanecieron en la cumbre del cerro Gulutrén. Las malas lenguas del pueblo comentaban que haber despertado allí fue el menor de los males que experimentaron las religiosas durante esa noche.

Iglesia Parroquial Católica de la Inmaculada Concepción de Peumo.

Cegado de ira, el sacerdote también endilgaba buena parte de la culpa a los peuminos. Anteriormente, el diablo se dedicaba solo a jugar rayuela, sin molestar a nadie ni hacer mayores maldades; sin embargo, cuando los parroquianos empezaron a dibujarle cruces, fastidiaron al Cachudo, que se desquitó haciendo una trastada tras otra, incluso ensuciando la virtud de las mujeres más santas del pueblo.

A esas alturas, ya era por todos sabido que al diablo no le gustaban las cruces. Con esa idea en mente, el sacerdote convocó a un grupo de fieles para que enterraran una pequeña cruz de madera, que él mismo se había encargado de bendecir, en plena cima del cerro Gulutrén, con el objetivo de desterrar de una vez para siempre al Maligno del sector. Así, una mañana, un grupo de devotos peuminos inició la subida con una cruz de madera al hombro, emulando

"El sacerdote convocó a un grupo de fieles para que enterraran una pequeña cruz de madera, que él mismo se había encargado de bendecir, en plena cima del cerro Gulutrén".

el Vía Crucis que el Hijo de Dios recorrió en su ascenso al Gólgota. Una vez instalada, los vecinos descendieron el cerro con la satisfacción de haber cumplido con la santa tarea que el cura López les había encomendado.

La salida del sol anunciaba un nuevo día y ya en todo el pueblo se hablaba de la cruz que no había durado ni una sola noche en la cima del cerro: el fuego había consumido rápidamente el crucifijo, y se comentaba que el propio diablo era quien se había encargado de convertir el símbolo religioso en cenizas, con brasas traídas desde el mismo infierno.

A pesar del primer fracaso, el cura no se dio por vencido y convocó a los pocos fieles que aún no habían caído en los mentirosos encantos del Cachudo y los conminó a cooperar con lo que a cada uno le fuera posible para construir una nueva cruz de madera, mucho más grande y más robusta, que incluso al Diablo le resultara imposible de destruir. Cuando la gran cruz estuvo lista, cada feligrés se comprometió a ascender con ladrillos y cemento para construir sólidos cimientos que la sostuvieran, para brindarle aún más firmeza.

Por muchos meses, la cruz se mantuvo en la cima, lo que devolvió la tranquilidad al pueblo, hasta que una mañana, al mirar al cerro, los peuminos descubrieron que el crucifijo había sido cortado. Algunos aseguraban que esto solo habría sido posible con algún serrucho infernal, pero al poco tiempo se supo que el diablo había encargado a una familia la faena de aserruchar la cruz, a cambio una importante suma de dinero.

Acá la historia se vuelve nebulosa: nadie sabe o quizás se prefiere olvidar el derrotero del cura López. Según algunos, asumió su derrota y abandonó el pueblo en busca de un mejor destino, más tranquilo. Otros aseguran que su corazón fue incapaz de soportar el dolor conferido y falleció de un infarto fulminante. El hecho es que, nuevamente, Peumo se transformó en un pueblo sin Dios ni ley, y sus habitantes se abandonaron a la lujuria y el pecado.

Y así fue, hasta que en reemplazo del cura López llegó el sacerdote Eliseo Fernández Hidalgo, ferviente hombre de Dios, quien heredó la santa tarea de expulsar al diablo del pueblo. El razonamiento del nuevo sacerdote fue bastante simple: si las anteriores cruces de madera habían sido destruidas, había que construir una nueva, más grande y mucho más sólida.

Entonces, ideó el proyecto de instalar una monumental cruz de hierro, imposible de quemar y muy difícil de cortar. Al principio, fue tildado de loco hasta por los feligreses más fieles. ¿Cómo iban a subir esa pesada cruz por las escarpadas laderas del Gulutrén? Pero de a poco, el cura Fernández fue convenciendo a los vecinos, quienes colaboraron con dinero, materiales y mano de obra para transformar el proyecto en realidad. En un esfuerzo comunitario, los

Tercera y definitiva cruz del cerro Gulutrén.

vecinos subieron las partes de la cruz y los diversos materiales a lomo de mula, hasta que la hermosa cruz de hierro, de doce metros de altura, fue instalada en una sólida base de concreto en la cima del cerro, dominando todo el valle del Cachapoal.

Dicen que después de ese acontecimiento, al diablo no se le volvió a ver cola ni pezuña en Peumo, que la tranquilidad volvió a reinar, y la iglesia volvió a estar repleta de feligreses en la misa dominical. Al parecer, el Cola de Flecha había asumido su derrota pero, a pesar de ello, las cantinas continuaban con una fiel clientela de parroquianos enviciados por la dulce embriaguez que les provocaban los mostos locales y hay más de alguien que asegura que el diablo no fue derrotado; solo cambió de rubro y que actualmente es viñatero, oficio amparado por ley, con el que aún continúa condenando almas al castigo eterno.

El tesoro del conquistador

Esta historia, publicada en el portal www.granvalparaiso.cl y firmada por el periodista Arturo Alejandro Muñoz, tiene su origen en las más profundas raíces de la historia de nuestro país y tiene como protagonistas al gobernador y capitán general del Reino de Chile, don Pedro de Valdivia, y al toqui Lautaro.

De acuerdo con el autor de la crónica, se trata de una leyenda casi olvidada, que ha pasado de abuelos a nietos, a lo largo de varias generaciones, pero que algunos viejos del sector de la cuesta de Idahue, en Coltauco, aún recuerdan y comparten, entre mate y mate, alrededor del fuego de un brasero.

La historia se remonta a los primeros años de la Conquista, posterior a la fundación de Santiago, cuando don Pedro de Valdivia se instaló a orillas del río Mapocho, esperando descubrir tanta cantidad de oro como el que habían encontrado en el Perú; pero acá el preciado metal no era tan abundante ni fácil de encontrar. Sin embargo, en la actual Región de Valparaíso, en la zona de Concón y en el estero Marga Marga, los conquistadores extrajeron una nada despreciable cantidad de oro, que don Pedro había decidido poner a buen recaudo, para

Candados antiguos.

"A falta de bancos donde asegurar la riqueza, Don Pedro encomendó al más leal de sus lugartenientes que organizara una comitiva con indios yanaconas y marchara al sur de Santiago, en busca de un lugar seguro donde enterrar el tesoro."

evitar que la codicia transformara en traidor al más fiel compañero de armas. Así, el líder de los conquistadores decidió guardar el oro en un enorme baúl, que aseguró con grandes candados, para posteriormente esconderlo en un lugar seguro y secreto, alejado de las tentaciones de cualquier manilargo.

A falta de bancos donde asegurar la riqueza, don Pedro encomendó al más leal de sus lugartenientes que organizara una comitiva con indios yanaconas y marchara al sur de Santiago, en busca de un lugar seguro donde enterrar el tesoro. Dicho y hecho, el español organizó una caravana con varios indios y mulas para cargar la riqueza. Entre los indios seleccionados para tan secreta misión iba un mozalbete llamado Leftraro, para los mapuches, y Lautaro para los españoles. Seleccionaron a este joven debido a que era un gran conocedor de la geografía local, quien aconsejó al español enterrar el tesoro en el lugar más seguro de todos: la cumbre del cerro Gulutrén.

El ascenso no fue nada de fácil, sobre todo considerando la pesada carga que sostenían las mulas en sus lomos. Pero, así y todo, alcanzaron la cima y enterraron el tesoro, tal como se había dispuesto. Tras tan dura faena, el español cayó rendido de agotamiento y, mientras dormía, Lautaro amotinó a los indios, quienes dieron muerte al conquistador con macanas y palos. Luego de eso, Lautaro tomó los caballos y emprendió camino hacia el sur, para liderar a su pueblo en la rebelión contra el invasor español.

¿Y qué sucedió con el oro? Nunca más se supo: Lautaro jamás regresó a la cumbre del Gulutrén y Pedro de Valdivia murió sin saber dónde estaba enterrado su tesoro.

Esta leyenda motivó a aventureros y cazafortunas a buscar el tesoro español en la cima de este cerro de la actual Región de O'Higgins, sin resultados favorables. Sin embargo, la leyenda cuenta que quien encontró el tesoro fue el diablo, quien ocupó el oro para fabricar pesados tejos para jugar a la rayuela, lanzándolos desde la cumbre del cerro hasta el sector de Larmahue.

Con los dorados tejos, el Cola de Flecha disfrutaba su gran pasión: la rayuela. Y en Peumo la población se estremecía de pavor al escuchar sus sonoras y macabras risotadas; o al sentir cómo se movía la tierra cada vez que los pesados tejos se estrellaban contra el suelo.

Como el diablo hacía y deshacía en la cumbre del Gulutrén, por mucho tiempo ningún humano se atrevió a escalar el cerro, hasta que el cura de Peumo, con ayuda de sus feligreses, instaló una enorme cruz de hierro para ahuyentarlo.

¿Y el oro? Se supone que el diablo, ni corto ni perezoso, alcanzó a llevarse sus valiosos tejos al mismo infierno, donde continúa jugando a la rayuela.

Peñaflor

Región de Metropolitana

No son pocas las historias que vinculan al diablo con misteriosos incendios que ocurrían en el fundo Peñaflor, terreno que perteneció originalmente a la familia Lisperguer, la rama materna de la Quintrala;

5. Peñaflor: Entre pactos y medianoche

Incendios infernales

En Peñaflor no son pocas las historias que vinculan al diablo con misteriosos incendios que ocurrían en el fundo Peñaflor, terreno que perteneció originalmente a la familia Lisperguer, la rama materna de la Quintrala; y que con el transcurso del tiempo pasó a manos de don Patricio Larraín Gandarillas.

En el lugar donde hoy se encuentran las dependencias de la Asociación Gremial de Dueños de Microbuses Peñaflor (Bupesa) se emplazaba una antigua casa patronal. Se cuenta que hace mucho tiempo, el dueño de ese terreno hizo un pacto con el diablo, vendiendo su alma a cambio de riquezas. Una de las maneras que tenía el Maligno para recompensarlo era obligándolo a azotar una figura de un Cristo crucificado y tras cada latigazo caían monedas de oro. Sin embargo, de alguna manera esta persona hizo enfurecer al Cola de Flecha, quien le envió una señal muy clara, provocando un incendio en la casa patronal, en la que los bomberos trabajaron durante toda una noche para apagarlo. Según Luis Francisco Cáceres,

Primera Compañía de Bomberos de Peñaflor.

integrante de la Primera Compañía de Bomberos de Peñaflor, la particularidad de este incendio es que afectó únicamente al segundo piso de la vivienda, dejando la primera planta intacta. Los incendios eran frecuentes en la casa patronal: usualmente, el fuego incendiaba el tronco y las ramas de un inmenso árbol similar a un gomero. Lo más misterioso de todo es que, en muchas ocasiones, los vecinos llamaban a los bomberos ante la primera señal de fuego o humo, pero cuando llegaban las bombas no había ni la más mínima señal de ignición.

Fundo Pelvín, visto desde la altura. Se dice que algunos de esos árboles ardían sin quemarse.

Años más tarde, el terrateniente murió y las pocas personas que por lástima lo velaron, relatan que desde el interior del ataúd surgió una serpiente, señal inequívoca que el diablo había ido a cobrar su parte del pacto.

El Camino del Diablo

En la actualidad, el camino que une Peñaflor con Talagante lleva el nombre de Avenida Peñaflor. Sin embargo, mucho antes del pavimento y de la instalación del tendido eléctrico, recibía el aterrador nombre de El Camino del Diablo. En esa época, solo se trataba de un angosto callejón de tierra, bordeado por un canal y flanqueado por sauces y zarzamoras, que hacía que muchas personas evitaran recorrerlo de noche, a riesgo de encontrarse cara a cara con el Malulo, que solía transitar la ruta vestido entero de negro y montado en un caballo del mismo color; o como un gran perro negro con los ojos como de un rojo incandescente como brasas, proveniente del mismo infierno.

Cruz a la entrada del Camino del Diablo.

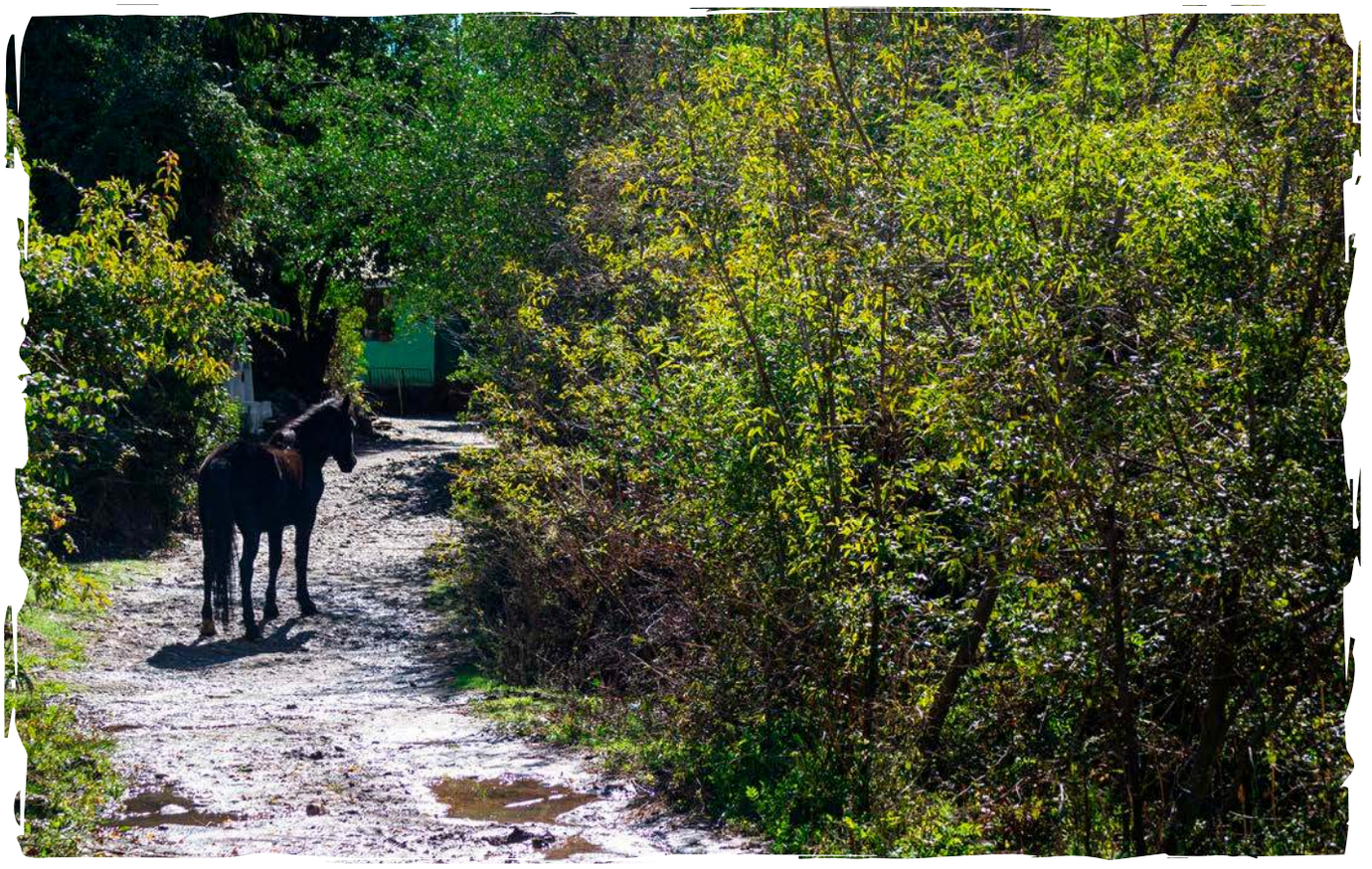
Eran tantos los testigos que afirman haber visto al diablo recorriendo esta ruta, que hace mucho tiempo se instaló una cruz de hierro al inicio del camino, desde Peñaflor, para ahuyentar al demonio.

El bombero Luis Francisco Cáceres recuerda que Orlando, un amigo suyo, hace muchos años fue a visitar a su madre, quien vivía en Talagante, con motivo de alguna celebración. Entre tanto ponerle entre pera y bigote se fue pasando la hora y cuando Orlando quiso regresar a Peñaflor, ya era muy tarde para encontrar alguna locomoción. A pesar de las insistencias de su madre para que esa noche durmiera en Talagante, Orlando porfió por volver a su casa

caminando, argumentando que ese camino ya lo había recorrido muchas veces. A poco andar, encontró un caballo negro abandonado, pastando y pensó que si lograba montar al animal se evitaría una buena caminata y en breve estaría durmiendo en su propia cama.

Al montarlo, el caballo resultó ser muy dócil y comenzó a cabalgar a buena velocidad. No obstante, al poco rato de andar, Orlando notó que no sentía los impactos del galope del animal y, al fijarse, se percató de que el caballo avanzaba flotando en el aire e inmediatamente asumió que se trataba del caballo del diablo. "¡Ave María Purísima!", exclamó asustado, y apenas pronunció la invocación, el potro se esfumó. Entre el susto y el costalazo, a Orlando se le pasó la curadera y nunca más volvió a recorrer el Camino del Diablo de noche.

Las siguientes historias están recompiladas en el libro "Peñaflor en 10 Leyendas", de Hernán Bustos, quien asegura que, cada vez que un doctor ayudaba a salvar la vida de un paciente que vivía entre Peñaflor y Talagante, el diablo intentaba cobrarse venganza recorriendo el solitario camino y se aparecía en forma de muerte para encabritar al caballo del galeno y así poder llevarse su alma.



El diablo prefiere los caballos negros.

Camino de tierra en el sector de Pelvín. Este camino es muy similar a cómo debe haber sido
El Camino del Diablo, antes de la instalación del tendido eléctrico.

Hace mucho tiempo, un funcionario del Registro Civil regresaba de oficiar un matrimonio en la Colonia Alemana, ubicada entre Talagante y Peñaflor, acompañado por dos destacados vecinos, el superintendente de Aduanas y un diputado, ambos con sus respectivas esposas. Se retiraron en automóvil del recinto a eso de las tres de la madrugada y recorrieron el Camino del Diablo para regresar a Peñaflor. En medio de una espesa niebla y al pie de un viejo sauce, los potentes focos del vehículo iluminaron la siniestra figura de un ser mitad hombre, mitad animal, que se erguía como si se sintiera amenazado por los destellos de luz.

Los cinco ocupantes del vehículo quedaron estupefactos ante tal visión. Tras unos segundos, el oficial del Registro Civil apretó el acelerador a fondo y nadie pronunció una palabra hasta que llegaron a Peñaflor y se sintieron seguros.

—¡¿Vieron esa figura?! —exclamaron casi al unísono.

—Era el diablo, mis amigos, él siempre cuida su camino —sentenció el diputado.

El túnel del canal Mallarauco

Escucha la historia aquí

Veinte años demoró la construcción del canal Mallarauco. En una extensión de 3.500 m, este canal desvía las aguas del río Mapocho para irrigar el valle de Mallarauco, en Melipilla, que hasta antes de la construcción del canal, era un terreno de secano.

El responsable de esta fantástica empresa fue don Patricio Larraín Gandarillas, agricultor, abogado, senador y diplomático, quien invirtió buena parte de su fortuna para desarrollar un proyecto que por esos años parecía imposible: perforar una cadena de cerros para canalizar el agua del río Mapocho y convertir en tierra cultivable el valle donde se encontraban sus terrenos.

La construcción del túnel comenzó en 1873 y para la ejecución del proyecto se utilizó una combinación de explosivos y las modernas perforadoras Dubois-François. Con la puesta en marcha del proyecto también se inició la leyenda que asegura que Patricio Larraín Gandarillas realizó un pacto con el diablo, quien lo ayudaría a concretar el proyecto a cambio de su alma. La historia es muy similar a la del canal La Sirena, en Pirque: no fueron pocos los que aseguraban haber visto conversar animadamente al diablo con Larraín Gandarillas en su elegante carruaje.

Quién sabe si el origen de esta leyenda se debe a que este monumental proyecto implicaba una invasiva vulneración de la naturaleza, el control del agua como elemento que da vida, pero que también puede quitarla; el uso de explosivos o de tecnología inédita para la época o el terrible saldo de muertos y mutilados que debe haber dejado su construcción.

En 1893, tras dos décadas de arduo trabajo en los intestinos del cerro, el agua del Mapocho por fin corrió desde la ladera sur hacia el lado norte de los cerros. Se cuenta que cuando eso ocurrió, un peón corrió animadamente hasta la casa del hacendado para dar conocer el feliz acontecimiento. Mientras desayunaba, Larraín Gandarillas escuchó al entusiasmado inquilino prácticamente sin inmutarse, respondiendo "para eso lo mandé a construir".

Marta Contreras, artesana que mantiene viva la tradición de la loza policromada de Peñaflor y que participó en la producción del microdocumental "Mitos y leyendas de Peñaflor", asegura que la historia de Patricio Larraín Gandarillas con el diablo tuvo dos finales: "Por un lado, está la perspectiva de los inquilinos, que aseguran que una vez cumplido el plazo del pacto, el diablo se dejó caer por Peñaflor para llevarse el alma de Larraín Gandarillas. Sin embargo, desde la óptica del patrón, la leyenda concluye de otra manera: se dice que Larraín Gandarillas y el diablo contemplaban el paisaje desde la cima de un cerro en Pelvín".

—Todo lo que observas y mucho más te lo puedo entregar, a cambio de tu alma —dijo el diablo tentando al terrateniente.

—Todo eso lo puedo obtener sin tu ayuda. ¿Acaso no te has dado cuenta de que yo soy mucho más poderoso que tú? —contestó Larraín Gandarillas.

Ante esa respuesta, el diablo quedó completamente humillado y desapareció.

El diablo y Patricio Larraín Gandarillas. Figuras en loza policromada, obra de Marta Contreras, desarrollada para la producción del documental "Mitos y Leyendas de Peñaflor", de CarzCine. Productor Ejecutivo Claudio Rodríguez Zúñiga.

Los Andes

Región de Valparaíso

De acuerdo con el autor de "Los Andes: folclor y terruño", el diablo habita en ese territorio y no permite la presencia de intrusos en sus dominios. Sentado en un columpio que conforman ambas cimas, vigila con celo el paso cordillerano para que ningún arriero se atreva a irrumpir en su propiedad.

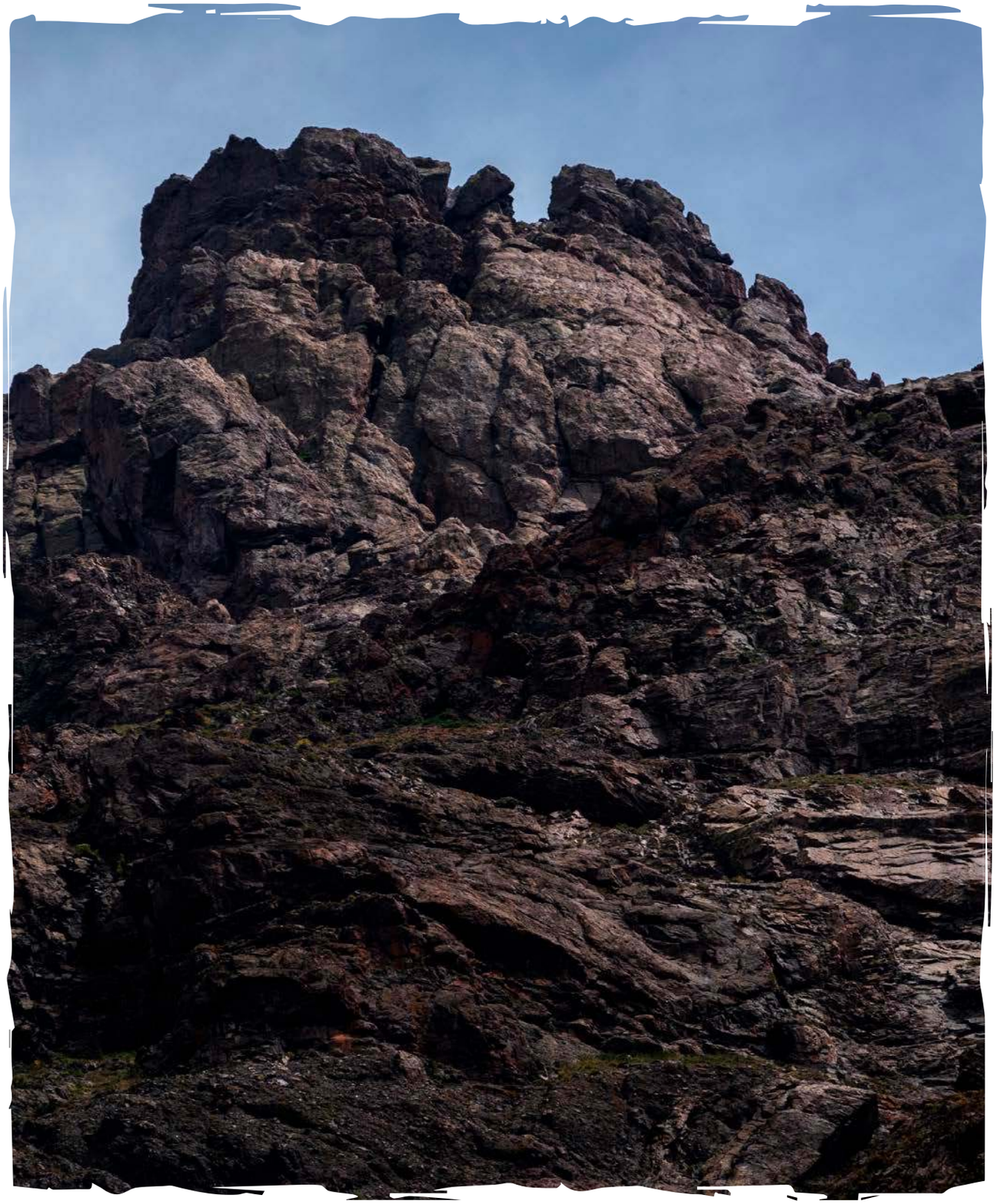
6. Los Andes: Los Columpios del Diablo

En los alrededores de Los Andes hay muchos lugares que en su toponimia incluyen al diablo. Entre ellos, Carlos Tapia Canelo elabora un listado que incluye La Muela del Diablo, en Río Blanco; los Columpios del Diablo, en San Esteban; la Carreta del Diablo, en San Vicente; el Callejón del Diablo, en Rinconada, entre otros lugares donde el Cola de Flecha parece haber dejado su impronta.

Los Columpios del Diablo son dos montes muy conocidos en la comuna de San Esteban, cuyas cimas permanecen nevadas durante todo el año y se encuentran en medio de una peligrosa ruta que permite atravesar la cordillera de los Andes, mucho más corta que otras que se conocen, pero que son escasos los valientes que se atreven a recorrerla.

De acuerdo con el autor de "Los Andes: folclor y terruño", el diablo habita en ese territorio y no permite la presencia de intrusos en sus dominios. Sentado en un columpio que conforman ambas cimas, vigila con celo el paso cordillerano para que ningún arriero se atreva a irrumpir en su propiedad. Así, cuando se desata la tormenta, los relámpagos dejan ver la silueta del diablo mientras se balancea y, entre un trueno y otro, se pueden escuchar sus escalofriantes carcajadas que ahuyentan al más audaz de los aventureros.

Los pocos osados que se han atrevido a internarse por esos parajes, desafiando las advertencias de los más viejos, son presa fácil para los malignos espíritus que los habitan, que pertenecen a arrieros que se atrevieron a desafiar a Satanás y que fallecieron a causa de su audacia.



La Muela del Diablo, en Río Blanco.

"En los alrededores de los Andes hay muchos lugares que en su toponimia incluyen al Diablo. Entre ellos, Carlos Tapia Canelo elabora un listado que incluye la Muela del Diablo en Río Blanco; los Columpios del Diablo en San Esteban; la Carreta del Diablo en San Vicente; el Callejón del Diablo en Rinconada, entre otros lugares donde el Cola de Flecha parece haber dejado su impronta."

Cajón del Maipo

Región Metropolitana

Estas azarosas formaciones geológicas, quizás huellas fosilizadas que habrá dejado algún animal prehistórico, han sido bautizadas colectivamente como Patas del Diablo.

7. Cajón del Maipo: Cuando el diablo mete la pata y no la cola

Apesar de la ausencia de señalética que la ubique como un destacado hito en el camino, la Pata del Diablo es conocida por muchas personas y está localizada en el costado de una curva del Camino al Volcán o Ruta G-25, junto al paradero 46-A de la locomoción colectiva, a unos 2,5 km desde la salida de San José de Maipo hacia El Melocotón. Cabe destacar que no se trata de la única formación de características similares en nuestro país: existen "patas del diablo" en la zona de Las Chilcas, cerca de Llay Llay; en la zona cordillerana de San Fernando, y en la cumbre del cerro Lonquén, en Talagante, entre otras.

Estas azarosas formaciones geológicas, quizás huellas fosilizadas que habrá dejado algún animal prehistórico, han sido bautizadas colectivamente como Patas del Diablo, a falta de una explicación científica coherente y convincente. Y desde que reciben este nombre hasta asociarles una tenebrosa leyenda, hay un solo paso.

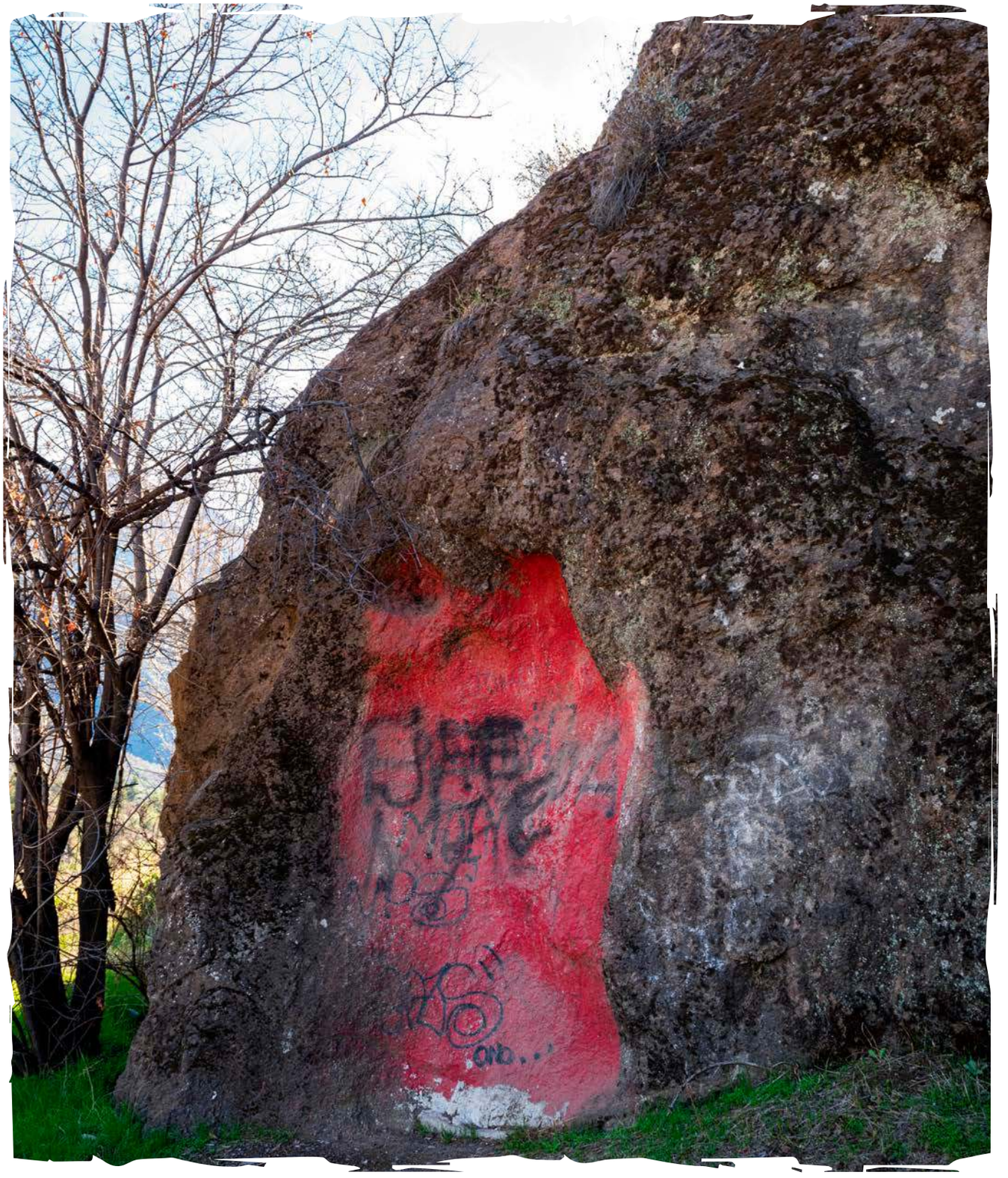
Una de esas leyendas cuenta que un día, hace muchos años —tantos que son imposibles de precisar—, llegó hasta San José un misterioso y elegante hombre, que provocaba temor y desconfianza en los hombres y generaba atractivo en las mujeres en iguales proporciones. Se decía de él que incluso era capaz de quitarle la vida a una persona con el solo poder de su mirada, y que con el mismo gesto podía seducir hasta la mujer más virtuosa que se le cruzara en su camino, quedando siempre impune de cada uno de sus actos.

Un hombre, o tal vez un ser con esas capacidades, todo lo que quiere lo puede. Así las cosas, un día divisó a la hija del alcalde, de belleza inenarrable, y puso su ojo en ella como si se tratara de su próximo trofeo. Había un detalle: la señorita en cuestión estaba próxima a ingresar a un convento de monjas ubicado en la zona de El Toyo, en Pirque.

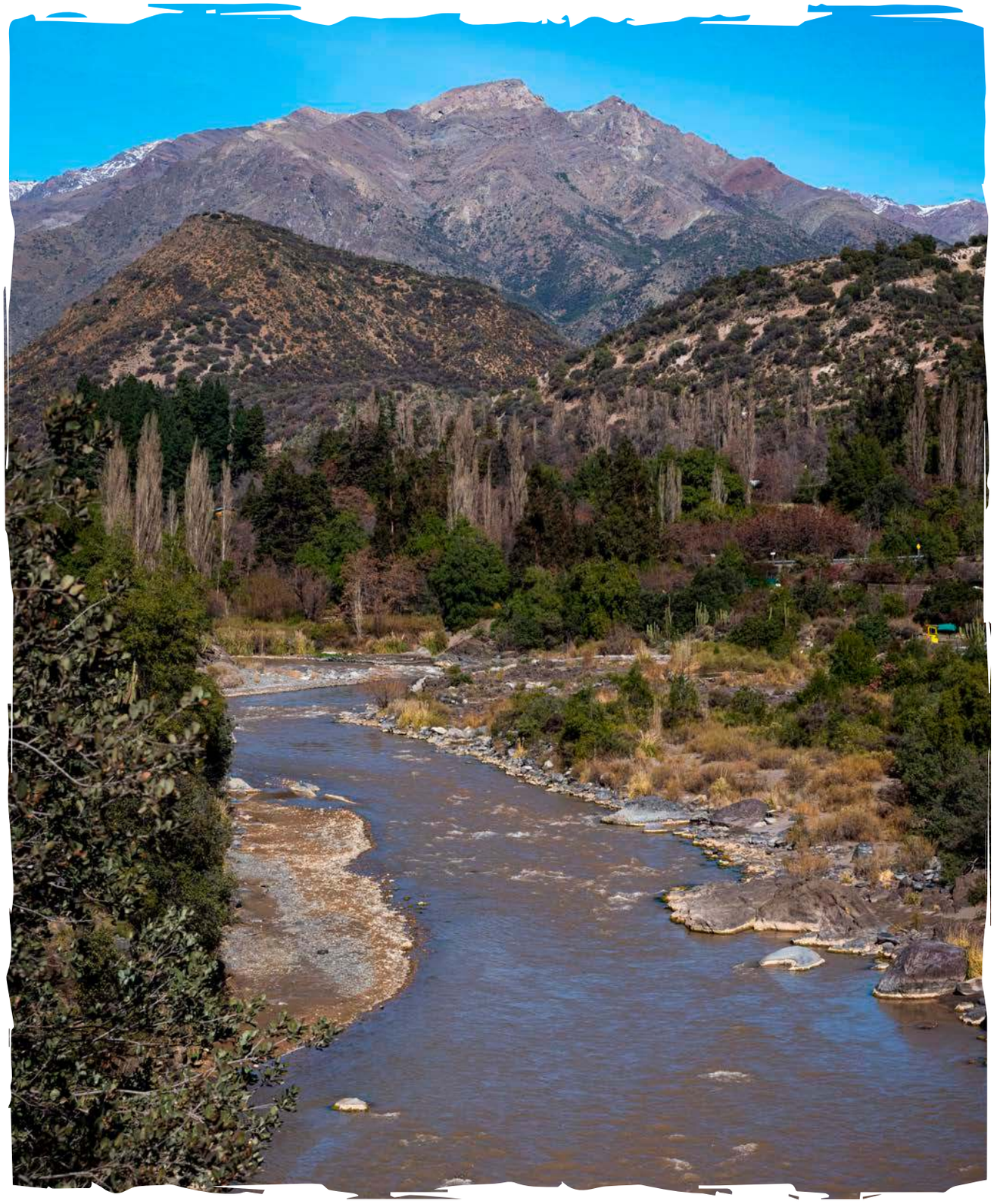
Una tempestuosa noche, en que el agua caía como con rabia, el misterioso hombre llegó hasta las puertas del convento y golpeó fuertemente, solicitando techo y calor hasta que el aguacero amainara. La monja que le abrió el portón se apiadó al verlo empapado y aterido de frío, y le permitió pasar la noche en una bodega, advirtiéndole que no podía ingresar al convento y menos entrar en contacto con las monjas de claustro.

Avanzada la noche y mientras todas las monjas dormían, el misterioso protagonista de esta historia se coló hasta la habitación donde dormía la novicia que le quitaba el sueño, dispuesto a dar rienda suelta a sus más bajas pasiones. El alboroto que se desató despertó a una monja que pidió auxilio a gritos. A los pocos segundos, apareció la Madre Superiora invocando a Dios y a la Santísima Virgen y roció agua bendita a diestra y siniestra, lo que provocó que el caballero de aspecto elegante revelara su auténtica apariencia: la de un monstruoso demonio que, arrancando en furiosa carrera, cruzó de un salto el río Maipo y apoyó uno de sus patas en una ladera del cerro, dejando estampada su huella en la roca para siempre.

La falta de señalética no es impedimento para que frecuentemente llegue un importante número de visitantes hasta este hito en la ruta y se saquen su correspondiente selfie. Hoy, la Pata del Diablo está pintada completamente de rojo y surcada por incomprensibles grafitis que ensucian su aspecto y que se convierten en una marca innecesaria, que afea la huella que dejó el diablo cuando se escapaba de una relación imposible.



Pata del Diablo, en San José de Maipo



Río Maipo.

"Una de esas leyendas cuenta que un día, hace muchos años, tantos que son imposibles de precisar, llegó hasta San José un misterioso y elegante hombre, que provocaba temor y desconfianza en los hombres y generaba atractivo en las mujeres en iguales proporciones."

III POBRE DIABLO

1. La tertulia del diablo

Hubo que atravesar el pedregoso cauce donde el río Petorca se olvidó de correr y transitar por un agreste y accidentado camino para llegar hasta la parcela de doña María Elena Rodríguez, quien nos recibió junto a don Eduardo Quiroz (don Lalo) y otros petorquinos, para compartir historias y leyendas bajo la sombra de un agradable parrón que ayudaba a mitigar el fuerte calor estival, que ya abrasaba a las once de la mañana.

El ritual de sentarse a contar historias no está completo si no hay cosas ricas para compartir: para ello, los anfitriones sorprendieron con sopaipillas del tamaño de un plato y exquisitos huevos revueltos que recién habían puesto las gallinas de doña María. Así, con mate y tazas de té alrededor de esa generosa mesa, tímidamente los anfitriones comenzaron a desembuchar sus historias, recordando con nostalgia este tipo de encuentros que tan frecuentes eran hace décadas atrás, donde los más viejos compartían relatos alrededor de una fogata o de un brasero, y que eran fuente de entretención para la familia. Reconocen, además, que se trata de una tradición que se ha ido perdiendo: las nuevas generaciones tienen múltiples estímulos para distraerse, como la televisión, el internet o los teléfonos celulares, y ya se aburren ante la sola idea de escuchar relatos añejos.

La señora María recuerda que, hace muchos años, recibió visitas de Santiago. Venían a Petorca para celebrar las Fiestas Patrias. Mientras los adultos festejaban en la parcelita, los más chicos pidieron permiso para ir al Bajo, un remanso del río, para ir a comerse unas empanadas, jugar y a disfrutar del buen tiempo que había llegado con la primavera. Una de las niñas regresó sola, contraviniendo la instrucción de que debían volver todos los niños juntos. "No me vine sola, me acompañó un perro negro", explicó la chica. "¡Pero cómo! Si por estos lados nunca he visto ningún perro", respondió la señora María. Tiempo después, varios vecinos le comentaron que ese perro negro que andaba rondando cerca del Bajo no era otro más que el diablo, porque su sola presencia hacía encabritar y bufar a los caballos. La señora María no creía en esas historias; sin embargo, un día se fue hasta el río y se subió a una roca, esperando a ver si podía encontrar al mentado animal y, efectivamente, apareció: un can enorme, negro, con ojos rojos, y con unas grandes orejas que, al chocar contra la cabeza, parecían aplaudir y que en su cuello llevaba una reluciente cadena dorada. El perro olfateó el ambiente, sintiendo una presencia desconocida. Luego, corrió varios metros hasta una pirca, la saltó y luego desapareció.

Varios años más tarde, la señora María andaba por el mismo camino y se encontró con una gallina negra como la noche más oscura, seguida por trece pollitos de un amarillo brillante como las flores del aromo en primavera. Sorprendida que una gallina anduviera sola con sus pollitos en medio de la nada, comenzó a seguirla. De repente, la gallina y los pollitos se metieron en una grieta que había debajo de una roca y desaparecieron, como si nunca hubiesen estado ahí. Sin duda, se trataba del mismo diablo que, gracias a sus poderes, había adoptado otra forma animal, pero que seguía rondando por el territorio.

"Y se encontró con una gallina negra como la noche más oscura, seguida por 13 pollitos de un amarillo brillante como las flores del aromo en primavera".

Hace algunas décadas, cuando la señora María recién había adquirido ese terreno junto a su marido y apenas tenían una mediagua para vivir, estaba chancando maíz en un mortero para dejar listo el almuerzo para el día siguiente, antes de salir a cuidar las cabras. De la nada apareció un viejo andrajoso, destartalado y mal vestido, que llegó hasta allí a para pedirle agua. A la distancia, la señora María pensó que se trataba de un viejito del pueblo que siempre andaba de casa en casa mendigando cosas, así que lo trató amablemente y le dijo: "Tanto tiempo sin verlo, quiere que le ofrezca un poco de agüita". El viejito, secamente, le respondió: "Usted no me conoce de nada a mí". Extrañada por la rudeza de la respuesta, la señora María le preguntó en qué podía ayudarlo. "Usted no puede ayudarme a mí. En cambio, yo sí puedo ayudarla a usted. Yo sé que acá, en su terreno, hay una piedra que tiene siete hoyitos. Esa roca corresponde a la tumba de un indio y hay una carga de plata ahí, un entierro. No es una gran fortuna, pero te va a servir. Llévame hasta allá y yo te voy a contar cómo sacar el entierro".

"Yo sé que acá, en su terreno, hay una piedra que tiene siete hoyitos. Esa roca corresponde a la tumba de un indio y hay una carga de plata ahí, un entierro".

Como era la dueña de casa, la señora María iba primero y el viejito detrás, siguiéndola, mientras le deba las instrucciones para hacerse de esa pequeña fortuna en plata. "Para desenterrarla, tienen que participar tres personas. Ni una más, ni una menos. Eso sí, te advierto que cuando desentierren la plata, una de esas tres personas se va a morir".

Apenas el viejo mencionó eso, la señora María se dio vuelta para encararlo y echarlo a garabatos de ahí por las cosas que estaba diciendo, pero al darse vuelta, el viejito había desaparecido misteriosamente. Y pensó que eran cosas del diablo, porque solo él puede ofrecer riqueza a cambio de un precio tal alto como la vida de una persona.

En otra ocasión, hasta su casa llegó un misterioso hombre, muy alto, a golpear la puerta de entrada: "¿Qué quiere usted?", le preguntó la señora María. El desconocido saco una cuerda de un bolso y le dijo: "Te traigo esta soga para que te ahorques". Enojada, la señora María le dijo: "Yo no tengo ninguna razón ni ningún motivo para ahorcarme". El hombre, como si no hubiera escuchado, le entrego la soga y le reiteró: "Toma, acá te dejo la soga para que te ahorques". La señora María nunca había sentido tanto miedo, porque podía ver la maldad en los ojos del desconocido. Sospechando de quien se trataba, cerró los ojos y se puso a rezar las "Doce palabras redobladas" en voz baja, que es una de las oraciones que se rezan para ahuyentar al Cola de Flecha.

—Amigo, dígame la una.

—Amigo, no soy su amigo, pero se la diré: Una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

—Amigo, dígame las dos.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa santa de Jerusalén; una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

—Amigo, dígame las tres.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Tres son las tres Marías; dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa santa de Jerusalén; una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

"'Toma, acá te dejo la soga para que te ahorques'. La señora María nunca había sentido tanto miedo, porque podía ver la maldad en los ojos del desconocido".

—Amigo, dígame las cuatro.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Cuatro son los cuatro evangelistas; tres son las tres Marías; dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa santa de Jerusalén; una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

—Amigo, dígame las cinco.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Cinco son las cinco llagas; cuatro son los cuatro evangelistas; tres son las tres Marías; dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa santa de Jerusalén; una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

—Amigo, dígame las seis.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Seis son las seis candelas; cinco son las cinco llagas; cuatro son los cuatro evangelistas; tres son las tres Marías; dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa santa de Jerusalén; una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

—Amigo, dígame las siete.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Siete son los siete sacramentos; seis son las seis candelas; cinco son las cinco llagas; cuatro son los cuatro evangelistas; tres son las tres Marías; dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa santa de Jerusalén; una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

—Amigo, dígame las ocho.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Ocho son los ocho planetas; siete son los siete sacramentos; seis son las seis candelas; cinco son las cinco llagas; cuatro son los cuatro evangelistas; tres son las tres Marías; dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa santa de Jerusalén; una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

—Amigo, dígame las nueve.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Nueve son los nueve meses; ocho son los ocho planetas; siete son los siete sacramentos; seis son las seis candelas; cinco son las cinco llagas; cuatro son los cuatro evangelistas; tres son las tres Marías; dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa santa de Jerusalén; una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

—Amigo, dígame las diez.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Diez son los diez mandamientos; nueve son los nueve meses; ocho son los ocho planetas; siete son los siete sacramentos; seis son las seis candelas; cinco son las cinco llagas; cuatro son los cuatro evangelistas; tres son las tres Marías; dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa santa de Jerusalén; una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

—Amigo, dígame las once.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Once son las once mil vírgenes; diez son los diez mandamientos; nueve son los nueve meses; ocho son los ocho planetas; siete son los siete sacramentos; seis son las seis candelas; cinco son las cinco llagas; cuatro son los cuatro evangelistas; tres son las tres Marías; dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa santa de Jerusalén; una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

—Amigo, dígame las doce.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Doce los doce apóstoles; once son las once mil vírgenes; diez son los diez mandamientos; nueve son los nueve meses; ocho son los ocho planetas; siete son los siete sacramentos; seis son las seis candelas; cinco son las cinco llagas; cuatro son los cuatro evangelistas; tres son las tres Marías; dos son las dos tablas de la ley por donde pasó Moisés por la casa santa de Jerusalén; una no es ninguna y siempre la Virgen pura.

—Amigo, dígame las trece.

—Amigo, no soy su amigo, pero se las diré: Quien de doce pasa a trece solo el infierno merece... ¡Reviéntate, diablo!

Cuando terminó de rezar, volvió a abrir sus ojos y el desconocido ya no estaba.

Por su parte, don Lalo comenta que algunas de estas "mentiras" le fueron relatadas; otras, sin embargo, fueron protagonizadas por él mismo.

Si bien la principal actividad económica de Petorca es la agricultura, más de la mitad de sus habitantes han buscado en la minería artesanal su medio de supervivencia, y don Lalo recuerda que, en su juventud, solían subir a los cerros en busca de vetas y minerales para extraer cobre, oro y plata. Por lo general, se subía y se permanecía allí 15 o 20 días y se bajaba con un burro cargado de mineral para vender.

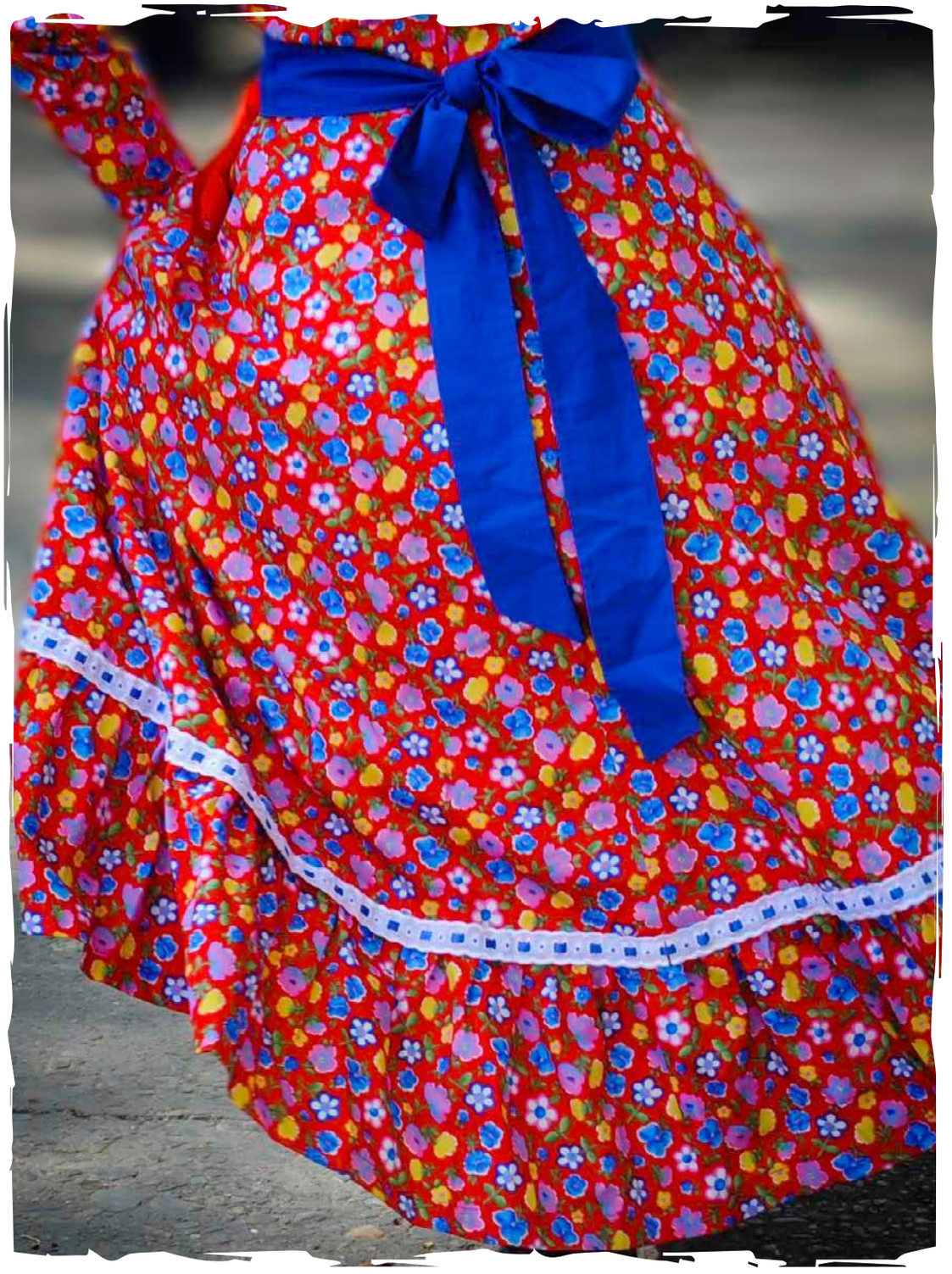
Por esos años, dos amigos subieron al cerro y estuvieron arriba casi dos meses, hasta que uno dijo: "Ya no aguanto más, me voy". Y su compañero accedió diciendo: "Bueno, vámonos, total, ya tenemos la remesa".

Una de las razones que tenía incómodo al primer minero era la cantidad de tiempo que había pasado arriba sin compartir con una mujer. "Estoy desesperado, ya no aguanto más", señaló el primer minero. "¡Cálmate, hombre, si ya vamos en camino de vuelta!", lo sosegó su compañero.

Continuaron caminando en silencio, pero el primer minero no podía sacarse la idea de su cabeza, que ya se había transformado en una verdadera obsesión: "Estoy tan desesperado, que hasta con el mismo diablo me acostaría", comentó, dejando entrever su angustia. "¡Déjate de hablar leseras, que en una de esas hasta se nos aparece!", le respondió el otro, llamándolo a la calma.

Más adelante, sobre una roca, encontraron a una bellísima mujer recostada, como si los estuviera esperando. "¡Mis deseos se han hecho realidad, compadrito!", exclamó con urgencia el minero. "Si serás imbécil... ¿Cómo se te ocurre que podríamos encontrarnos a una mujer así en medio de la nada? ¡Esta mujer no puede ser otra persona más que el diablo!", le respondió su compañero, tratando de que entrara en razón. "Bueno, para salir de dudas, espérame allá, debajo de ese espino, mientras yo voy a ir a conversar con la dama", retrucó el primero.

El minero se acercó a la muchacha, preguntándole: "¿Qué hace aquí, usted, tan solita?". Y la dama le respondió: "Es que yo soy solita". Y ahí empezaron a conversar cuando, en un abrir y cerrar de ojos, la hermosa mujer se transformó en un diablo feo, y medio aturdido, el minero se quedó mirándolo sorprendido.



El minero se acercó a la muchacha, preguntándole: '¿Qué hace aquí, tan solita?'. 'Es que yo soy solita', le respondió".

"¿Así que eras tú el que andaba desesperado por una mujer y dijiste que si con el diablo te encontrabas, con el diablo te acostabas?", le preguntó el Señor de las Tinieblas. "Claro que sí, claro que lo dije", le respondió desafiante el minero. "¡Ya pues, aquí estoy yo, a ver si eres tan hombre!", lo toreaba el diablo. "Es que a mí nunca me ha gustado la carne de caballo", le respondió el minero para provocarlo.

Entre tanto tira y afloja, el diablo se descuidó, el minero le bajó los pantalones y comenzó a sodomizarlo. Aunque suene redundante, el Cola de Flecha quedó cachudo, entre sorprendido, asustado y humillado, por el hecho en sí mismo y porque jamás pensó que un mortal sería capaz de faltarle el respeto de esa manera.

Cuando terminó el acto, el diablo maldecía y lanzaba pericos a diestra y siniestra: "¡Nunca me habían hecho esto a mí, que soy el Príncipe de las Tinieblas! Mira, infeliz, vamos a hacer un trato", le dijo el diablo. El minero, sabedor de tener al toro por las astas, le respondió: "Mira, desgraciado, yo no hago trato con maricones".

Mosqueado, el diablo bajó el tono, sabiéndose derrotado: "Bueno, minero, vamos a hacer un pacto para que guardes silencio. Te voy a regalar una varita y lo que tú le pidas, te lo va a conceder". El minero recibió la varita y la miró como cualquier cosa, sin tomarle el peso al poder que tenía en sus manos. "¿Y qué hago yo con esto?", le preguntó el minero.

"Mira, tú tomas la varita y dices el siguiente conjuro: 'Varita negra del mango colorado, con la virtud que el diablo te ha dado, concédeme…'. Ahí tú mencionas lo que quieras y la varita te lo va a conceder", le enseñó el diablo.

Ver para creer, pensó el minero, y dijo: "¡Varita negra del mango colorado, con la virtud que el diablo te ha dado, necesito dos caballos ensillados!". Y de la nada aparecieron los dos corceles ensillados, listos para montar. "¡Oye, y funciona!", exclamó el minero sorprendido.

"Claro que funciona, si yo soy el diablo. Eso sí, conservarás la varita solo si es que guardas el más absoluto silencio de lo que ocurrió aquí. Si cuentas una sola palabra, no solo te voy a quitar la varita, sino que me voy a quedar con tu alma", le respondió. "Quédate tranquilo, diablo, que de mi boca no va a salir una sola palabra", retrucó el minero, y se fue con los caballos a buscar a su compañero y reanudar el camino al pueblo, esta vez a caballo.

El diablo nunca se había sentido tan humillado y decidió cruzar la frontera y enrumbar hacia Argentina, donde no lo conociera nadie. En un recodo del camino, el demonio se encuentra con un arriero montado en un caballo que, al verlo, se encabrita, botando al jinete de la montura. Este último, enojadísimo, le dice: "¡Diablo maricón, me espantaste al caballo!". Mosqueado, para sus adentros, el diablo maldecía: "¡Minero desgraciado y hocicón, ya anduvo contándolo todo!".

"'Mira, tú tomas la varita y dices el siguiente conjuro: varita negra del mango colorado, con la virtud que el Diablo te ha dado concédeme... ahí tu mencionas lo que quieras y la varita te lo va a conceder', le enseñó el Diablo".

Otra historia relacionada con el diablo le pasó a un borrachito, que cada vez que se juntaba con los amigos en el bar de siempre, se le pasaba la mano con el trago y le entraba agua al bote. Cuando eso ocurría, se ponía desagradable y empezaba a buscarle el odio a todos los parroquianos. "¡Ya empezaste, chico tal por cual!", le decían, cada vez que empezaba a ponerse insoportable. "¡¿Y qué tanto?! ¡Yo hago lo que quiero y cuando quiero!", les respondía con veneno. "¡Anda a odiar a otro lado, que ni el diablo te aguanta!", le dijeron. "¡Y si me sale el diablo, con el mismo diablo peleo!", gritó ebrio y salió del bar echando garabatos.

Por la calle iba el borrachito, con la mirada hacia el suelo, gritando: "¡A ver si apareces, diablo desgraciado, que te las vas a ver conmigo!", mientras caminaba zigzagueando y alborotando en el centro de Petorca. Como iba alcoholizado y mirando hacia abajo, no se dio cuenta de que iba directo hacia la comisaría. Un carabinero lo vio y se acercó a él, en sentido contrario y le puso las manos en el pecho para detenerlo: "¡A ver, a ver! ¿Y a ti qué te pasa con el diablo?".

El borrachito levantó la cabeza y miró a quien tenía al frente, diciéndole: "¡Y ahora diablo, más encima, me sales disfrazado de paco...!".

Después de estas picarescas historias que don Lalo escuchó en su juventud, narró una que le sucedió a él, también de la época en que se ganaba la vida en la minería. Un día, terminada la jornada, se entretuvo poniendo trampas para conejos en los cerros y cazando perdices hasta que se le hizo tarde y cayó la noche. Por supuesto que en esos tiempos no había luz eléctrica, así que se las arregló para regresar, iluminado por una lámpara de carburo que se usaba en la faena minera. Más que a la oscuridad, don Lalo le tenía miedo a los perros de las casas aledañas que, a veces, los soltaban para alejar a los intrusos del lugar. Para tal efecto, se había llenado los bolsillos con piedras, por si acaso tenía que defenderse de un sorpresivo ataque canino.

Ya era cerca de la una de la madrugada cuando se dirigía a Chincolco, donde vivía, y había comenzado a salir la luna, alumbrando un poco más la oscura noche. De repente se encontró con el cuerpo de un hombre tirado en el suelo. Inmediatamente pensó que se trataba del Tío Neta, un conocido borrachito que dormía en cualquier lugar donde el sueño o la borrachera lo sorprendieran. Desechó esa idea rápidamente de su cabeza, al darse cuenta de que el cuerpo empezaba a crecer en la medida que él se acercaba, cortándole el paso. Don Lalo reconoce que el miedo lo inmovilizó y se puso a rezar el salmo 91 de la Biblia:

El que habita al abrigo del Altísimo

Morará bajo la sombra del Omnipotente.

Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío;

Mi Dios, en quien confiaré.

Él te librará del lazo del cazador,

De la peste destructora...

Apenas comenzó a orar, los perros empezaron a aullar lastimeramente, aumentando la sensación de temor, mientras el cuerpo tirado en el piso continuaba creciendo. Ahí, don Lalo se armó de valor y se escurrió por el espacio que había entre el alambrado y la figura que continuaba aumentando de tamaño y se fue corriendo a su casa, donde lo esperaba su esposa. Don Lalo le explicó lo que le había sucedido y juntos empezaron nuevamente a invocar el salmo 91, y cuanto más rezaban, más fuerte aullaban los perros. Es sabido en el campo que cuando los perros aúllan así es porque el diablo anda deambulando, entonces, se acordaron de una oración tradicional que se usa en estos casos:

Santa Ana parió a María,

Santa Isabel a San Juan.

Con estas santas palabras

Los perros se han de callar.

Y así fue: los perros quedaron en silencio. Don Lalo todavía recuerda ese hecho, reviviendo el temor que sintió esa noche. Porque para él no cabe ninguna duda: ese misterioso cuerpo que crecía era el diablo que quería obstaculizarle el paso para llevárselo al infierno.

En Cerro Negro, en Cabildo, don Lalo cuenta que hay una faena minera denominada el Pique del Diablo, porque de acuerdo con las historias que contaban los mineros más viejos, era el mismo Cola de Flecha quien les había indicado el lugar exacto donde había vetas para extraer el metal. Es más, cuando se terminaba el turno y los mineros iban bajando, se encontraban con el diablo que iba subiendo al pique, como si a él le correspondiera trabajar en la faena durante el turno de noche. Mucho tiempo después, pusieron cruces para evitar que el Malulo volviera a aparecer.

También, don Lalo relata la historia de un minero que se encontraba sin trabajo, cuando llegó un desconocido que le dijo que le iba a indicar el lugar preciso donde existía una veta de oro en un cerro, que lo iban a trabajar juntos e iban a repartir las ganancias en partes iguales. Cuando llegaron al sitio, el extraño le dijo que él se haría cargo de la extracción del mineral, mientras que el minero debía cargar lo extraído en un capacho y llevarlo hacia el pueblo. Al minero le sorprendió la velocidad con que el desconocido trabajaba y extraía el mineral, pero no hizo mayor comentario, cargando el capacho para cumplir con su parte. Cuando regresó con el morral vacío, notó la gran cantidad de mineral que el desconocido había acumulado en su ausencia, que correspondía a lo que habrían sacado cuatro mineros trabajando al mismo

tiempo. Sin pensar demasiado, el minero estibó el capacho con lo que pudo y bajó con la carga al pueblo. Ya de regreso, el extraño lo estaba esperando con una volumen de mineral inimaginable y ahí el minero empezó a sospechar: era imposible que un solo hombre fuera capaz de producir tanto en menos de un día de trabajo.

Minero saliendo de la mina con carga de material, para vender en el pueblo.

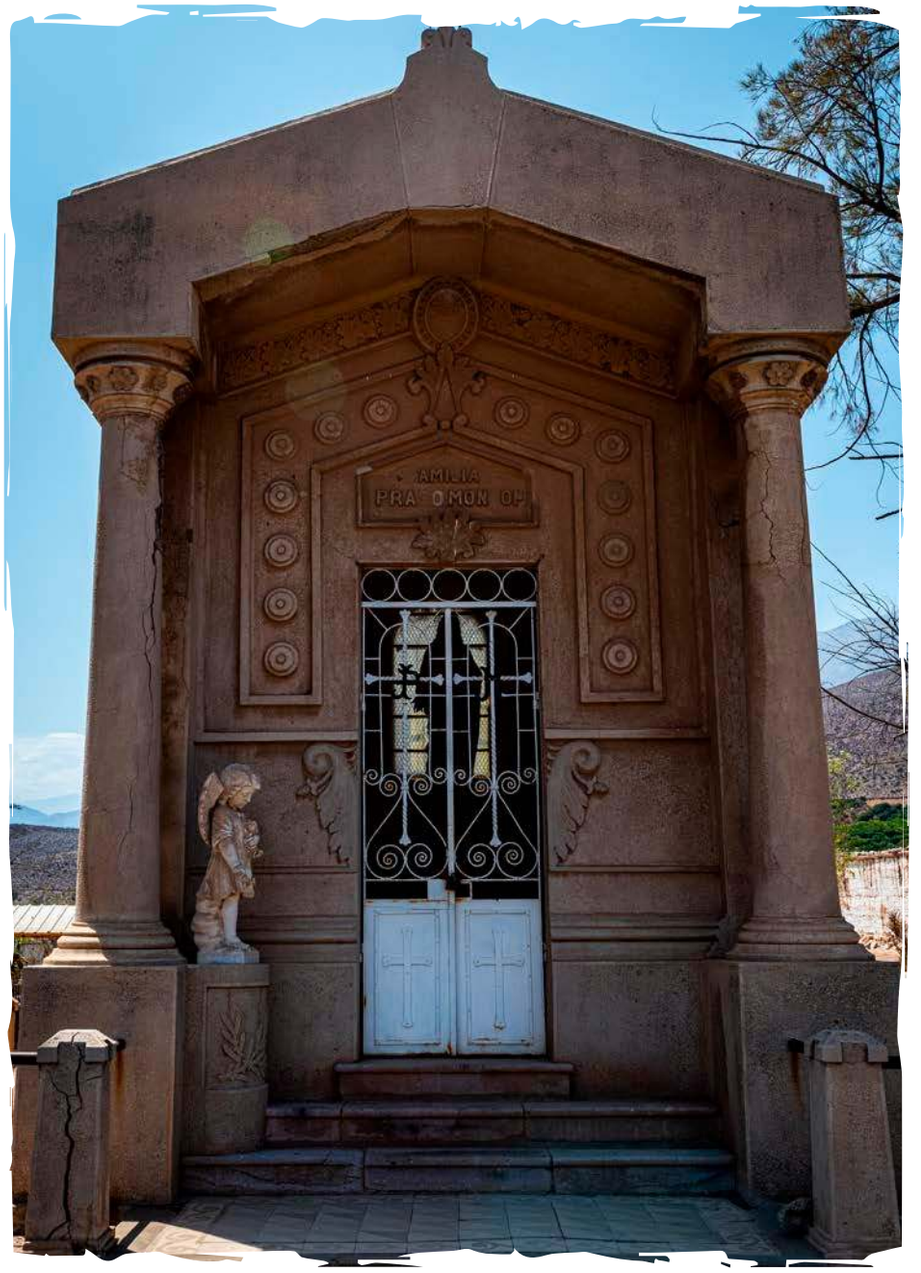
Capacho, mochila de cuero utilizada para cargar el mineral.

Testimonio de la opulencia de la familia Prado Monzón es la casa colonial que aún deslumbra en la calle principal de Chincolco.

Así que se le ocurrió que, para el tercer viaje, llenaría el capacho, pero en vez de bajar al poblado, recorrería algunos metros, esperaría y regresaría al pique para ver cómo lo hacía este minero desconocido para extraer tanto trabajando en solitario. Así, con la alforja cargada, se despidió, recorrió un tramo del camino y al rato regresó a la faena, para observar al forastero trabajar. Al ingresar al pique no pudo dar crédito a lo que sus ojos veían: en vez del minero desconocido, había un enorme toro que movía su cabeza utilizando sus afilados cachos como taladros para perforar la roca. Ahí, el minero confirmó sus sospechas, el desconocido no era otro que el diablo, así que abandonó corriendo la faena para nunca más volver, porque con ese tipo de socio no quería tener trato alguno.

Por último, para refrendar que el diablo es una figura omnipresente en el territorio, don Lalo recuerda que hasta el día de hoy se comenta que el bisabuelo de la familia Prado Monzón hizo un pacto con Lucifer, vendiendo su alma a cambio de riquezas. Testimonios de esa opulencia

son la casa colonial que aún deslumbra en la calle principal de Chincolco y también el lujoso mausoleo de la familia Prado Monzón en el cementerio de dicha localidad, diseñado por un arquitecto italiano, que contrasta con los humildes sepulcros del camposanto. Agrega don Lalo que hay muchos testigos que aseguran haber visto aparecer un culebrón en la entrada del panteón. Este no es otro que el diablo, quien anda custodiando que nadie entre a curiosear pero, sobre todo, para que ningún alma se le escape.



Mausoleo de la familia Prado Monzón en el cementerio.

La Escalera del Diablo

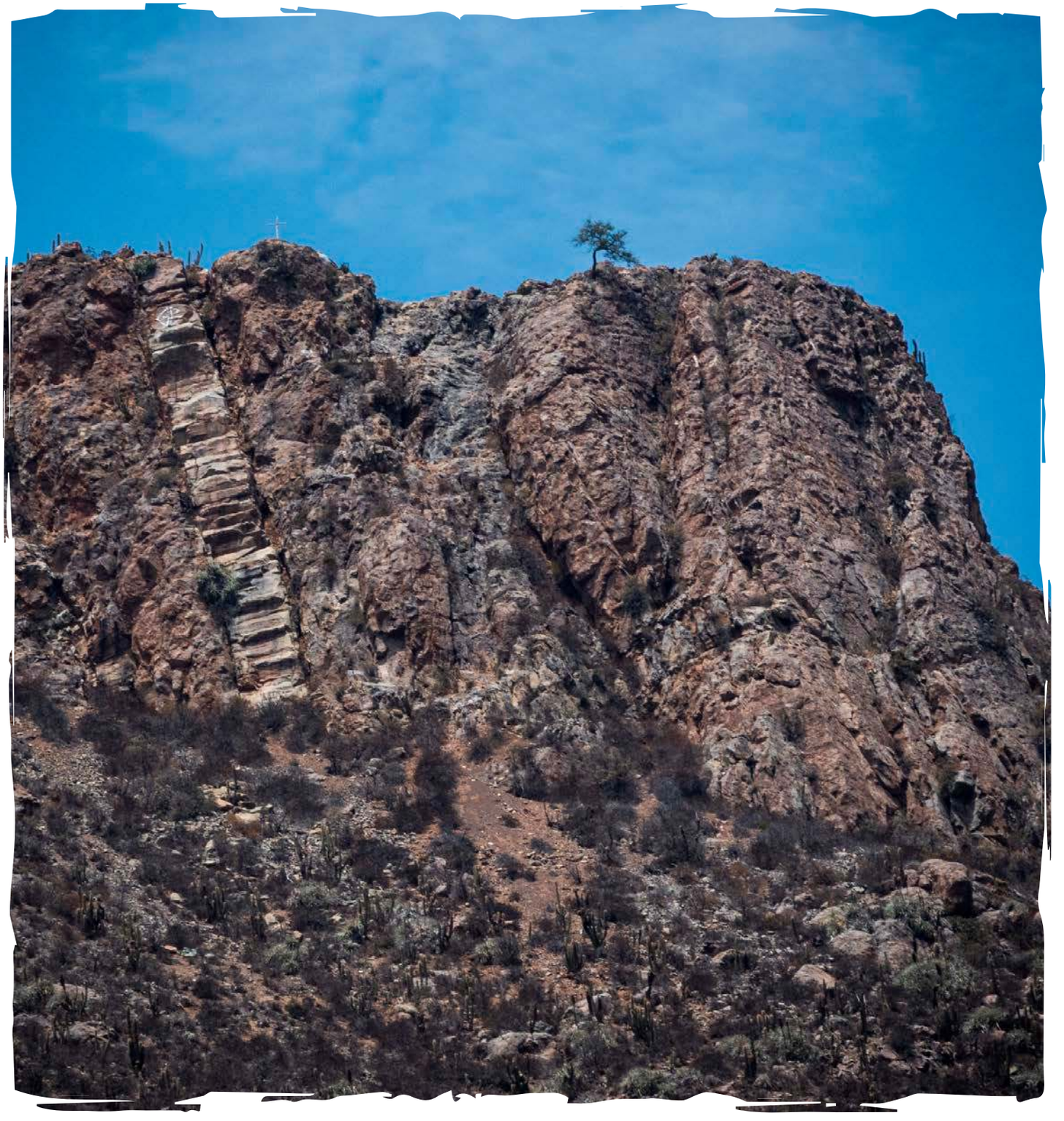
A pocos kilómetros antes de llegar a Petorca se encuentra el pueblo de Hierro Viejo, una pequeña localidad que, prácticamente, se concentra en torno a la Ruta E-35. A la vereda del camino existe un colector de aguas lluvia, que los niños utilizan como piscina para capear el calor estival y, tras él, hay una pequeña zona de pícnic, con mesas de madera, quinchos y juegos infantiles, ubicados al pie de un cerro. Desde ahí se divisa una extraña formación rocosa, a una altura de 900 m, que tiene la forma de una escalera invertida, es decir, con sus peldaños al revés. En un territorio fértil en historias y leyendas relacionadas con el Cola de Flecha, no debe haber sido difícil relacionar este fenómeno geológico con el Cachudo y bautizarlo como La Escalera del Diablo, asociándole múltiples historias para justificar su presencia.

Así lo confirma el libro "Narraciones tradicionales de Petorca y sus alrededores", publicado en 2015 y editado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, que presenta una antología de leyendas recopiladas por Marcelo Díaz y que reúne relatos de distintos autores que describen el universo mágico del territorio, donde se habla de La Llorona, duendes, entierros y, por supuesto, del diablo.

El relato titulado "La Escalera del Diablo", de autor anónimo, explica que su origen se debe a que el Mandinga, escapando de sus perseguidores, subió por el cerro, se encontró con una escalera y ascendió por ella, y luego utilizó sus poderes sobrehumanos e invirtió los escalones, de manera que quienes lo acechaban no pudieran atraparlo.

Pero ¿de quiénes arrancaba el diablo? El relato publicado entrega varias explicaciones para responder a esta pregunta.

Una versión asegura que el diablo arrancaba de un grupo de lugareños que lo buscaban por hacer "perro muerto", es decir, lo seguían para que respondiera por una abultada cuenta correspondiente al consumo en una cantina de Petorca, que él se negó a pagar. Otra versión, señala que Lucifer huía de un sacerdote que lo perseguía para acabar con él, luego de haber descubierto su verdadera identidad. Existe una tercera, que indica que un grupo de indignados petorquinos lo perseguía para ajustar cuentas, luego de haber sido sorprendido haciendo trampa, mientras apostaban jugando al monte.



A 900 m de altura, esta formación rocosa tiene la forma de una escalera invertida, por donde el diablo habría escapado de una persecución.

Finalmente, otra explicación establece que su huida fue producto de una pelea que tuvo como protagonista a Pedro Urdemales, quien en una ramada apostó que bailaría un pie de cueca con la jovencita más linda del lugar. El problema para Urdemales fue que la chica en cuestión estaba comprometida con el mismísimo Satanás quien, ardiendo en furia, lo desafió a pelear. Ni corto ni perezoso, de su bolsillo Urdemales sacó una navaja que manejaba con destreza, intimidando al diablo y obligándolo a arrancar. En la persecución, el Cola de Flecha llegó hasta el cerro, encontró la escalera y subió por ella, utilizando su fuerza maligna para alterar los peldaños y dejar atrás a su perseguidor.

"Otra versión, señala que Lucifer huía de un sacerdote que lo perseguía para acabar con él, luego de haber descubierto su verdadera identidad. Figura de loza policromada, colección del Museo de Artesanía Chilena de Lolol".

2. El hombre condenado

Antes de que la televisión se llevara todas las miradas en términos de entretención e información, hasta la década de 1970 la radio mandaba. Básicamente, porque para esos años adquirir un televisor aún eran palabras mayores. En ese entonces, la radio era el medio más asequible para escuchar noticias, transmisiones deportivas, programas misceláneos y de concursos, y también estaban los recordados radioteatros.

"El radioteatro era un tipo de contenido de carácter teatral, en que se dramatizaban historias con actores y actrices, que daban vida a un guion, con música y efectos de sonido para ayudar al auditor a imaginar la historia".

El radioteatro era un tipo de contenido de carácter teatral, en el que se dramatizaban historias con actores y actrices, que daban vida a un guion, con música y efectos de sonido para ayudar al auditor a imaginar la historia. Por esos años había radioteatros para todos los gustos: románticos, policiales, de ciencia ficción y también de terror. En nuestro país esta

temática era abordada por el radioteatro "Lo que cuenta el viento", emitido por Radio Portales, de lunes a viernes, al mediodía. Al aire se emitían historias terroríficas o leyendas que los propios auditores describían en cartas que enviaban a la radioemisora.

Hurgando en internet, descubrimos que en YouTube existen audios digitalizados de emisiones de este programa y hay un capítulo disponible, titulado "El hombre condenado". Un radioescucha de Hualañé envió una carta, narrando una historia de un lugareño que vendió su alma al diablo, con tal de no tener que trabajar más y entregar su existencia al vicio.

La historia cuenta que, hace muchos años, vivía don Juan de Dios Rojas, casado con doña María Rosario. El matrimonio subsistía principalmente del trabajo de la tierra y también de algunos oficios que la mujer podía desempeñar, como tejidos en telar, lavar ropa o remendar prendas que le encargaban algunos vecinos. Con el correr del tiempo, don Juan de Dios se puso muy flojo y ponía mucho más empeño en empinar el codo y prender un cigarrillo tras otro que en faenar el campo para que diera frutos.

Nada contenta con eso, doña María lo presionaba para que la cortara con la flojera y se animara de una vez a trabajar, porque por mucho esfuerzo que ella pusiera, no alcanzaba para mantener a la familia. Don Juan de Dios hacía oídos sordos a cualquier reclamo de su señora, y cada peso que conseguía bajo la ley del mínimo esfuerzo se convertía en vino. No había caso con el hombre. Incluso, llegó a la indignidad de pedirle plata a su mujer para solventar sus vicios.

Ante cualquier oferta de empleo, la respuesta de don Juan de Dios era una negativa rotunda. Total, para qué trabajar, si siempre, de una u otra manera, se las arreglaba para saciar su sed.

La insistencia y la porfía de doña María eran pan de cada día y, ante eso don Juan de Dios contestaba con desdén: "Un día de estos voy a ser rico, muy rico y nunca más voy a tener la necesidad de trabajarle un peso a nadie".

Una tarde, después de una discusión, don Juan de Dios salió de la casa con portazo de por medio. A doña María no le extrañó: las disputas, a esas alturas, eran pan de cada día y siempre terminaban de la misma manera, con don Juan marchándose del hogar molesto y con el claro destino de arreglárselas de una u otra manera para que alguien le invitara algunas cañas de vino. La diferencia de esta ocasión es que pasaban las horas y el hombre no regresaba.

En el pasado, por muy enojado o excedido de copas que estuviera, siempre llegaba a dormir bajo el techo familiar. A la mañana siguiente, la preocupación de doña María era mayúscula. Incluso fue a consultar a las casas de vecinos para saber si tenían novedades del paradero de

su marido; sin embargo, en todas partes la respuesta fue negativa. Cerca del mediodía, don Juan de Dios llegó eufórico a la casa: "Mira, María, te lo dije, siempre te lo dije: un día iba a ser rico y aquí me tienes, lleno de plata", tirando sobre la mesa un grueso fajo de billetes y monedas.

"¿Y de dónde sacaste esa plata?", le preguntó doña María, sospechando desconfiada. "De un socio que tengo, que me va a favorecer por largo tiempo", respondió. "No me gusta nada ese socio tuyo", contestó doña María. "¡Y a ti qué te importa! Querías plata y aquí hay plata", zanjando la discusión don Juan de Dios, airado.

Sospechando del dudoso origen del dinero que nunca le faltaba a su esposo, doña María jamás le pidió un solo peso y continuó ganándose la vida para sacar adelante a su familia. Por su parte, don Juan de Dios vivía y bebía con la tranquilidad de a quien siempre le tintinean las monedas en los bolsillos.

"Sospechando del dudoso origen del dinero que nunca le faltaba a su esposo, Doña María jamás le pidió un solo peso y continuó ganándose la vida para sacar adelante a su familia".

"Daba la impresión que su cuerpo se había esfumado, porque todas sus pertenencias estaban intactas, impregnadas con un fuerte olor a azufre, y esparcidas alrededor de una oscura mancha de maleza carbonizada".

Pero el tiempo transcurre siempre inexorable y fue dejando marcas imborrables en la vida de don Juan de Dios: la tristeza lo golpeó duramente cuando enviudó, pero también conoció la dicha cuando nacieron sus nietos. A pesar de ser un abuelo querendón, una sombra de preocupación oscurecía su mirada y, muy a menudo, se le escuchaba murmurar: "Ya se acerca la fecha, ya se acerca la fecha…".

Un día, caminando por el campo, a don Juan de Dios se le apareció el Mandinga, quien le dijo: "¡Ya te voy a venir buscar a ti!", cerrando con una tenebrosa carcajada. "¡Dame un poco más de tiempo, por favor, por lo menos para poder despedirme de mis nietos!", le rogó, pero el Maligno desapareció, con un azufroso estallido.

Al día siguiente de este terrorífico encuentro, don Juan de Dios empacó algo de ropa y unos regalos que tenía para sus nietos y emprendió la caminata por unos cerros que debía atravesar para llegar a la casa de su hijo, que lo estaba esperando junto a su familia. Sin embargo, nunca apareció y entre los vecinos comenzaron a buscarlo, hasta que lo único que encontraron fue su ropa, su chupalla y su equipaje, con los regalos para sus nietos. Daba la impresión de que su cuerpo se había esfumado, porque todas sus pertenencias estaban intactas, impregnadas con un fuerte olor a azufre y esparcidas alrededor de una oscura mancha de maleza carbonizada.

3. La ambición de Manuel Correa

En un terreno ubicado al pie del cerro La Virgen, en Peñaflor, había una desvencijada y destartalada casa en la que vivía un hombre solitario y pobre en todo sentido: carente de riquezas y de espíritu miserable. Su nombre era Manuel Correa y vivía ambicionando cosas a las que jamás podría acceder, porque tampoco era muy amigo del esfuerzo ni del sacrificio.

Su apariencia exterior era fiel reflejo de su pobreza de espíritu: era un hombre de unos 35 años, de contextura gruesa, ojos color café, pelo negro, tez morena y una barba de varios días que acentuaba su aspecto sucio y desprolijo. Las pocas veces que sonreía, dejaba ver una dentadura incompleta y amarillenta, producto del compulsivo consumo de tabaco, y su poco agraciado rostro lo surcaba una serpenteante cicatriz, que era el premio de consuelo que recibió por salir perdedor en una riña de cantina.

Decir que Manuel Correa no tenía amigos es poco; es más, cuando iba al pueblo, todos lo evitaban, como si la codicia y la maldad despidieran una insoportable pestilencia.

Una fría y oscura noche de invierno en que regresaba a su hogar después de ir a comprar su sustento, al bordear el cerro, cerca de una gran roca a la orilla del camino, se detuvo a descansar un momento y de un viejo y cochino bolso sacó una hogaza de pan, que remojó con un largo trago de vino. De repente, de la densa neblina surgió un hombre vestido completamente de negro y en el cual se destacaban sus ojos rojos que brillaban como dos brasas de carbón. El desconocido se acercó lentamente hasta donde se encontraba Manuel y con voz grave y sepulcral, le preguntó:

—¿Eres tú el hombre que ansía poseer riquezas?

Entre sorprendido y asustado, con voz temerosa Manuel le respondió:

—Sí, soy yo. Manuel Correa, para servirle.

—Manuel Correa, vengo a ofrecerte toda la riqueza que sea necesaria para saciar la sed de tu codicia. Eso sí, a cambio, me tienes que entregar tu alma —respondió el desconocido, para luego soltar una espeluznante carcajada que se debe haber escuchado en todo Peñaflor.

Al escuchar la oferta, a Manuel le quedó claro que su interlocutor solo podía ser el Mandinga. Sin embargo, la posibilidad de hacer realidad sus sueños de lujo y opulencia hizo que el miedo se desvaneciera casi por arte de magia.

—Está bien, te daré mi alma; eso sí, con la única condición de que me concedas todo lo que yo te pida —sentenció Manuel, sellando el pacto que condenaría su alma por toda la eternidad.

El Mandinga asintió y, con solo tronar sus dedos, apareció de la nada un cofre lleno de valiosas joyas, y monedas de oro y plata, que resplandecían en la noche más oscura. Manuel quedó paralizado: por fin sus sueños de riqueza se veían cumplidos y su hambre de codicia, satisfecha.

—Ya te lo dije, Correa. Todo lo que pidas, lo tendrás. Pero te advierto que dentro de treinta años vendré a cobrar mi parte del contrato.

Dicho esto, los perros del sector comenzaron a aullar lastimeramente y así como llegó, el Mandinga desapareció entre la neblina sin dejar rastro.

En "El Camino del Diablo" es donde normalmente el Mandinga se aparece.

Dejando su alma en prenda, Manuel Correa se hizo inmensamente rico de la noche a la mañana. A partir de ese momento y durante las próximas tres décadas, todo lo que deseó, lo tuvo; por obra y gracia del innombrable. Y a pesar de la riqueza o quizás a consecuencia de ella, Manuel Correa se transformó en un personaje aún más miserable.

La verdad sea dicha, el tiempo trascurrió más rápido de lo que él esperaba. Cuando se cumplió la fecha del ajuste de cuentas, el Mandinga se apareció para llevarse a Manuel, pero él no quería irse y buscó resquicios y subterfugios para no pagar su parte del pacto o para, en el peor de los casos, alargar un poco el plazo. El diablo se dejó caer varias veces por Peñaflor para llevarse a Manuel, siempre con el mismo resultado. Para no perder el viaje, comenzó a cabalgar por la ruta que une Peñaflor y Talagante, y fueron muchos los testigos que vieron al Cola de Flecha completamente vestido de negro, montando un caballo del mismo color, dejando una estela de azufre en el ambiente; y no transcurrió mucho tiempo en que ese sendero anónimo comenzó a ser denominado "El Camino del Diablo".

¿Qué paso con Manuel Correa? La paciencia es frágil y siempre termina por romperse. Un día, el diablo no aguantó más excusas y se llevó el alma de Manuel Correa que, a fin de cuentas, era el único bien que en verdad le pertenecía.

9. El guacho pelado

Juan Flores era un huaso doñihuano que estaba cansado de su mala suerte y de bailar con la fea un día sí y el otro también. La desesperación cundía, porque la pobreza se había convertido en fiel compañera y, entre queja y queja, decidió jugar su última carta: invocó al diablo con insistencia majadera, hasta que este apareció. Después de escuchar sus infortunios, el Cola de Flecha se comprometió a concederle mucha riqueza a cambio de su alma, que debería entregar puntualmente quince años más tarde, a la medianoche. "Trato hecho", dijo el huaso, firmando el contrato con su propia sangre como tinta.

Así, la suerte de Juan Flores cambió de la noche a la mañana. La miseria se transformó en riqueza, la que le permitió adquirir propiedades y vivir la gran vida con la que siempre había soñado, ayudando a sus amigos y también convidándoles comida y bebida con generosidad, convirtiéndose en un personaje muy querido en todo el pueblo.

Dicen que el tiempo se pasa volando cuando uno se divierte y así le ocurrió a Juan Flores. Ya habían transcurrido los quince años del plazo y a la medianoche llegaría la hora de entregar su alma como pago a la deuda adquirida. Este huaso, de generosa cabellera, de brazos velludos y pelo en pecho, buscó una ingeniosa manera de burlar a tan tenebroso acreedor, rapándose por completo, con tal de pasar desapercibido. Qué se podía perder, en una de esas, pasadas las doce de la noche, también pasaría la vieja.

Ese día había fiesta en el pueblo y este huaso ya completamente rapado de pies a cabeza —sin un pelo de tonto, como se dice—, comentó a todos los asistentes que, si aparecía algún desconocido preguntando por Juan Flores, le respondieran que no lo conocían. Ya más tranquilo, Juan se dedicó a ponerle entre pera y bigote, pensando que el tema de la deuda era cosa del pasado. Cuando el campanario de la iglesia dio la duodécima campanada anunciando la medianoche, llegó a la fiesta un huaso muy bien plantado, alto, elegante y con un diente de oro que relumbraba en la penumbra, cabalgando un brioso corcel negro. Al descender de su montura, el recién llegado comenzó a preguntar por Juan Flores a todo el que se le cruzara; sin embargo, uno a uno le contestaban que no lo conocían. El forastero siguió recorriendo el recinto y preguntando por Juan Flores, pero todos lo volvieron a negar.

"El día acordado, un elegante huaso llegó a la fiesta, en su caballo"

Cansado de tanta pregunta, el elegante huaso, que no era otro que el Mandinga en persona, dijo en voz alta para que todos lo escucharan: "Bueno, ya que no encontré a Juan Flores y, para no perder el viaje, me voy a llevar a este guacho pelado", desapareciendo con él de sus vistas.

5. El ladrillo faltante

Cuentan que un millonario español encargó a un lugareño la construcción de una gran casa patronal en una localidad del valle del Elqui. El pago por sus servicios sería cuantioso; eso sí, con la condición de entregar el trabajo en el plazo convenido. De lo contrario, el mandante se encargaría de secar al campesino en la cárcel.

El huaso se encontraba atribulado, porque el plazo de entrega acordado estaba cada vez más cerca, pero la construcción no avanzaba de acuerdo con lo planificado. La desesperación lo llevó a invocar al diablo, porque estaba dispuesto a entregar su alma, con tal de cumplir lo comprometido.

De tanto insistir, el Mandinga apareció en forma de un caballero vestido de rojo, con una barba negra, larga y puntiaguda, caminando afirmado de un bastón. "Soy Satanás", le dijo. "Escuché tu llamado, estoy dispuesto a satisfacer cualquier deseo tuyo, a cambio de tu alma".

Tal era su angustia por cumplir el contrato con su mandante, que ni siquiera sintió miedo al encontrarse con el diablo: "Necesito que termines esta construcción antes del día 15, porque no quiero ir a la cárcel", le dijo.

"Yo puedo terminarla incluso antes de que amanezca, pero a cambio quiero tu alma", insistió el Cola de Flecha.

"Estoy de acuerdo", respondió el huaso. "Eso sí, en el caso de que llegue a faltar un solo ladrillo antes del amanecer, el trato se anula", agregó. "Conforme", accedió el diablo, con la seguridad que brinda la omnipotencia.

Luego de dar un fuerte golpe en el suelo con su bastón, el cielo se oscureció y sonó un aterrador trueno que rajó la tierra y, desde la grieta, surgió un verdadero ejército de demonios, que inmediatamente se puso manos a la obra, de manera que la construcción fue tomando forma a una velocidad inusitada.

Mientras los demonios trabajaban, el huaso asumió que la pérdida de su alma era inminente y se le ocurrió una idea para quedar con pan y pedazo: notó que un ladrillo estaba suelto, lo sacó, lo marcó con una cruz y lo dejó en el suelo. Cuando amaneció, la construcción estaba terminada. O, para ser precisos, casi terminada: solo restaba poner el ladrillo faltante en el muro, al que ningún demonio se quería acercar, ya que estaba marcado con una cruz.

Para los efectos del contrato, el diablo había incumplido lo estipulado, por lo tanto, cuando salió el sol, Satanás y sus demonios maldijeron al huaso, y regresaron al infierno por la grieta que se había abierto horas antes, que se cerró cuando entró el último diablillo.

Así, el hombre pudo entregar la obra incluso antes de la fecha convenida y disfrutó de la generosa paga que le entregó el español.

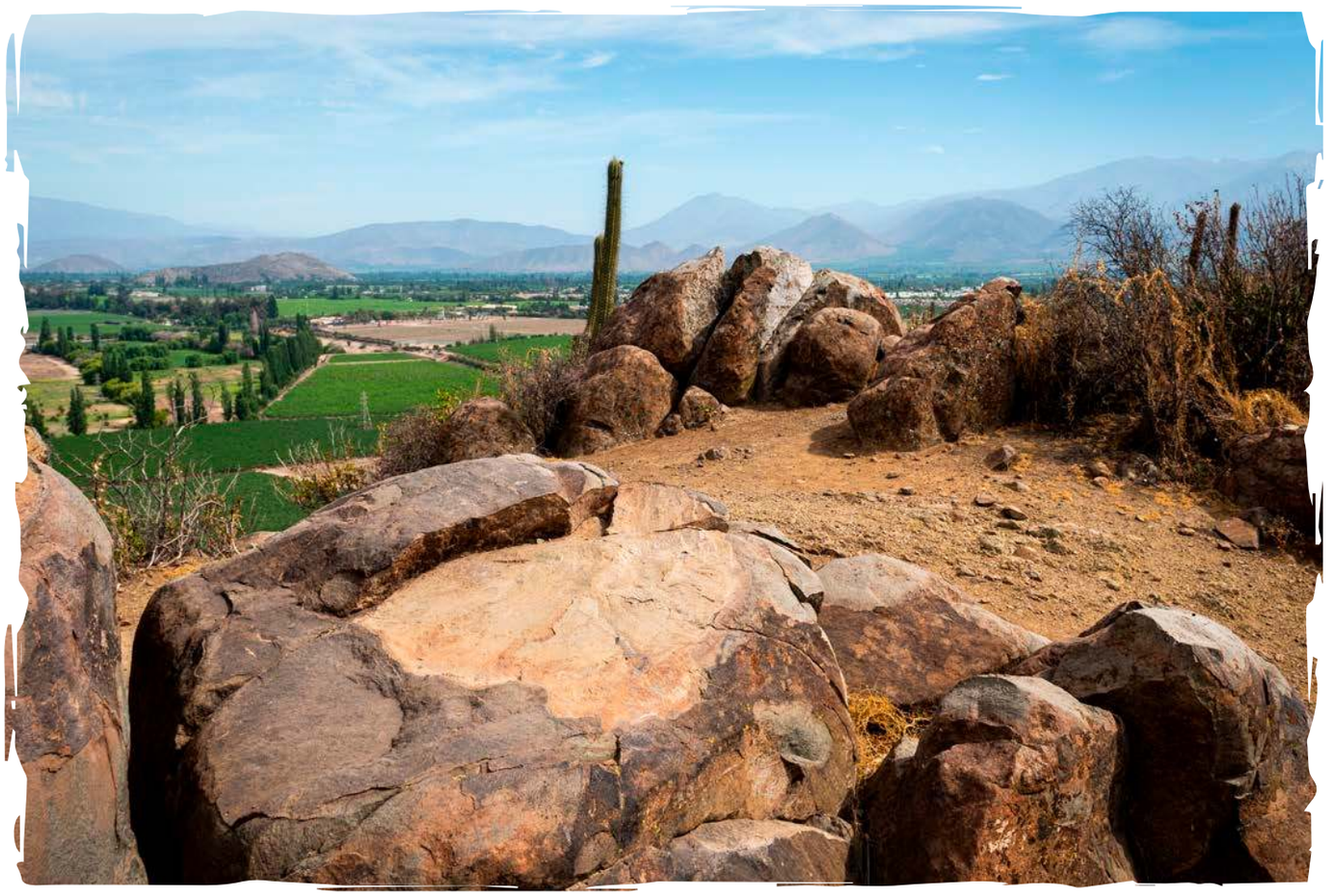
Patio de una antigua casa patronal en el Valle de Elqui.

Ladrillo marcado con una cruz.

IV CON EL DIABLO EN EL CUERPO

1. La herencia maldita

Carlos Tapia Canelo, autor de "Los Andes: folclor y terruño", también relata la historia de Eloy, un campesino tan pobre como codicioso, que vivía en las faldas del cerro Paidahuén, terreno que en la actualidad pertenece a Viña San Esteban y que es de alto interés para el turismo arqueológico, debido al importante número de petroglifos que existe en toda la ruta hasta la cima.



Detalle del cerro Paidahuén.

El protagonista de esta historia se desvelaba por las noches pensando en toda la riqueza y abundancia que jamás podría alcanzar por medio de los escasos frutos que le prodigaba su trabajo. No importaba cuanto esfuerzo pusiera, la recompensa siempre se hacía insuficiente. Cansado de tanto sacrificio y de soñar despierto, y siguiendo el consejo de un viejo vecino del sector, decidió convocar al diablo y de común acuerdo ponerle precio a su alma, para hacer realidad las riquezas que lo desvelaban.

Para cumplir su compromiso, Lucifer le dio las coordenadas donde debía, pala en mano, desenterrar un enorme cofre cargado de monedas de oro. Así, de la noche a la mañana, Eloy pasó de ser un humilde campesino a un respetado terrateniente, disfrutando del amor incondicional de su esposa Irina y de su hijo Olivio.

Si fuera un cuento de hadas, el relato concluiría aquí con un "y vivieron felices para siempre". Pero ya es sabido que las historias en las que interviene el diablo nunca terminan con un final feliz. Así, los años transcurrieron rápido hasta que Eloy falleció y el diablo concurrió puntual a cobrar su parte del acuerdo con el alma del difunto.

Con la muerte del patriarca, la decadencia, la desgracia y la desdicha se dejaron caer sin mayor aviso: malas cosechas y peores inversiones sumieron a la viuda y a su hijo en la pobreza y la desesperanza. A pesar de la desventajosa situación, Olivio creció e intentó sacar adelante a su madre con esfuerzo y sacrificio. Ya mayor, se casó y se convirtió en padre de un hijo que bautizó con el nombre de Efraín, situación que lo llenó de alegría y preocupación en iguales proporciones. Desesperado, recordó cuando su padre le explicó que el origen de su fugaz riqueza había sido un pacto con el diablo y entonces este oscuro personaje comenzó a aparecer en sus sueños, tentándolo y ofreciéndole abundancia fácil para salir de la angustiosa situación económica en que se encontraba. Sin embargo, Olivio recordó todas las penurias que vivió a consecuencia del pacto que su padre había firmado con el Mandinga y se refugió en la fe y en el trabajo honesto, lo que le permitió superar las carencias y vivir una vida tranquila junto a su esposa y su hijo.

El transcurso del tiempo transformó a Efraín en un hombre que, a pesar del ejemplo y las enseñanzas de su padre, heredó la peor característica de su abuelo Eloy: la codicia, transformándolo en presa fácil para las tentaciones del diablo. A pocas semanas de contraer matrimonio con su vecina Dulia, Efraín comenzó a ser víctima de terribles pesadillas que lo atormentaban en las noches, y durante el día escuchaba voces de ultratumba que pronunciaban su nombre. En este siniestro escenario, apareció el Malulo para tentarlo de la misma forma que lo hizo con su abuelo. Asustado, Efraín le contó a su padre las penurias que lo atormentaban y Olivio decidió pasar las noches orando junto a su hijo para ahuyentar al espíritu del mal.

Después de la tormenta sobrevino la calma y, luego de varias noches de tranquilidad, el diablo se apareció en persona en el cuarto de Efraín para ofrecerle toda la riqueza que pudiera imaginar, a cambio de su alma. Cuando el joven estuvo a punto de caer en la tentación, apareció Olivio blandiendo un crucifijo y consiguió ahuyentar a Satanás de su casa. Al día siguiente, la familia visitó la parroquia del pueblo para contarle al sacerdote los horribles acontecimientos que amenazaban la tranquilidad del hogar. El cura escuchó atentamente el relato de los asustados campesinos y para tranquilizarlos, esa misma noche visitó la casa de Olivio para bendecirla y exorcizarla.

El poder de la fe logró mantener a alejado al Cola de Flecha, quien ni siquiera podía acercarse al hogar de Olivio. Pero como más sabe el diablo por viejo que por diablo, para embolinarle la perdiz a Efraín, utilizó a una vecina como intermediaria, quien le indicó que debía visitar a una bruja del sector para que el acuerdo con el maldito finalmente quedara sellado.

No sin miedo, Efraín visitó a la hechicera, quien le dio las mismas instrucciones que años atrás le había entregado a su abuelo Eloy: tenía que regresar a medianoche con tierra de cementerio, huesos de perro y ají cacho de cabra.

Esa noche, Efraín se retiró temprano a su habitación, aduciendo cansancio y, mientras sus padres dormían, se escabulló por la ventana con todos los materiales solicitados para llegar puntual a la siniestra cita. Un oscuro presentimiento despertó a Olivio y se dirigió a la habitación de su hijo. Al ver que no se encontraba, llamó a su esposa y ambos salieron en búsqueda de su hijo. La vecina, al notar la desesperación del matrimonio, les confesó que lo más probable era que Efraín se encontrara en casa de la bruja.

Mientras tanto, la hechicera preparaba el ritual junto a Efraín para recibir al Príncipe de las Tinieblas, quien apareció puntualmente a las doce de la noche para sellar un nuevo pacto que le permitiría llevarse el alma de otro infeliz. Al ver al diablo en persona, Efraín se asustó y comenzó a rezar un Ave María tras otro, cosa que indignó al demonio, quien se apoderó de su alma sin entregar nada a cambio.

Olivio y su señora llegaron hasta la casa de la bruja pasadas las doce de la noche, cuando Satanás ya se había retirado y ambos lloraron desconsoladamente al abrazar el cuerpo inerte de Efraín.

"Efraín visitó a la hechicera, quien le dio las mismas instrucciones que años atrás le había entregado a su abuelo Eloy: tenía que regresar a medianoche con tierra de cementerio, huesos de perro y ají cacho de cabra".

"Cuando Dulia, que esperaba un hijo de Efraín, se enteró de los fatídicos sucesos, comenzó a acariciar su prominente panza y a rezar el Rosario pensando que en el futuro esta criatura inocente podría ser la siguiente víctima de una dinastía maldita que el abuelo Eloy había iniciado en el instante mismo en que, con su sangre, firmó el pacto con el Diablo".

Cuando Dulia, que esperaba un hijo de Efraín, se enteró de los fatídicos sucesos, comenzó a acariciar su prominente panza y a rezar el Rosario pensando que en el futuro esta criatura inocente podría ser la siguiente víctima de una dinastía maldita que el abuelo Eloy había iniciado en el instante mismo en que, con su sangre, firmó el pacto con el diablo.

El caso de la familia Avendaño

Si de pactos con el diablo se trata y más allá de las leyendas, en Los Andes es un secreto a voces el caso de la familia Avendaño que misteriosamente se enriqueció de la noche a la mañana. Dado el incierto e inexplicable origen de su nuevo estatus económico, en el territorio comenzó a correr el rumor que el patriarca de la familia habría pactado con el diablo, transando su alma a cambio de un generoso pasar económico que beneficiara a toda su familia.

Cuando el patriarca de los Avendaño ya intuía cercano el fin de sus días, adquirió un sitio en el cementerio de Los Andes, donde instruyó la construcción de un mausoleo familiar que, más que una sepultura, aparentaba una especie de fortaleza. Probablemente, en otra época debe haber sido el mausoleo más elegante y fastuoso del lugar, pero en la actualidad presenta un aspecto inquietante y desolador.

Quien lo diseñó, incluyó estatuas de variados ángeles y figuras sagradas a tamaño natural, que custodiaban la tumba como si intentaran proteger de todo mal a las personas allí inhumadas. Misteriosamente, casi todas las estatuas han sido derribadas, mutiladas, cercenadas sus cabezas, desmembradas. Casi todas, salvo una. La única que se mantiene impoluta es la estatua del Ángel de la Muerte, como si su inexorable poder fuese muy superior al de los otros ángeles.

Consultados los funcionarios del camposanto respecto de dicho panteón, con evasivas esquivaron cualquier pesquisa, casi como si estuviese prohibido hablar de ello.

Los tres monitos

En el mundo rural de Chile no son pocas las historias relacionadas con el diablo que se repiten en distintos territorios, quizás con pequeñas variaciones y que se asumen como leyendas locales. No obstante, también se escuchan mitos novedosos, oriundos de una determinada localidad y que vale la pena incluir dentro de esta recopilación. Una de ellas es la leyenda de los tres monitos, que el escritor Carlos Tapia Canelo incluye en su libro "Los Andes: folclor y terruño".

No encontramos los monos tallados, pero sí demonios esculpidos en las raíces de un árbol en San Bernardo.

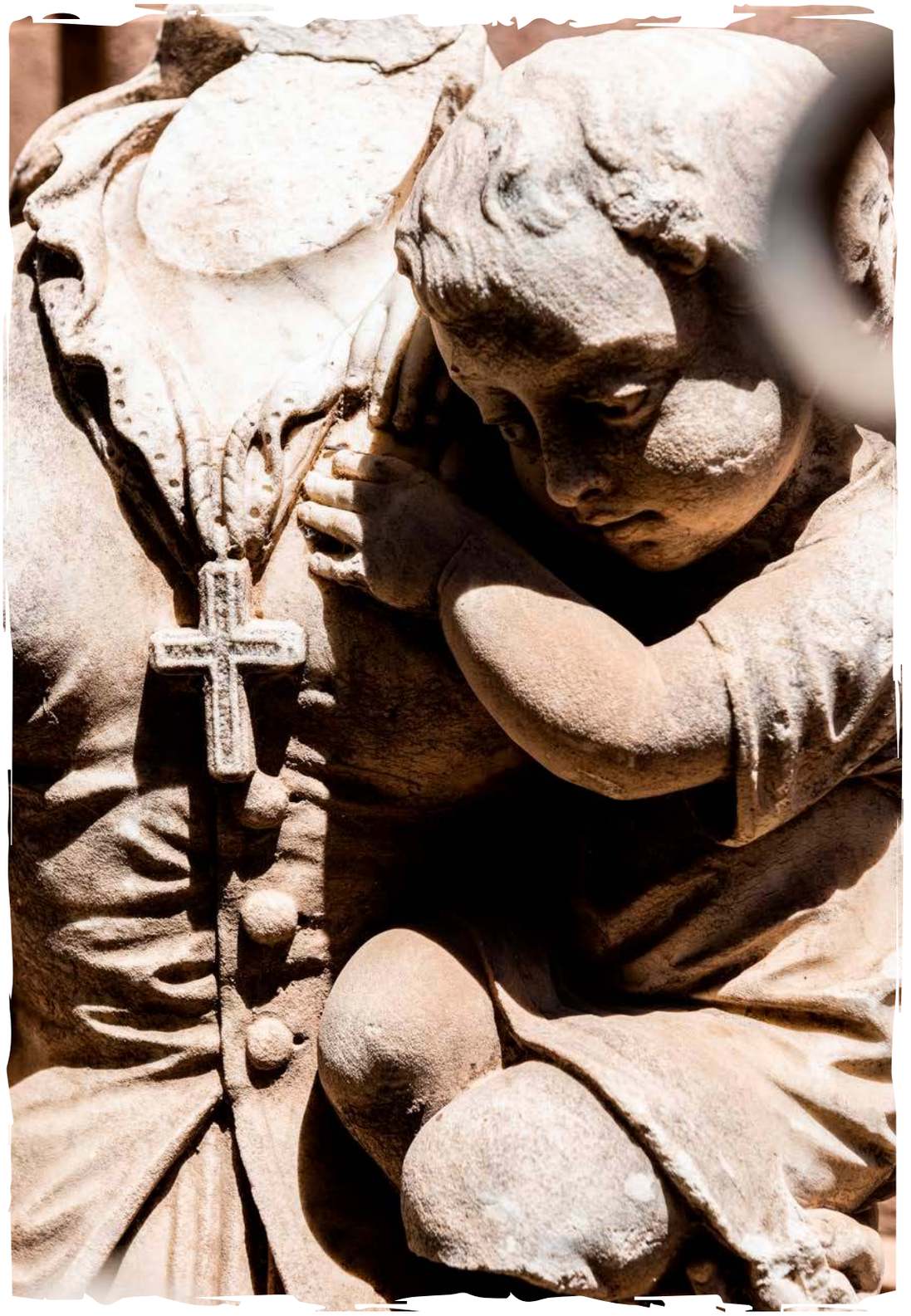
El campo chileno es fértil en historias de pactos, donde algún desdichado, envenenado de codicia, decide vender su alma al diablo a cambio de riqueza rápida y fácil. Tanto es así, que en muchas localidades el pacto con el Señor de las Tinieblas es la explicación más a mano para el cambio de situación de un vecino que transitó de la pobreza a la abundancia en poco tiempo.

Tapia Canelo aborda la leyenda de los pactos con el diablo agregándole una inédita arista: la leyenda de los tres monitos. De esta manera, cuando alguien convoca a Satanás para venderle su alma al mejor precio posible, este le agrega una condición adicional: junto con la riqueza inmediata, el Señor de los Infiernos le hace entrega de tres monitos encerrados en una jaula metálica, los que representan la prenda de garantía del contrato. Así, junto con entregar su alma, el solicitante debe comprometerse a cuidar de estos animalitos hasta que se cumpla el plazo fatal.

En el caso de que los monitos consigan escaparse, la desgracia recaerá sobre el responsable de su cuidado: la riqueza desaparece tanto o más rápido de lo que llegó, sobreviene la enfermedad, hasta que la persona fallece, y en ese momento el Cola de Flecha aparece anticipadamente para cobrar su parte del acuerdo.

En el relato se incluye el testimonio de inquilinos que aseguran haber visto tres monitos enjaulados en la hacienda de su patrón y que también dan fe del celo con que los simios eran cuidados para evitar que se escaparan. Sin embargo, a pesar de tanta preocupación y tanto desvelo, no era raro que los traviesos animalitos consiguieran arrancarse, provocando desdicha, pobreza y enfermedad casi con efecto inmediato. Tapia Canelo señala que, si una persona encuentra estos monitos y los adopta, sin saberlo recibe los beneficios y asume los costos de un pacto que nunca firmó.

Finalmente, el autor asegura que en algunas elegantes y antiguas casas patronales de Los Andes se han encontrado tres monitos tallados en piedra, ubicados estratégicamente en un lugar visible del jardín principal, para honrar un pacto realizado con el más espeluznante socio posible: el diablo.



La estatua de una Virgen decapitada, en el mausoleo de la Familia Avendaño, en Los Andes.

"Vista del Cerro Carén, donde se cuenta que el Diablo dejo el sombrero".

2. El as de espadas

Cercano a Los Andes se encuentra la localidad de Casuto, en la comuna de Rinconada, cuyos habitantes se han dedicado por muchos años a la actividad agrícola, principalmente a la vitivinicultura y también a la minería, dada la cercanía de esta localidad con la Mina Colorada.

Como ya hemos revisado, en nuestro país existen muchas historias que vinculan la actividad minera con la presencia del diablo, seguramente porque la faena se desarrolla a nivel subterráneo y en la oscuridad, cercano a los dominios del Maligno. También debido a las costumbres de los mineros, que alternaban el trabajo sacrificado de la mina con las tentaciones de la vida disipada, donde consumían rápidamente las ganancias obtenidas con el sudor de la frente en alcohol, juegos de azar y mujeres de la noche.

De acuerdo con lo que relata Carlos Tapia Canelo, Octavio y Gumercindo cumplían esta descripción a cabalidad: eran dos mineros de Casuto que se deslomaban en las profundidades de la Mina Colorada. Durante la larga y extenuante jornada laboral competían para ver quién trabajaba más duro o quién conseguía extraer más riquezas de las profundidades de la tierra. Esa actitud cambiaba una vez que terminaba la jornada y acudían a alguna de las muchas tabernas del pueblo en las que siempre era de noche. En ellas, saciaban hambre y sed, con apetitosos causeos y generosas jarras de vino de la zona. Cuando las necesidades básicas ya estaban satisfechas, los compinches demostraban mano diestra en el atrapante vicio del juego, ya fuera en el cacho, la brisca o el monte. Las partidas se iban caldeando conforme avanzaba la hora y el consumo de alcohol y, en concordancia, también aumentaban los montos apostados: los participantes de la mesa podían jugar todo su dinero, sus animales, sus propiedades y hasta sus seres queridos.

Un día de pago, Gumercido y Octavio recibieron su sueldo y, en vez de partir directo a la cantina, se retiraron al campamento. Y no porque hubiesen dejado de lado los vicios; por el contrario, entre manos tenían un plan para multiplicar su jornal, transformando las apuestas en una jugosa inversión. Así, premunidos de sus linternas y protegidos por la oscuridad de la noche, regresaron a la mina. Luego de cerciorarse de que no había ni un alma en los alrededores, descendieron por los túneles y galerías hasta lo más profundo del yacimiento.

Los compinches demostraban mano diestra en el atrapante vicio del juego, ya fuera en el cacho, la brisca o el monte.

En ese lugar improvisaron un altar, donde colocaron un as de espadas de cara al suelo y lo rodearon con un círculo de gruesas velas encendidas para honrar al diablo y pedirle su favor en el momento de apostar.

Luego de cerciorarse de que las velas permanecían encendidas, abandonaron la mina y caminaron a pie firme hasta la taberna más concurrida de Casuto. Esa noche no hubo tiempo de causeos para la pareja de amigos; se fueron directamente a la mesa de juegos. Y la noche les fue particularmente favorable: cada vez que en la mano les aparecían las espadas, apostaban fuertes sumas de dinero y siempre resultaban ganadores, lo que demostraba que el demonio estaba de su lado. Ya habían ganado una cantidad suficiente de dinero como para decir "hasta aquí no más llegamos", pero la codicia nubló toda sensatez y decidieron apostar todas las ganancias obtenidas en una última mano.

"En ese lugar improvisaron una suerte de altar, donde colocaron un as de espadas de cara al suelo y lo rodearon con un círculo de gruesas velas encendidas para honrar al Diablo y pedirle su favor a la hora del juego".

Dicen que la ambición rompe el saco y tan cierto es que hasta Satanás los abandonó en esa última apuesta. Los dos compadres perdieron hasta el último céntimo y abandonaron la cantina mucho más pobres de cómo habían ingresado. Sorprendidos y arruinados, decidieron regresar a la mina para revisar la ofrenda y descubrir en qué habían fallado. En el camino vieron que varios pasos más adelante había un misterioso hombre vestido completamente de negro, que caminaba directo hacia el lugar donde horas antes habían hecho la ofrenda. Pensando que se trataría de algún apostador rival que había descubierto su sistema para ganar en las apuestas, lo siguieron discretamente. Al llegar al lugar, el misterioso hombre de negro desapareció, y Octavio y Gumercindo fueron rodeados por un remolino de viento frío. Cuando se acercaron a ver la ofrenda, el as de espadas estaba chamuscado y las velas, retorcidas, se mantenían encendidas como brasas.

Asustados, abandonaron la mina como alma que la lleva el diablo, regresaron al campamento y se acostaron a dormir, con la esperanza de que el sueño les hiciera olvidar los espeluznantes acontecimientos de la jornada. Pero no fue así: a medianoche, una misteriosa fuerza comenzó a elevarlos y a tratar de sacarlos por el techo. Los desesperados gritos de Octavio y Gumercindo despertaron a los mineros y uno de ellos, al presenciar la escalofriante escena, pronunció: "¡Ave María Purísima!", y el oscuro poder soltó a los frustrados apostadores, que cayeron como sacos de papas en sus respectivas camas. El pánico los mantuvo alejados de la mina por unos días, pero al ser advertidos de un posible despido, no les quedó otra alternativa que regresar a la faena.

El primer día de arduo trabajo tras el incidente les hizo olvidar el susto, y cuando estaba por terminar la jornada, recogieron sus herramientas y un cartucho de dinamita que no había explosionado detonó de improviso a la altura de sus rostros, dejándolos heridos de gravedad. A consecuencia de ese accidente, ambos amigos perdieron la vista.

Para muchos, ese fue el castigo que el diablo les dejó en vida a causa de su codicia: la ceguera impidió que Octavio y Gumercindo volvieran a apostar. Murieron viejos, sin recuperar jamás la visión.

3. La supuesta poseída de Conchalí: Cuando el diablo es inocente

Cada cierto tiempo, más de algún fanático de las temáticas paranormales se acerca hasta la capilla San Juan de Capistrano, ubicada en la población Juanita Aguirre, en Conchalí, en busca de testigos que relaten los pormenores de un supuesto caso de posesión demoníaca que habría afectado a una feligresa en 1993, esperando escuchar un relato espeluznante, que ponga los pelos de punta. Esto, debido a que la historia de la supuesta poseída de Conchalí escaló hasta los medios de comunicación, que de tanto en tanto, dan espacio a reportajes de esta naturaleza para vender más ejemplares de un periódico, aumentar los puntos de *rating* de un noticiario, o desviar la atención de noticias más relevantes.

Para contextualizar, la población Juanita Aguirre es un conjunto habitacional que adquirió la Fuerza Aérea de Chile (FACh) en 1971 en beneficio de sus efectivos, por lo tanto, la capilla anteriormente mencionada es de carácter castrense, que rinde honor a San Juan de Capistrano, Santo Patrono de los capellanes. Nancy Urquieta, la protagonista de esta historia, estaba casada con un funcionario de dicha rama de las Fuerzas Armadas y participaba de forma entusiasta de las actividades de la capilla, llegando a ejercer como catequista, brindando orientación religiosa a parejas que se preparaban para contraer matrimonio.

De la cobertura mediática de este hecho, solo se encuentra disponible el artículo titulado "Trágico final de una posesión demoníaca", publicado en la edición N° 2 de diciembre de 1995 de la extinta revista Revelación, publicación dedicada a la difusión de fenómenos paranormales, ufología y teorías conspirativas. Según consigna el artículo firmado por el fallecido periodista Osvaldo Muray, los hechos que afectaron a Nancy Urquieta se habrían iniciado en 1987 cuando Luis Cid, su marido, se encontraba en comisión de servicio en otra región del país y, para comunicarse con su familia, debía llamar a un vecino, quien transmitía los recados, algo difícil de imaginar en la actualidad, cuando todo el mundo cuenta con un teléfono celular; sin embargo, en esa época la disponibilidad de líneas telefónicas era bastante escasa.

Una noche, el vecino visitó a Nancy para saber cómo se encontraba, para luego poder comentarle las novedades al marido, apenas este se comunicara. Mientras conversaban afuera de la casa, notaron que, encaramado en las ramas de un añoso álamo, había un misterioso ente que presenciaba el encuentro. De acuerdo con la descripción, se trataba de un ser alado, similar a una gárgola, que representaría el oscuro presagio de una terrible historia que se desencadenaría años más tarde.

En 1993, la casa de Nancy ya contaba con línea telefónica, lo que facilitaba la comunicación cada vez que su marido se ausentaba mandatado por la institución armada. Una noche, a las tres de la madrugada, la campanilla del teléfono despertó a Nancy, quien contestó angustiada, pensando que debido a la hora, solo podría ser indicio de una mala noticia. Sin embargo, al descolgar el auricular escuchó una voz desconocida, grave y gutural, que le habría dicho: "Yo te voy a llevar, quédate tranquila, no te asustes". Lejos de acobardarse, se indignó pensando que se trataba de un bromista o de algún acosador, sin establecer relación causal con la aparición del misterioso ser alado ocurrida años antes.

Capilla de San Juan Capistrano, Conchalí.

Tiempo después, la salud de Nancy comenzó a deteriorarse, presentando un decaimiento sostenido y una sensación de angustia que la agobiaba, como si una nube negra se hubiese posado sobre ella; síntomas que se atenuaban apenas se alejaba de su casa. Según consigna el reportaje, la catequista se sometió a una serie de exámenes en el hospital institucional, que no arrojaron anomalía alguna y, a lo más, habría sido diagnosticada de una fuerte depresión, pero el tratamiento no derivó en la mejoría de la paciente.

Posteriormente, el artículo describe un episodio que daría indicios de una posesión demoníaca: la noche de Navidad, la familia ya se encontraba en su casa y la hija mayor encontró a su madre de pie sobre su cama y vociferando, como si discutiera acaloradamente con un ser invisible, siendo necesaria la fuerza de varias personas para contenerla y conseguir que se recostara.

Uno de los anuncios de la desgracia que se avecinaba fue la aparición de gárgolas en un árbol cerca de la casa.

De acuerdo con lo que describe el periodista, si la ciencia médica no fue capaz de brindar soluciones al mal que afectaba a Nancy, la religión sería capaz de ofrecerlas. Luego de consultar con el diácono de la parroquia, el tema llegó hasta el propio obispo castrense de la época, el padre Joaquín Matte Varas, quien habría firmado un decreto para que un sacerdote de Melipilla, experto en exorcismos, tomara cartas en el asunto. Ya no había dudas: si la única alternativa que recomendaba el obispo era un ritual de exorcismo, a todas luces el caso se trataba de una posesión demoníaca. Sin embargo, Muray asegura que el rito no se llevó a cabo, por el miedo que invadió al sacerdote, luego de conocer a la supuesta poseída.

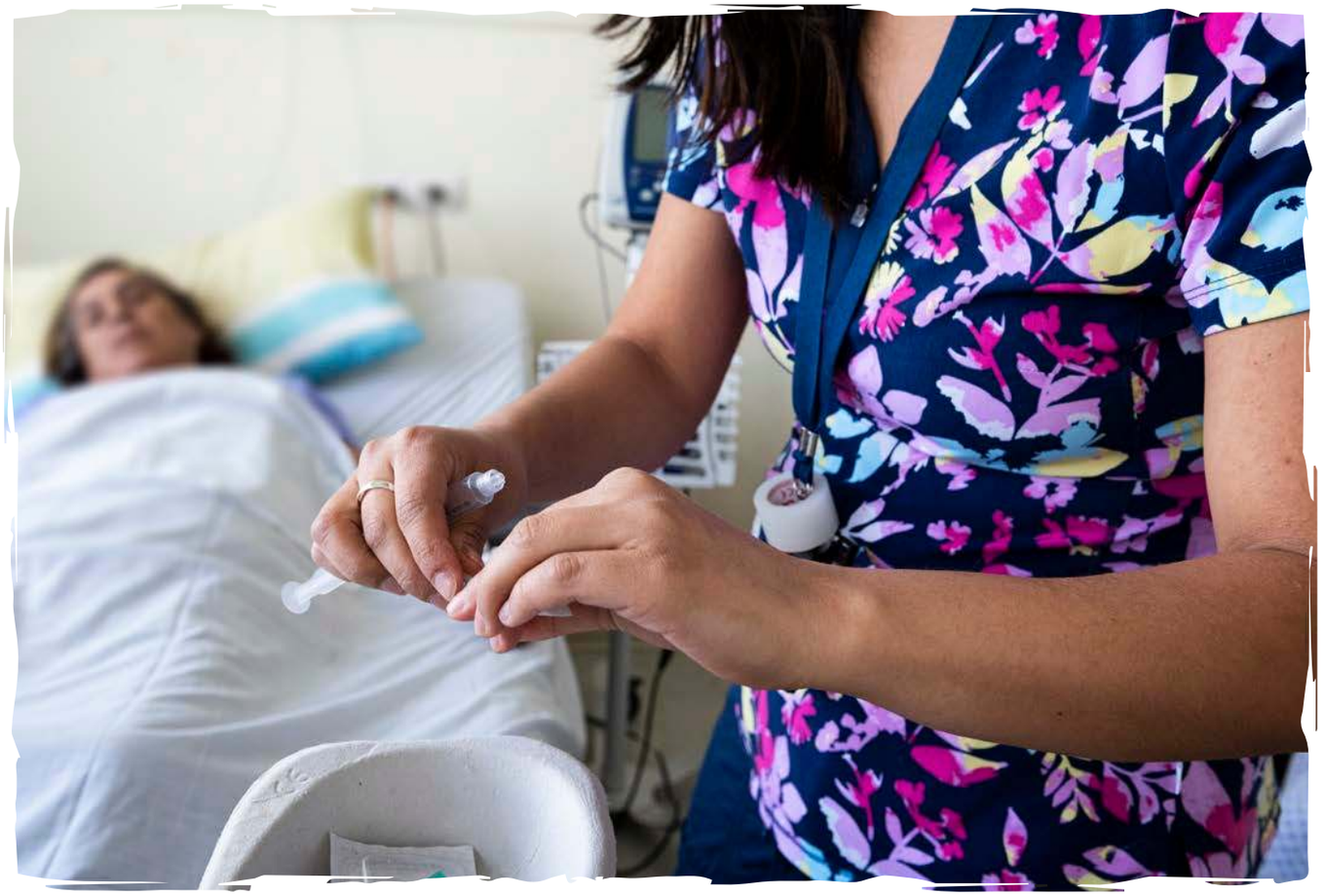
Ante el primer intento fallido, el diácono de la capilla contactó a la familia afectada con un sacerdote alemán, quien los habría citado al convento de la orden dominica en Las Condes para realizar el ritual que purgaría a los demonios, liberando el alma de la catequista. A estas alturas de la historia, Nancy apenas hablaba y no reconocía a casi nadie, ni siquiera a sus familiares. Sin embargo, antes de ingresar al templo, reaccionó con violencia ante una imagen de la Virgen María, imprecando con una terrorífica voz gutural a la imagen de la madre de Cristo.

Nuevamente, el exorcismo no pudo realizarse y la familia regresó a casa con una sensación de impotencia y con Nancy sumida en un profundo mutismo, que se interrumpió brevemente y de forma espeluznante: nuevamente habló con voz ajena, diciendo "no nos llevamos a quien vinimos a buscar", lanzando una carcajada que heló la sangre de sus acompañantes.

En este punto, el relato se vuelve aún más escabroso: ante los fracasos de la medicina y de la religión, el marido decide buscar el consejo de una bruja de Talagante, quien le aseguró que su mujer había sido víctima de un "trabajo" y que, para recuperar su salud, debía realizar un complejo ritual, prendiendo cada día una vela de distinto color durante una semana, y rezando oraciones hasta que cada vela se consumiera. El último día, mientras Cid realizaba el ritual, se sintieron fuertes golpes por fuera de la casa y la condición de Nancy pareció empeorar.

Ya nos encontramos en enero de 1994 y nada, aparentemente, daba resultados en beneficio de la salud física y espiritual de la mujer. Un matrimonio amigo de la familia recomendó los servicios de una espiritista de Quilicura, quien, en vez de requerir la presencia de Nancy, solicitó conocer la casa donde se desencadenaron los fatídicos acontecimientos. Era verano y las altas temperaturas se sentían incluso durante la noche, pero ocurrió que, cuando iban en el vehículo desde la casa de la médium hasta la población Juanita Aguirre, la temperatura descendió de forma abrupta y una densa neblina se dejó caer en la ruta. Cuando esta se disipó, descubrieron que se encontraban en la comuna de Pudahuel, como si este fenómeno climático fuera producto de la acción de una fuerza maligna que quisiera impedir la intervención de la espiritista.

Paralelamente, en la capilla de San Juan de Capistrano se realizaban vigilias de oración por la salud de Nancy. El reportaje consigna que una noche, mientras los feligreses rezaban en una actitud de absoluto recogimiento, se produjo un fuerte ruido en las afueras de la ermita y un remezón afectó a toda la construcción, como si fuese el epicentro de un violento movimiento telúrico.



En realidad el Diablo no tuvo nada que ver en esta historia. La poseída estaba enferma del mal de las vacas locas.

La angustia de la familia aumentaba en la misma proporción que la salud de Nancy empeoraba de forma irreversible. El marido hizo un último intento, visitando la consulta de un psiquiatra, que fue el escenario de fuertes y extrañas convulsiones que afectaron a la catequista. Después de este acontecimiento, solicitaron una ambulancia para internarla en el hospital FACh. Esto ocurrió los primeros días de enero de 1994 y Nancy Urquieta permaneció internada en dicho recinto hospitalario casi seis meses —donde el personal de salud evitaba atenderla, por miedo a los extraños síntomas y reacciones de la paciente— hasta el 4 de julio de ese año, cuando el corazón de la catequista irremediablemente dejó de latir.

Si revisamos los datos que nos ofrece el reportaje, contamos con una serie de truculentos ingredientes para elaborar el guion de una película tan sobrecogedora como "El Exorcista": una mujer católica que es visitada por un demonio alado y que presenta todos los síntomas de una posesión satánica, incluso con la violenta reacción que le provocaban los símbolos sagrados. Además, estos hechos sobrenaturales afectaron a toda la comunidad vinculada a la capilla San Juan de Capistrano. Sin lugar a dudas, si los acontecimientos se hubiesen desarrollado tal como aparecen descritos en el artículo, no sería difícil encontrar testigos que recordaran los hechos, independientemente de que ya han transcurrido más de 25 años. Acontecimientos de esta naturaleza trascienden al entorno familiar y no se olvidan fácilmente.

Detalle de la capilla de San Juan Capistrano.

Visitamos la capilla y participamos de la liturgia dominical para contrastar el mito con la realidad. Una vez finalizado el rito, realizamos una breve encuesta, preguntando a algunos vecinos si vivían en la población en aquellos años y si es que recordaban los eventos asociados a Nancy Urquieta; sin embargo, nadie parecía conocer ni recordar dicho incidente. Más de alguno nos miró con extrañeza. Nos acercamos al capellán quien, con toda amabilidad, escuchó nuestras consultas, dejando en claro que no era la primera ocasión que le preguntaban por el caso y, seguramente, tampoco sería la última. El sacerdote reconoció que él no estaba a cargo de la capilla en esa época, que algo había escuchado al respecto y nos contactó con un par de feligresas que podían conocer del tema.

Las mujeres, que declinaron dar a conocer sus identidades, nos comentaron que conocieron a Nancy y la acompañaron a lo largo de todo su calvario. Pero aclaran que el sufrimiento que la aquejó nada tuvo que ver con una posesión satánica. Efectivamente, Nancy Urquieta comenzó a enfermar, con una serie de extraños síntomas y los exámenes de laboratorio a los que fue sometida no dieron positivo para ninguna enfermedad conocida. No obstante, una vez que le realizaron una resonancia magnética nuclear, descubrieron la patología que la aquejaba: se trataba del mal de Creutzfeldt-Jakob, conocido comúnmente como mal de las "vacas locas", que es un tipo de encefalopatía espongiforme, es decir, el cerebro de la persona afectada se va transformando en una especie de esponja y el deterioro neurológico determina una serie de extrañas conductas en la persona que lo padece.

Los primeros casos de esta enfermedad se detectaron en el Reino Unido, en 1986, y es muy probable que el de Nancy haya sido uno de los primeros reportes de esta patología en nuestro país. La enfermedad se inicia con abruptos cambios en la personalidad, pérdida de memoria, además de depresión, delirios y alucinaciones. Luego viene ataxia (rigidez de los miembros y pérdida del control de movimientos), derivando en demencia. Efectivamente, este listado de síntomas coincide con los trastornos conductuales que afectaron a la catequista.

Las entrevistadas aseguran que Nancy habría consumido carne contaminada, contrayendo esta terrible enfermedad. Y reconocen que, antes del diagnóstico definitivo, igualmente se barajó la idea de realizarle un exorcismo, que finalmente no se llevó a cabo, y no por el temor de algún sacerdote a oficiarlo, sino que las autoridades eclesiásticas descartaron la realización del ritual por falta de méritos, es decir, su caso no cumplía con los requisitos para su realización.

También recuerdan el asedio de algunos medios de comunicación que se acercaron hasta la población, que hablaron abiertamente de una posesión demoníaca y que, en este caso, no solo existió una falta de rigurosidad periodística, sino que derechamente hubo una voluntad

por tergiversar la información, al punto de sugerir que se entregaron favores económicos al entorno de la afectada para que declararan a favor de la noticia más atractiva desde el punto de vista mediático, es decir, que la condición de Nancy Urquieta era cosa del demonio.

Las feligresas rememoran haber acompañado a Nancy a lo largo de toda su enfermedad y que llegó a un punto de ser incapaz de sostenerse por sí sola y que su capacidad de comunicarse se reducía solo a repetir algunas de las palabras que escuchaba. Estas mujeres tienen conciencia que este caso se ha transformado en una especie de mito urbano y que cada cierto tiempo se encargan de contar la verdad a algún cazafantasmas que se acerca hasta la capilla buscando una historia paranormal.

Por lo tanto, esta será la primera vez que la verdadera historia de Nancy Urquieta quede plasmada en el papel. Al menos, en estas páginas exculpamos al diablo en el caso de la posesión satánica, pero sí confirmamos que igualmente metió su cola, aprovechándose de la codicia de unos pocos.

Médico de cuerpos y almas

El Dr. Uribe es médico urgenciólogo y se desempeña en el servicio de urgencias de un hospital público de la Región Metropolitana. Se reconoce como un hombre profundamente católico, que cursó su educación secundaria en un colegio de la orden dominica y que siempre se interesó por la teología; materia que profundizó en cursos que realizó en forma paralela a su formación profesional. Su condición de hombre de fe queda en evidencia a simple vista: una cruz y la medalla de un santo cuelgan de una cadena en su cuello, y un denario de oro acompaña a su alianza nupcial, en el dedo anular de su mano izquierda.

En 2016 aún estaba cursando el internado en el servicio de urgencias donde se desempeña actualmente. Eran cerca de las 3:30 horas y le correspondió atender a una paciente joven, de unos 16 años, que acudía al hospital en un estado de total alteración. El Dr. Uribe comenzó la anamnesis, complementando los signos de la paciente con los síntomas que describía su madre. De acuerdo con su testimonio, la chica afirmaba "ver cosas" que, ciertamente, no estaban ahí. A partir de eso, el médico suponía la posibilidad de una paranoia o un cuadro de esquizofrenia. Sin embargo, durante el examen, su madre precisó que estos episodios de comportamiento anormal comenzaron después de que su hija empezó a conversar con los muertos, utilizando una tabla Ouija que ella misma había fabricado y con la que jugaba junto a un grupo de amigas. Después de eso, su hija empezó a ver sombras en la casa y, posteriormente, sintió que la molestaban, hasta que comenzó a hablar con palabras que nunca usaba, a utilizar un lenguaje extremadamente soez y a demostrar una fuerza descomunal cada vez que intentaban contenerla.

Tabla de Ouija, muy usada para contactarse con entidades del más allá.

El Dr. Uribe tomó su linterna para examinar las pupilas de la paciente. En esa época, en su linterna tenía pegada una medalla con la cruz de San Benito, que se la había regalado su abuela cuando era muy pequeño y que era una suerte de talismán que le otorgaba protección a él y a las personas que atendía. Sin quererlo, rozó con la medalla la frente de la paciente, quien inmediatamente reaccionó con un grito desgarrador. En la consulta estaba presente un carabinero, que actuaba como testigo de fe como parte del protocolo de atención de una menor de edad. El uniformado, impresionado, preguntó qué le sucedía a la paciente. El Dr. Uribe no tuvo respuesta a esa pregunta. Quizás superado por las circunstancias, decidió ir en búsqueda de su profesor, que también se encontraba de turno esa noche. Mientras caminaba rápidamente por los pasillos del servicio, el doctor comenzó a orar, repitiendo mentalmente la frase "Dios mío, ayúdame", como si se tratara de un mantra. Cuando encontró a su mentor, este le dijo que iría en unos minutos y que lo esperara junto a la paciente.

"Sin quererlo, rozó con la medalla la frente de la paciente quien, inmediatamente, reaccionó con un grito desgarrador".

Al momento de ingresar nuevamente a la consulta, el Dr. Uribe vio a la joven sentada en la camilla, mirando fijamente la entrada, con unos ojos oscuros, penetrantes y con una sonrisa burlona, le dijo: "Tu Dios no te va a ayudar". Al rato, llegó el profesor, la examinaron en conjunto y la derivaron con un diagnóstico de crisis conversiva y con observación de trastorno psicótico activo.

Afirma el Dr. Uribe que ese momento fue clave: sintió que sus estudios teológicos ya estaban completos y que debía comenzar a estudiar e investigar la otra cara de la moneda: el demonio y sus manifestaciones. Se inició con la lectura de los libros del padre Gabriele Amorth, sacerdote italiano ya fallecido que dedicó gran parte de su vida a expulsar demonios por medio del ritual del exorcismo. El Dr. Uribe, quien tiene ciudadanía italiana por parte de su familia y que además habla italiano a la perfección, empezó a mantener contacto con el padre Amorth y, en una ocasión, estando en Roma, fue invitado a participar de un exorcismo, teniendo en cuenta que en dicho rito debe estar presente un médico para brindarle atención

a la persona poseída, en caso de requerirlo. Hasta entonces, el concepto que el Dr. Uribe tenía de los exorcismos provenía de lo que había visto en el cine y la televisión, y que, por cierto, no tenía ninguna relación con lo que sucedía en la realidad: la persona poseída no giraba su cabeza en 360°, no levitaba y tampoco vomitaba cantidades ingentes de algún líquido verdoso. Sin embargo, luego de haber participado en un total de tres exorcismos en Roma, el Dr. Uribe afirma que una persona poseída pierde su esencia y que ninguno de los pacientes que había tratado alguna vez tenía ese poder de convencimiento y manipulación, y una mirada tan desprovista de humanidad y tan cargada de maldad.

Luego de profundos estudios, el Dr. Uribe describe el proceso de posesión como si se tratara de la inoculación de un virus: primero, ocurre la infestación, en que el demonio comienza a acechar a su potencial víctima. Posteriormente, pasa a la posesión en sí misma, en que el Maligno ocupa el cuerpo de la persona afectada, pero sin poder poseer su alma. Y que todos los casos cumplen con un denominador común: las personas, antes de ser afectadas, experimentan algún tipo de crisis existencial, se encuentran solas, no son felices ni cuentan con una red de apoyo que les pueda brindar cariño y contención. Continuando con la metáfora del virus, la posesión afectaría a personas que tienen su sistema inmune deprimido. Por eso, el Dr. Uribe afirma que Satanás es un cobarde que siempre patea a las personas que ya están en el suelo.

El Dr. Uribe atiende este tipo de casos en su consulta particular los que, por cierto, no son demasiado frecuentes. De hecho, desde que comenzó a estudiar demonología solo ha atendido dos casos de pacientes que han presentado este tipo de síntomas y comportamientos.

El primer caso que atendió fue a fines de 2017. Se trataba de una mujer joven, que abusaba del consumo de drogas y alcohol, y que aseguraba escuchar voces. Desde el punto de vista de la psiquiatría, lo primero que se debe descartar en estos casos son las causas metabólicas, por lo tanto, le solicitó una serie de exámenes, que confirmaron un embarazo de 6 a 7 semanas, del que la paciente no tenía conocimiento. En consultas posteriores, la joven manifestó que las voces que escuchaba comenzaron a agredirla físicamente y, como prueba de ello, mostró su espalda surcada por largos y profundos arañazos.

En la siguiente consulta, la paciente señaló que algo terrible había ocurrido: cuando iba bajando la escalera, fijó la vista en un crucifijo que estaba colgado en la pared y pensó en Dios, y en las ganas de acercarse a Él y volver a estar bajo su protección. En ese momento, sintió que alguien la empujaba, cayendo escaleras abajo, accidente que le provocó un aborto

espontáneo. También reconoció que por las noches se transformaba, manifestando conductas extrañas y ajenas a su personalidad. Por ejemplo, admitió que de noche disfrutaba haciéndole daño a su perro y que, al día siguiente, recordaba lo que había hecho, provocándole una sensación que combinaba miedo, culpa y vergüenza.

Así las cosas, el Dr. Uribe contactó a un sacerdote conocido y visitaron la casa de la paciente para realizar un ritual de exorcismo abreviado y una limpieza espiritual de la vivienda, cuyo efecto fue prácticamente inmediato: la paciente dejó de sentir la presencia de las entidades que la habían acechado, y en la actualidad se encuentra feliz, disfrutando de su nueva vida en familia.

El exorcismo es un acto o ritual de rechazar y expulsar una fuerza maligna; por lo general, demoníaca. La Iglesia se ha mostrado renuente al respecto; sin embargo, por su historia y creencias, se ha visto obligada a dejar una puerta abierta al tema.

Se podría decir que el segundo caso fue una derivación: un médico que conocía del interés del Dr. Uribe por estos temas le presentó el caso de un paciente que, prácticamente de un día para otro, había caído en el alcoholismo, lo habían despedido de su trabajo y había abandonado a su familia. El hombre aseguraba que el diablo era quien lo había llevado hasta esa condición.

Al Dr. Uribe lo invitaron a un ritual, realizado por un sacerdote dominico. Al principio, estaba todo relativamente normal hasta que, de repente, el paciente cambió su voz por otra gutural, grave y ajena, que dijo: "Solo me iré de él cuando diga la palabra". Se le hicieron varios rituales, en diferentes ocasiones, sin lograr el resultado esperado y, después de cada uno, el hombre terminaba agotado, con compromiso de conciencia o experimentando crisis convulsivas. Hasta que, en una de las ceremonias, el hombre gritó "¡Domini!", que significa Señor en latín y, en ese momento, los síntomas terminaron.

Ciertamente, el Dr. Uribe, como médico, ejerce su profesión desde la óptica de su formación científica. No puede ser de otra manera. No obstante, estos casos le confirman que hay algo más allá que escapa a la racionalidad. Al ser consultado si siente miedo, con mucho humor asegura que él no puede atemorizarse de los muertos, porque ellos forman parte de su profesión. También cree que él estaría más asustado si viviera en la soledad, pero que nunca ha experimentado esa sensación, porque él se siente acompañado y protegido por Dios.

Finalmente, asevera que la psiquiatría, que ha estudiado de manera independiente, es una herramienta que le ha sido de gran utilidad, no solo en los casos de supuestas posesiones, sino que en su práctica cotidiana en el servicio de urgencia, por cuanto le permite reconocer síntomas y derivar a psiquiatras, según corresponda, e incluso al hospital psiquiátrico, que es lo que más lamenta, porque de acuerdo con sus propias palabras, ese es el infierno en la tierra.

9. El poder de los meicos

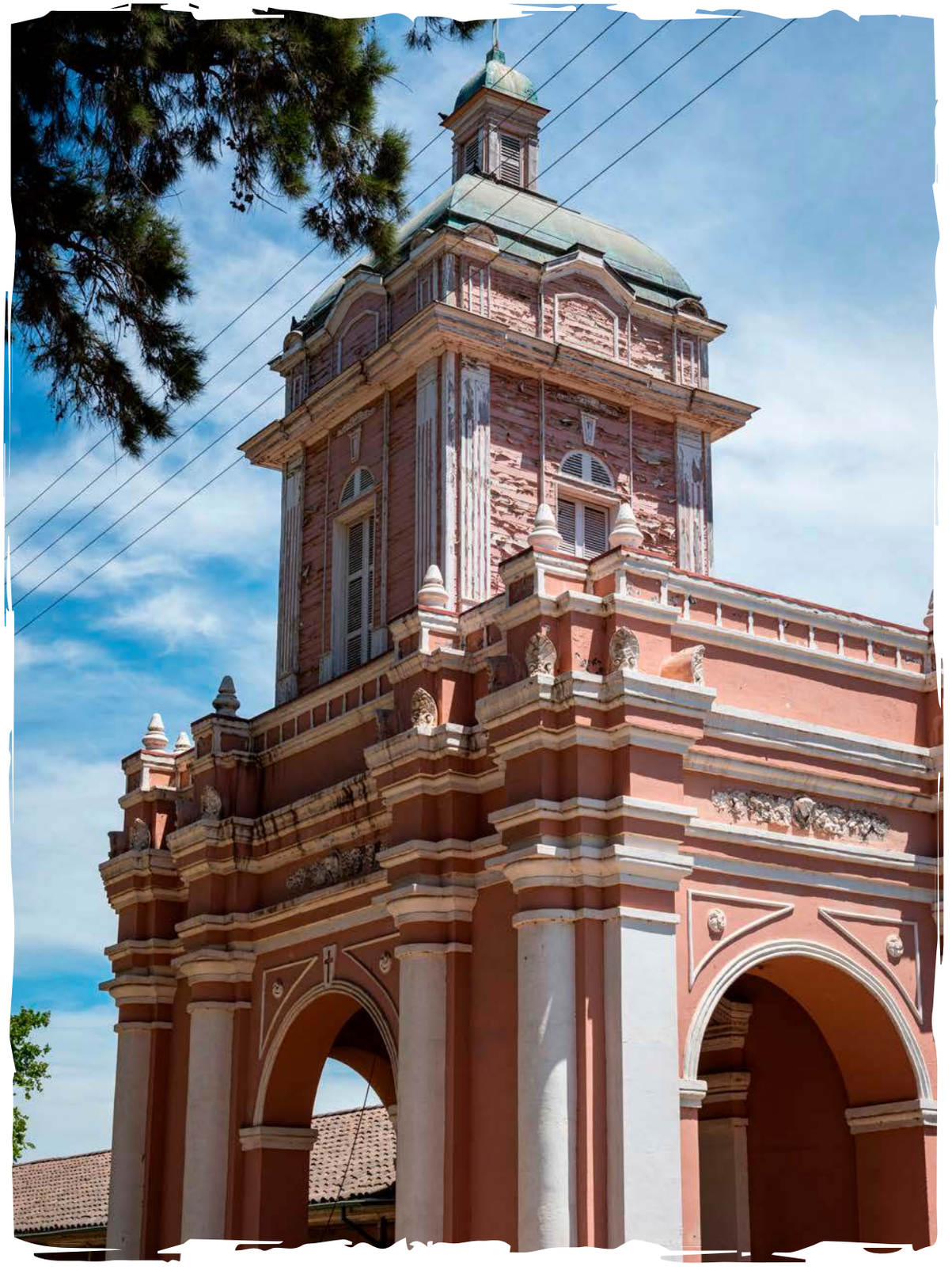
Las historias de pactos con el diablo tienen muchas semejanzas entre sí. Generalmente, son personas que, desesperadas por la pobreza o enceguecidas por la codicia, convocan al diablo, a veces a través de rituales, con el objetivo de entregarle su alma en un plazo acotado a cambio de una vida llena de riquezas. Los casos que se relatarán a continuación hablan de personas que entregaron su alma a cambio de poder. Es la historia del poder de los meicos.

De acuerdo al sitio web Memoria Chilena, dependiente de la Biblioteca Nacional, las meicas son curanderas que "aplican, además de oraciones o rogativos, una serie de procedimientos empíricos, como agüitas, caldos, emplastos, hierbas, etcétera, destinados a devolver la salud a la persona enferma". En la definición, agregan que esas prácticas fueron ejercidas casi siempre por mujeres, aunque las siguientes historias hablan de meicos, que adquirieron el poder curativo a través de una oscura fuerza superior.

Alfonso Peña Ramírez, encargado de Cultura de la Ilustre Municipalidad de Palmilla y voz del programa radial "Esto también es Chile", transmitido actualmente por Radio Cautiva FM, de San Fernando, relata una historia de su adolescencia, que transcurrió en la zona de la cuesta de Lo González, en Chimbarongo, Región de O'Higgins. "Antes de la reforma agraria, mi papá era inquilino del fundo de don Bernardo Pavez, o don Beño, que era un conocido meico de la zona. Mi familia vivía al frente suyo, como en diagonal a su casa, y veía la gran cantidad de personas que lo visitaban día a día, en búsqueda de la sanación de algún mal o alguna dolencia", recuerda.

Don Bernardo Pavez frecuentemente recibía a visitantes provenientes de distintas latitudes, algunos de ellos, desahuciados; otros, aquejados de algún mal para el que la medicina tradicional y la ciencia no tenían respuesta, y todos llegaban atraídos por el poder de sanación de este curandero que había trascendido las fronteras de su propio territorio.

Se contaba que don Bernardo había sido un hombre muy pobre, cuyo origen humilde siempre sacaba a relucir. No obstante, una vez que adquirió esa milagrosa capacidad de sanación y se convirtió en un conocido meico, hizo fortuna a través del abundante dinero que recibía a cambio de sus servicios. Con el paso del tiempo, fue adquiriendo tierras y hasta llegó a tener un fundo, que después le fue expropiado durante la reforma agraria.



Iglesia de El Huique.

Pero los poderes curativos que poseía este conocido meico tenían un origen bastante tenebroso: "Era por todos sabido que don Bernardo Pavez había hecho un pacto con el diablo y le había entregado su alma a cambio de poder y de sabiduría, que lo llevaron a convertirse en curandero. Esto era un habitual tema de conversación entre los adultos, se hablaba siempre en las conversaciones familiares y yo me enteraba de puro entrometido", agrega Peña Ramírez.

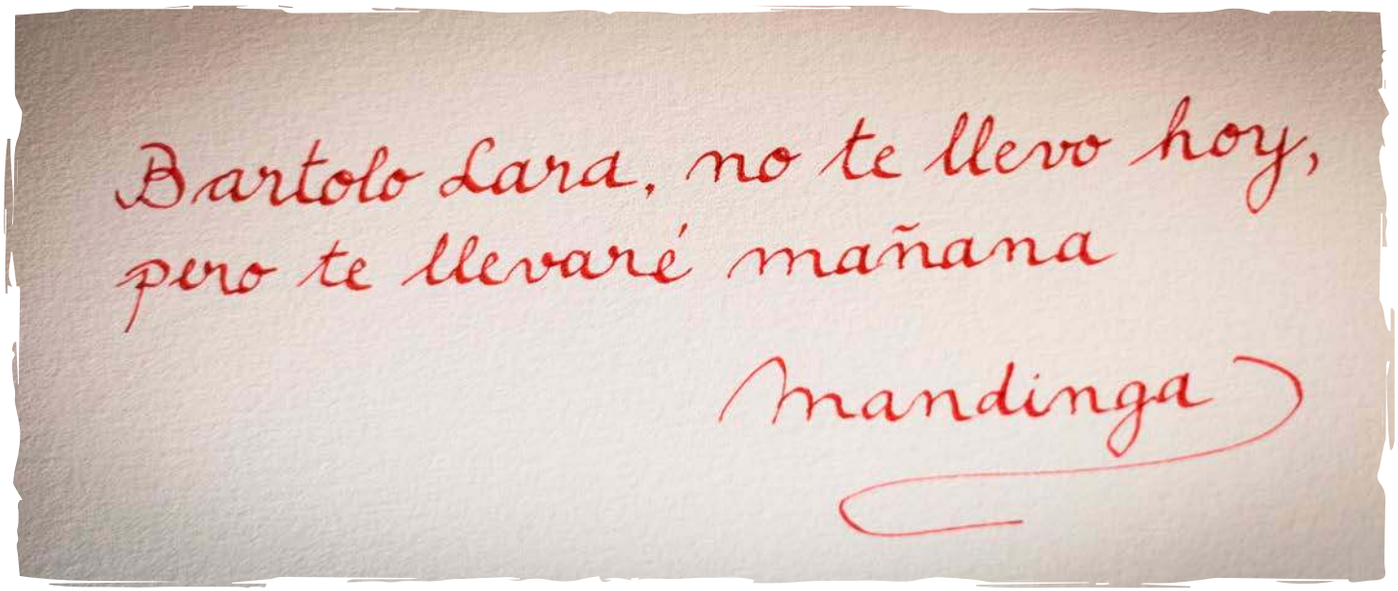
Pasaron los años y en la población comenzó a correrse la voz que a don Beño le estaba llegando la hora del ajuste de cuentas con el diablo y la única manera de evitar el castigo eterno para su alma era simulando un velatorio en vida. Para este efecto, don Beño se hizo ayudar de un hombre pobre que vivía en un cerro. Peña Ramírez señala que "en el pueblo se contaba que, una vez que don Beño falleció, lo llevaron al cementerio y su ataúd estaba vacío. Y el señor que lo veló en vida heredó sus dones y también sus obligaciones con el diablo. Con el tiempo se hizo conocido como el "meico del cerro", pues vivía en la ladera de la cuesta de Lo González y al igual que su antecesor, este señor fue ganando fama y dinero gracias a sus poderes curativos".

Coherente con esta relación entre los meicos y el diablo son las historias que comparte el profesor Patricio Trujillos Moscoso, docente del Liceo San José del Carmen, en Palmilla. Una de ellas debe haber ocurrido hace más de 80 años, en una época en que las distancias eran más largas, el tiempo transcurría más lento, las personas se guardaban en sus casas temprano —apenas el sol se escondía— y la oscuridad de la noche se interrumpía brevemente gracias a la luz de las velas.

Por entonces, al diablo se le describía como un huaso alto, vestido de negro, con manta de castilla y montando un caballo negro, que pasada la medianoche salía a los caminos para tentar a los incautos con grandes riquezas a cambio de sus almas, que terminarían alimentando el fuego del infierno.

En uno de estos encuentros, el diablo se cruza con un hombre que le ofreció su alma a cambio de veinte años de una vida colmada de esplendor y opulencia. Luego de firmar un contrato con su sangre, el Cola de Flecha desapareció dejando una hedionda nube de azufre.

A la mañana siguiente, el hombre se fue sorprendiendo una y otra vez de cómo su permanente mala suerte iba mutando a buena estrella: ganaba premios en dinero, hacía buenas inversiones y en un muy poco tiempo había alcanzado el nivel de vida que soñaba y que el diablo le había prometido.



Compromiso firmado en sangre.

El problema es que los tiempos de bonanza suelen pasar más rápido que los de esfuerzo, y las dos décadas transcurrieron casi sin darse cuenta. Ya se acercaba la hora de pagar con su alma la acreencia, pero este hombre no se daba por vencido. El dinero todo lo puede y también podría ayudarlo a salir de este entuerto.

En esa búsqueda le dieron el dato de un meico que, ante un generoso pago previo, le aconsejó que la única manera de burlar al diablo y evitar pagar su deuda era realizando un velatorio falso, donde el hombre debía fingirse muerto. Mientras, el curandero y su ayudante debían rezar durante toda la noche, sin parar, hasta que los primeros rayos de sol del amanecer anunciaran la llegada del nuevo día. El meico fue insistente en que debían rezar durante toda la noche, sin detenerse, porque el diablo le teme al poder de la oración y podría aprovechar hasta la más breve pausa para hacer acto de presencia y llevarse el alma del condenado.

La leyenda cuenta que el ritual se realizó conforme a lo acordado: el hombre se recostó al interior de un ataúd, mientras el meico y su ayudante comenzaron a rezar, sabiendo que les esperaba una larga y difícil noche. Apenas se dejó caer la oscuridad, el Mandinga anunció su presencia por medio de un fuerte viento que azotaba las puertas y ventanas del recinto, que hacía aullar lastimeramente a los perros y relinchar a los caballos inquietos. Sin embargo, nada de eso amedrentó al curandero y a su asistente, que continuaron rezando hasta que se hizo de día. Así, el hombre pudo salvar su alma y continuar llevando una vida de riquezas.

Algunos de estos meicos se han hecho muy famosos. "Yo pude conocer a uno de ellos. Donde yo vivía cuando niño estaba el meico Soto, un hombre de campo que, pala en mano, trabajaba la tierra y tenía su huerta, pero cada cierto tiempo llegaba gente a visitarlo con enfermedades incurables, en búsqueda de sanación", relata el profesor Trujillos.

"Antes de la Reforma Agraria, mi papá era inquilino del fundo de Don Bernardo Pavez o Don Beño, que era un conocido meico de la zona".

Cuando el profesor tenía 13 o 14 años, recuerda haber estado jugando en la tierra cuando llegó una familia de afuerinos preguntando por el meico Soto. Los recién llegados traían a una guagüita de pocos meses de vida que había sido picada por una abeja en uno de sus ojos, que estaba extremadamente hinchado. Los padres habían visitado a diferentes médicos y todos concordaban con el mismo diagnóstico: no había nada por hacer, era cuestión de tiempo que el pequeño paciente perdiera ese globo ocular.

El profesor los guió hacia donde estaba el curandero, quien fue a lavarse las manos y se dispuso a escucharlos. "Yo cobro caro por esto", advirtió, y luego de que los padres confirmaron que el dinero no era obstáculo, procedió a observar con ojos sabios al lactante por largos y silenciosos minutos. Fue el propio meico quien rompió el silencio, indicándoles a los padres

que debían comprar un par de remedios en la farmacia y aplicárselos al pequeñito en su ojo durante dos semanas. Cumplida la quincena, los padres debían regresar para mostrarle si el tratamiento había dado resultado.

"Yo no estuve presente cuando regresó la familia con el pequeñito, pero fue un hecho que se comentó en toda la comunidad: a la guagüita se le había desinflamado el ojo y había recuperado la visión, pero ese milagro no fue suficiente para ocultar lo que era *vox populi* en toda la localidad: que el meico Soto había recibido su poder a través de un pacto con el diablo", concluye el profesor Trujillos.

De esta manera, el don de los meicos demuestra que no todas las personas que entregan su alma al diablo lo hacen a cambio de fortuna. A algunos les basta con el poder, como un medio para conseguir respeto, autoridad y también riquezas.

Las calaveras de vaca sirven como protección para espantar diablos y hechiceros.

5. Cuando los pactos se heredan

Escucha la historia aquí

Los hechos de la historia que relataremos a continuación son reales y ocurrieron durante la década de 1960. Por lo mismo, se cambiarán los nombres de los personajes, tanto de la narradora como de quienes la protagonizan.

La Morocha es una hualañecina de tomo y lomo. Conoce a muchos de los habitantes de Hualañé y todas las historias que se tejen en dicha localidad. Una de ellas es el caso de don Ricardo, quien era propietario de un gran fundo en Hualañé. Sin embargo, por todos era conocido que para alcanzar el nivel de vida que llevaba había hecho un pacto con el diablo. De súbita riqueza, don Ricardo iba paulatinamente adquiriendo más y más tierras para aumentar los límites de sus dominios.

"No obstante, al poco tiempo reapareció, lo que representaba una prueba fehaciente del éxito del impostado ritual".

Don Ricardo era muy buena persona, pero no por eso dejaba de inspirar algo de temor en la gente del pueblo, debido a que todos sospechaban del siniestro origen de su abundancia. Aunque no era muy generoso al momento de pagar sueldos, siempre terminaba dándole trabajo a quien se lo solicitara.

Cuando se acercaba la fecha de ajustar cuentas con el Maligno, don Ricardo se enteró de que la única posibilidad de conservar su alma consistía en realizar un velatorio en vida, simulando la ceremonia durante tres días y tres noches, con personas rezando para que el Mandinga no se cobrara su parte del acuerdo. Considerando que don Ricardo no gozaba de mucha popularidad ni tampoco era muy querido, tuvo que abrir su billetera para pagar generosos estímulos a los valientes que se atrevieran a enfrentar tan dura ceremonia.

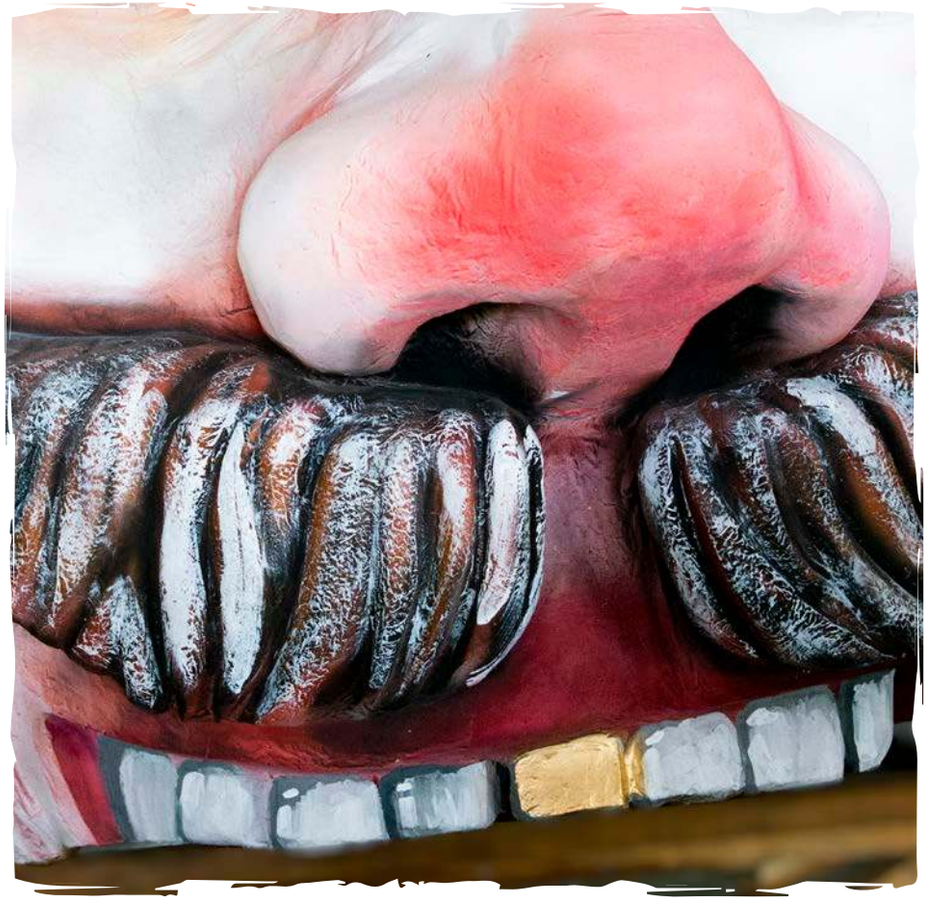
A don Ricardo se le perdió la pista por varios días en Hualañé y muchos pensaron que el diablo ya había cobrado su deuda. No obstante, al poco tiempo reapareció, lo que representaba una prueba fehaciente del éxito del impostado ritual. Los participantes en el velatorio cuentan que Satanás se había manifestado de diversas formas para espantar a los falsos dolientes, con tal de finalizar el rito y recolectar el alma del terrateniente. Incluso, habría aparecido en forma de Virgen para proyectar paz entre los asistentes y dar por terminada ceremonia.

En una ocasión, don Ricardo le informó a uno de sus trabajadores más cercanos, que tenía que viajar junto a su señora y que, si le parecía, podía quedarse en la casa para cuidarla. Al joven esta posibilidad le pareció un voto de reconocimiento y de confianza por parte del patrón, además de una oportunidad para ganar unos pesos extra, que nunca vienen mal. Cuando llegó la noche, le resultó imposible conciliar el sueño de puro susto: sintió el ruido de un gran carruaje que llegaba prácticamente hasta las puertas de la casa. Además, todos los animales estaban inquietos y los perros aullaban de forma lastimera. El muchacho no veía la hora de que retornara don Ricardo para irse y nunca más volver, porque con tanto ruido extraño, ni siquiera se atrevía a asomarse a la ventana.

A la mañana siguiente, don Ricardo regresó a su casa y el trabajador le devolvió las llaves: "Aquí tiene sus llaves, patrón. Y de ahora en adelante, pídame lo que quiera, en serio, pero nunca más me diga que me tengo que quedar cuidando su casa", le dijo, aún atemorizado. "Pero ¿qué te ocurrió, hombre?", le preguntó, y el joven le describió lo del carruaje y todos lo aterradores acontecimientos que había experimentado. Por respuesta, don Ricardo le dijo: "Ah, entiendo... No te preocupes, ese es un muy buen amigo que a veces me viene a visitar".

Transcurrió cerca de una década y don Ricardo finalmente falleció a una edad cercana a los setenta años, dejando una generosa herencia para repartir entre sus hijos, quienes dividieron las tierras y continuaron viviendo de la agricultura en la zona. Pero los descendientes de don Ricardo siguieron dando que hablar: como una prueba más del espurio origen de tanta opulencia, sus hijos terminaron peleados a muerte, sin ninguna razón objetiva para que ello ocurriera.

Ronald, uno de los hijos de don Ricardo, heredó algo más que terrenos y animales: también se comentaba que había hecho un pacto con el misterioso amigo de su padre. En una ocasión, Ronald se acercó a conversar con uno de sus trabajadores que, con su trabajo, mantenía a su señora y a ocho hijos. Con prepotencia, le preguntó: "Oye, Lucho, ¿cómo diablos te las arreglas para mantener a una familia tan numerosa?". El trabajador, extrañado, le contestó: "Trabajando, pues, patrón. Nunca sobra nada, pero gracias a Dios tampoco falta". Ahí, Ronald le comentó: "Yo conozco a un amigo que te puede ayudar a mejorar tu situación. Él viene mañana a las doce de la noche, así que si te interesa, ven para mi casa y yo te lo presento".



"Cuando llegaron, los esperaba de espaldas un caballero muy encachado, vestido completamente de negro y, cuando se dio vuelta para saludar, su sonrisa dejó entrever un brillante diente de oro".

El joven, sin cuestionarse que la medianoche era una hora muy extraña para hablar de negocios con un desconocido, acudió puntual a la cita en la casa de su patrón. "Acompáñame, mi amigo nos está esperando allá en la bodega". Cuando llegaron, los esperaba de espaldas un caballero muy encachado, vestido completamente de negro, y cuando se dio vuelta para saludar, su sonrisa dejó entrever un brillante diente de oro. El joven atinó a arrancar, literalmente, como alma que se lleva el diablo.

Al día siguiente, el patrón le reclamó: "Oye, Lucho, harto mal que me dejaste con mi amigo, ni siquiera le devolviste el saludo". "No, no, no, don Ronald, con ese amigo suyo yo no quiero tener nada que ver", le respondió. Y si bien continuó trabajando en ese fundo durante mucho tiempo, mantuvo la prudente distancia de su patrón, porque como dice el dicho, dime con quién andas y te diré quién eres.

"Pasado el temporal, la hija menor de este funcionario contrajo una extraña enfermedad que, a los pocos días, la llevó a la muerte".

La Morocha piensa que la familia de don Ricardo no debe haber sido la única en pactar con el Mandinga por esa zona. Para muestra, un botón: a inicios de la década de 1970, un fuerte terremoto azotó a la Región del Maule y, como a veces las desgracias no llegan solas, además, se dejó caer un fuerte aguacero que hizo desbordar el río Mataquito, inundando muchos terrenos aledaños. En un sector se encontraban dos empleados públicos realizando tareas de rescate, cuando pasó el río arrasando con todo a su paso. La Morocha cuenta que uno de los dos se aferró a un árbol y ante la desesperación, le pidió al Maligno que lo salvara de tan terrible adversidad, y justamente, de los dos funcionarios, fue el único que salvó con vida.

Pasado el temporal, la hija menor de este funcionario contrajo una extraña enfermedad que, a los pocos días, la llevó a la muerte. Se trataba de una niña de unos cinco años cuyo deceso conmovió profundamente a la población, la que participó masivamente de los ritos fúnebres. Quienes cargaron el féretro se extrañaron de lo liviano que era. Por muy pequeño que fuera el cuerpo, algo tenía que pesar. Luego de enterrarla, las dudas persistieron y se ordenó exhumar el ataúd y, con gran sorpresa de los testigos, este estaba vacío. La única explicación que encontró la gente para justificar este insólito hecho fue que el padre, ante la desesperación, pactó su salvación con el diablo a cambio de la vida de su hija.

Tiempo después, el funcionario se separó de su mujer, dejó la ciudad y de él nunca más se supo.

6. El que busca siempre encuentra

Escucha la historia aquí

El lenguaje crea realidad, dicen. Hay quienes también aseguran que los nombres (o los apellidos) determinan algunos rasgos de personalidad o conductas en las personas. Si esto es cercanamente cierto, bien podríamos pensar que el español Martín Busca estaba condenado a una permanente búsqueda del favor de la diosa fortuna, sin poder encontrarlo.

La historia transcurre a fines del siglo XIX, en el municipio de Garriguella, provincia de Gerona, en Cataluña, España, y el protagonista es Martín Busca Vilanova, un personaje empobrecido, cansado de golpear puertas y de transitar el triste trayecto de la ilusión al fracaso. Enfrentando una situación límite, Martín decide lo que muchos de sus compatriotas hicieron en el pasado y continuarían haciendo en el futuro: cruzar el océano Atlántico con la expectativa de "hacerse la América", para lo cual se embarcó junto a su hermano José con destino a Valparaíso, la ciudad denominada "Joya del Pacífico", probablemente el puerto americano más importante del Pacífico sur en aquella época.

Por ese entonces, nuestro país vivía un período de prosperidad económica y era imán para un sinnúmero de inmigrantes; entre ellos, nuestro protagonista, quien atesoraba el sueño de dejar atrás una larga historia de miserias y desventuras. Sin embargo, para Martín Busca, Valparaíso fue terreno fértil para la desilusión y la desesperanza. Transcurrieron muchas semanas de deambular por el puerto y los cerros, con la mirada atenta a cualquier oportunidad que le permitiera cambiar la suerte, pero esta resultaba esquiva. En ese momento, el español tomó conciencia que lo único que se había modificado era el país de residencia pero, en ningún caso, su destino. También consciente que, al cruzar el Atlántico, había apostado las pocas fichas que le quedaban; sin embargo, a Busca todavía le quedaba una última y desesperada carta bajo la manga.

Es en este punto donde se pierde el rastro del protagonista y la historia se transforma en leyenda. Totalmente empobrecido, Martín Busca desaparece de la escena y reaparece al poco tiempo, convertido en un hombre de riqueza evidente y desbordante, terrateniente y empresario. ¿Qué hizo para modificar tan radicalmente su situación y en tan corto plazo? A falta de argumentos sólidos y de documentación que avalaran su nueva condición, la explicación fue popular, clara y contundente: Martín Busca, en un acto de desesperación extrema, hizo

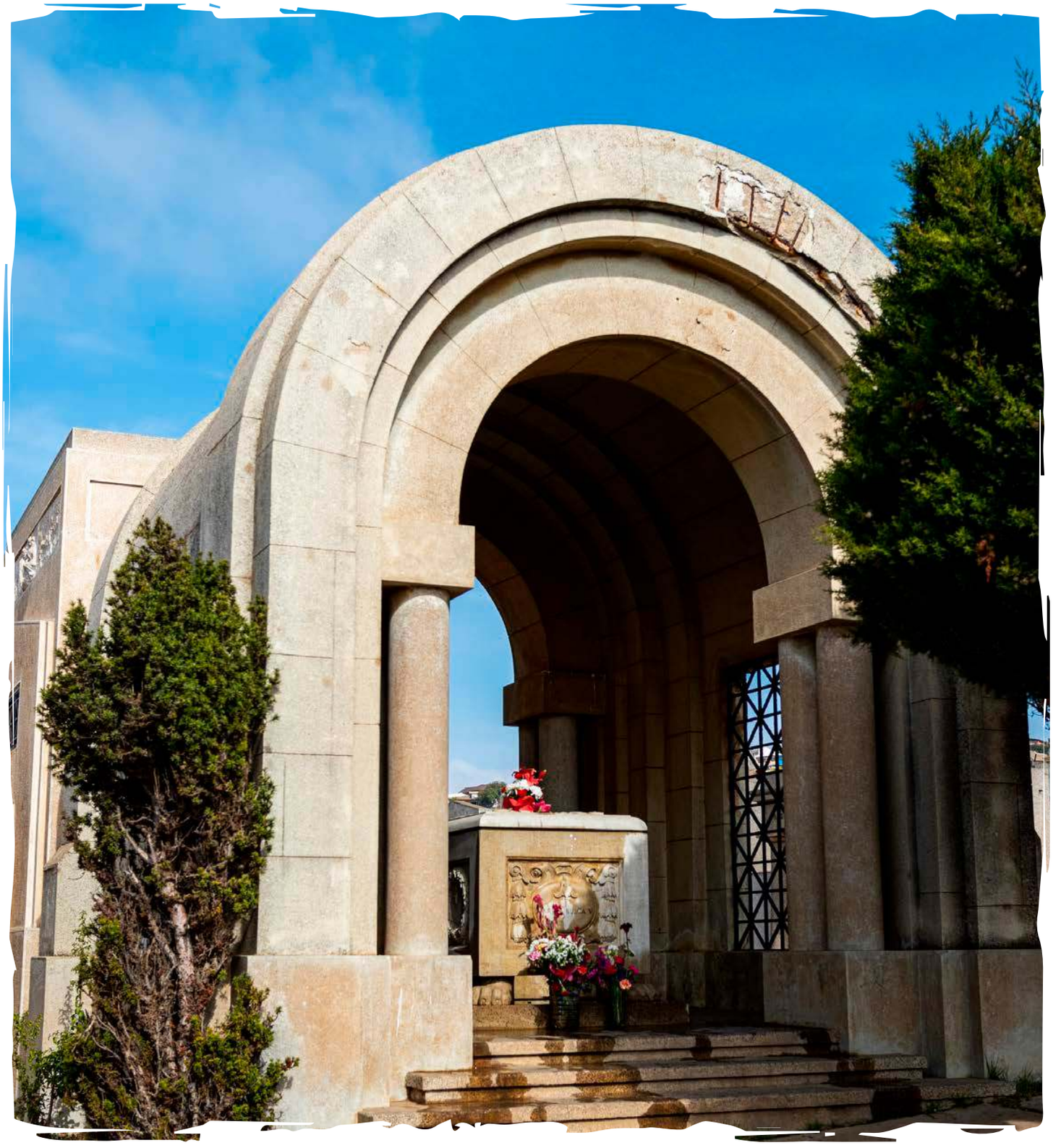
un pacto con el diablo. Se dice que los términos del contrato fueron simples y precisos: el protagonista de esta historia sería el beneficiario de una riqueza ilimitada y a cambio, entregaba su alma al Maligno, quien solo podría cobrar su parte del acuerdo cuando el cuerpo inerte del español cayera sobre la tierra.

Respecto de las riquezas adquiridas como resultado de un pacto con el diablo, quienes son conocedores, comentan que estas solo traen infelicidad y angustia a sus beneficiarios. Aparentemente, no fue el caso de Martín Busca: quienes lo conocieron y recuerdan, describen a este español como un hombre alto, ancho, fuerte y de carácter, pero también de buen trato y excesivamente generoso, llegando a convertirse en un importante benefactor en el Valparaíso de la primera mitad del siglo XX, ofreciendo plazas de trabajo, participando de actividades de beneficencia y ayudando permanentemente a los más carenciados. Cabe preguntarse si esta conducta correspondió a una sensación de empatía por personas que vivían en la misma condición que él padeció por años o solo fue un esfuerzo por recuperar su alma empeñada, a través de buenas acciones.

La leyenda cuenta que Martín Busca continuó viviendo una vida de riqueza y prosperidad en un terreno de más de 7.000 m^2 que adquirió en el valle de Casablanca, acompañado de su hermano José y sus sobrinos, Guillermo y Pedro. Las malas lenguas aseguran que Busca recibía frecuentes visitas, en plena noche, de un lujoso carruaje negro tirado por briosos corceles del mismo color, cuyo único pasajero era Satanás, quien viajaba hasta la finca para recordarle la deuda pendiente.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, reza un viejo refrán. Por esta razón, conforme nuestro protagonista envejecía y veía a la muerte más de cerca, se sentía cada vez más abrumado y angustiado, como si una nube negra se hubiese instalado sobre su cabeza. Cuando se vio agobiado por las preocupaciones, Martín Busca confesó el secreto a sus más cercanos, quienes trataron de ayudarlo a encontrar una salida a su calvario.

Las fuentes difieren del autor de la solución. Unos afirman que fue su hermano José el de la idea; otros, que fue un cura, y más de alguna versión establece que fue el propio Martín quien se dio cuenta de que la respuesta estaba frente a sus ojos: si el contrato estipulaba que el Mandinga cobraría su alma solo cuando su cuerpo tocara el suelo, bastaba con evitar a toda costa que eso ocurriera.



Mausoleo de la familia Busca.

Detalle de la tumba de Martín Busca.

Entonces, Martín Busca se metió de cabeza en el último y más importante proyecto de su vida: la edificación de un sofisticado mausoleo de construcción antisísmica, elevado del piso por tres escalones y suspendido por cuatro patas de león, con seis dedos cada una, resguardando una prudente distancia entre la tumba y el piso. Se asegura que las patas de león con seis dedos también forman parte de la burla de Martín Busca al diablo, como una tocada de oreja, utilizando el mismo seis que es parte del número de la bestia.

Patas de león con seis dedos, donde los visitantes dejan monedas para ayudar a pagar la deuda de Martín Busca.

La última morada que alberga los restos de Martín Busca desde su fallecimiento en 1945 está ubicada en el Cementerio N° 3 de Playa Ancha, en Valparaíso. Bajo su tumba es frecuente encontrar monedas que dejan los múltiples visitantes, como una manera de ayudarlo a saldar una deuda incobrable. También, los guardias insinúan que en los alrededores del mausoleo se han practicado rituales satánicos y que se han encontrado rayados con cruces invertidas o con pentagramas. Y personas con una imaginación aún más generosa aseveran que el propio Señor de los Infiernos visita el cementerio de noche en noche, para revisar si ha ocurrido algún acontecimiento que eche por tierra el mausoleo y con él, el cuerpo de Busca, para finalmente poder cobrar su acreencia por tantos años pospuesta.

7. Arrastrado al infierno

Cuentan que, en un pueblo de la provincia de Limarí, en la Región de Coquimbo, allá por la década de 1940, vivía don Alberto, un parcelero de unos cincuenta años. Se dice que compartía una humilde casa junto a su señora, y más que vivir, sobrevivían de la agricultura, porque su pequeña parcela estaba ubicada en un terreno agreste, del que apenas podía extraer los frutos para el consumo familiar y algo más para vender. Los vecinos de la localidad recuerdan, extrañados, que don Alberto pasó de la indigencia a la opulencia, misteriosamente, de la noche a la mañana.

Algunos especulaban con que el motivo de este fortuito cambio en su situación económica, se debía a que don Alberto había encontrado un entierro oculto en sus dominios. Sin embargo,

Recreación del pentagrama dibujado con la sangre de don Alberto.

la mayoría aseguraba que, en realidad, la razón de tan sorpresiva riqueza era que el parcelero, durante la noche de San Juan había realizado uno de los rituales para invocar al diablo, quien le habría indicado el lugar preciso de un tesoro oculto en sus tierras, a cambio de su alma.

Luego de este sorprendente cambio, don Alberto comenzó a adquirir tierras y a incrementar su patrimonio. Tiempo después, él apareció por el pueblo totalmente rejuvenecido, producto de un nuevo acuerdo con el Cola de Flecha, con quien se habría reunido a la medianoche en un cerro cercano, en el centro de un pentagrama dibujado con su propia sangre.

Al poco andar, don Alberto abandonó a su mujer y era frecuente verlo disfrutando de los placeres que ofrece la noche, siempre rodeado de jovencitas, que se acercaban a él por interés. Pero como dice el refrán, no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, y un Viernes Santo don Alberto falleció mientras dormía.

Algunos vecinos asistieron a su velatorio, más por costumbre y por lástima que por cariño, debido a que después de su vertiginosa riqueza, don Alberto se había transformado en una persona altanera, prepotente y arrogante. Con el ataúd dispuesto frente al altar, la pequeña capilla de pueblo estaba iluminada solo por la luz de los cirios. De repente, un fuerte ventarrón abrió con violencia las puertas, apagando las velas y dejando al recinto sumido en la más negra oscuridad. Cuando volvieron a encenderlas, descubrieron que el ataúd estaba cerrado, pero sin los restos del finado, confirmando que este había realizado un pacto con el Mandinga, quien había cobrado su parte del contrato, arrastrando a don Alberto, en cuerpo y alma, hasta el mismo infierno.

8. El gringo condenado

Un día llegó al pueblo un gringo a vivir en una casa que había adquirido, instalada en un terreno en el que a ningún vecino le hubiera gustado vivir, pues todos sabían que la tierra era mala y estaba desahuciada. El hombre había llegado junto a su esposa y su hijo, prohibiéndoles que establecieran el más mínimo contacto con los vecinos.

A los pocos días de haberse establecido en su hogar, todos veían cómo este afuerino trabajaba la tierra de sol a sol y comentaban que el gringo estaba loco, porque de ese terruño estéril no iba a obtener ningún fruto, independiente del esfuerzo que pusiera. Tremenda fue la sorpresa

"Tremenda fue la sorpresa cuando los vecinos vieron que, al poco tiempo, el gringo cosechaba grandes y suculentas hortalizas que se negaba a vender, argumentando que las guardaba para su propio gasto".

cuando los vecinos vieron que, al poco tiempo, el gringo cosechaba grandes y suculentas hortalizas que se negaba a vender, argumentando que las guardaba para su propio gasto. Con el transcurso del tiempo, el gringo continuó trabajando la tierra y haciéndose de riquezas, lo que le permitió comprar más campos y edificar una nueva casa para su familia. Hasta aquí, parece un cuento con final feliz. Sin embargo, un día la esposa del gringo, desesperada, contó a sus vecinos el secreto que por tanto tiempo había ocultado: su marido había firmado un pacto con el diablo y solo faltaba una semana para que el plazo del contrato expirara. Por lo tanto, les pidió a los vecinos que la ayudaran velando en vida al gringo durante toda una noche y rezando para que pudiera conservar su alma. Incluso, ofreció importantes sumas de dinero como recompensa, pero ningún corajudo se ofreció, en parte por lo espeluznante de la tarea solicitada, en parte porque a nadie le caía en gracia el gringo.

A falta de voluntarios que lo velaran en vida para engatusar al Mandinga y a solo un día para que expirara el pacto, el gringo agarró un revólver y se voló la tapa de los sesos. Sumida en la más profunda tristeza, la viuda solicitó a los vecinos que, al menos, acompañaran a su familia en la vigilia del finado hasta la medianoche. Algunos accedieron, pero conforme se hacía tarde, se fueron retirando hasta que la señora se quedó sola con dos niños. A las doce de la noche, cerca de la capilla escucharon el ruido de unas cadenas que se arrastraban por el piso, lo que provocó que los últimos deudos huyeran presos del espanto. Al día siguiente, entre varios vecinos tomaron el ataúd para sepultarlo en el camposanto y lo encontraron sorprendentemente liviano.

A los pocos días, el vecindario se despertó entre gallos y medianera por el alboroto que provocaba un carruaje que avanzaba por la calle a gran velocidad, hasta detenerse en la casa del gringo, cosa que siguió sucediendo noche tras noche. Un día, el vecino de enfrente se quedó vigilando desde la ventana de su casa hasta que pasó el carruaje, lo que le hizo exclamar: "¡Virgen Santísima, esta es la casa del demonio!".

Corrió inmediatamente a describirle a su señora lo que había visto: una carroza tirada por dos imponentes corceles negros, que eran fustigados por el mismo diablo, dejando una estela de fuego y humo. Al interior del carruaje, iba el gringo sentado, todo colorado, como si fuese una brasa incandescente.

A la mañana siguiente y ante el estupor del pueblo, el cura párroco organizó una numerosa procesión en la que se entonaron cantos y oraciones, asperjando agua bendita en los alrededores de la casa y transformando en cruces todos los postes de la ruta utilizada por el diablo. Después de este santo ritual, el carruaje maldito nunca más volvió a aparecer.

"Al interior del carruaje, iba el gringo sentado, todo colorado, como si fuese una brasa incandescente".

La carreta de los diablos

Esta leyenda se remonta a principios del siglo XX, cuando las casas campesinas se fabricaban de adobe y se pintaban con cal, con el suelo de tierra apisonada, contando con muchas habitaciones, pues generalmente las familias eran numerosas. A un costado de la vivienda había un portón donde se guardaba la carreta, que cumplía la doble labor de herramienta de trabajo y de medio de transporte familiar.

Como el trabajo de campo es muy pesado, la gente solía tomar una contundente "once-comida" antes de que cayera la noche, para luego rezar el rosario en familia y apagar las velas temprano, para reponer energías ante una nueva jornada de arduo trabajo. En una de estas casas sucedió que, cerca de la medianoche, mientras los moradores dormían, se empezó a escuchar el rodaje de una carreta y voces que decían: "Arriba, abajo, arriba, abajo, arriba, abajo...", letanía que se escuchaba por mucho rato.

Esto se transformó en un ritual que se repetía todas las noches, prácticamente a la misma hora, cosa que tenía fastidiados a los habitantes de la casa. Una noche decidieron investigar los motivos de tanto barullo. Grande fue la sorpresa para esta familia al descubrir en la cochera a un diablo que ordenaba a un grupo de diablillos subir y bajar de la carreta.

Presos del miedo, volvieron a sus camas rezando oraciones para tranquilizarse y volver a conciliar el sueño. A la mañana siguiente fueron donde el párroco y le describieron la pesadilla de la que habían sido testigos. El religioso los acompañó a la casa y en la cochera rezaron algunas plegarias y luego asperjó agua bendita para consagrar al vehículo. Después de ese ritual, la familia nunca más volvió a escuchar a los demonios, porque a la carreta solo le faltaba la bendición.

Típica casa campesina hecha de adobe y madera.

V

COMO ALMA QUE LLEVA EL DIABLO

1. La noche en que el diablo anda suelto

Si bien, la Noche de San Juan parece ser una costumbre olvidada en la capital, en regiones y en el mundo rural es una tradición que aún se mantiene viva. Pero ¿de dónde proviene esta celebración? Como muchas tradiciones que están muy arraigadas en la cultura popular, es difícil establecer un origen preciso. Se cree que se trata de una ceremonia pagana asociada al solsticio de verano en el hemisferio norte que se prolongaba por tres días y que fue traída desde Europa hacia América por los conquistadores. También se cree que los españoles instauraron todas estas tradiciones para restar relevancia a las celebraciones americanas del solsticio de invierno, como el Inti Raymi, de los incas; o el We Tripantu, de los mapuche, asociándolas al Maligno para infundir miedo y, por contraposición, continuar el proceso de evangelización.

Reloj a punto de marcar la media noche.

La higuera es un árbol de hoja caduca, pero la leyenda dice que la Noche de San Juan, en la punta de la última rama, crece una flor solo hasta la medianoche. Si se logra cortar antes de que se seque, se le puede pedir riquezas al diablo, sin nada a cambio, pero si no, el Mandinga se lleva el alma de quien intentó llegar hasta la lo más alto.

Lo cierto es que esta celebración tiene más de alguna semejanza con la noche de Año Nuevo: muchos rituales se realizan cuando el reloj marca las 00:00 hrs. La tradición indica que la Noche de San Juan es la oportunidad en que muchos conjuros para el amor, la adivinación del porvenir y la buena suerte surten efecto. También, en el mundo rural, es la noche esperada por los campesinos para azotar los árboles que han sido flojos dando frutos. Pero también, la noche del 24 de junio tiene su lado siniestro, porque dicen que el diablo anda suelto para tentar con riquezas a los codiciosos y llevarse el alma de los incautos.

En la Noche de San Juan, muchas de las tradiciones ocurren en torno a una higuera, que es un árbol que solo da frutos, no flores. Sin embargo, en la medianoche del 24 de junio hay que trepar una higuera para arrancar una mágica flor que florece en ese instante, por única vez en el año; quien consiga cortarla, deberá acurrucarla en su pecho para pedir un deseo, que le será concedido. Suena faena fácil; sin embargo, alrededor de la higuera se escucharán gruñidos, alaridos y horrorosos gritos para evitar que los más atrevidos se acerquen al árbol. Si algún valiente insiste en su intento, será el propio Satanás quien intentará impedir que logre su objetivo. Si la flor se marchita antes de que la persona consiga cortarla, pagará su fracaso enloqueciendo al instante y, cuando fallezca, su alma arderá en el infierno durante toda la eternidad, pues ese es el castigo que el demonio tiene preparado para quienes intenten desafiarlo.

También, quien desee aprender a tocar guitarra debe sentarse bajo una higuera y a la medianoche del 24 de junio sentirá como las nervudas manos del Diablo se posan sobre sus brazos para enseñarle acordes y arpegios, transformando al aprendiz en eximio ejecutante del instrumento.

Hay quienes están dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de obtener riquezas, aunque esto implique tocarle la oreja al propio diablo. En este sentido, hay una tradición que indica que a la medianoche hay que colocar un espejo en el tronco de la higuera y, delante de él, un recipiente con agua. En el espejo se podrá ver al diablo reflejado, acercándose con un ataúd sobre su hombro, para quitarle la vida y poseer el alma de quien realiza el ritual apenas lo alcance. Para evitarlo, la persona debe cosechar los higos con rapidez y ponerlos en el recipiente, siempre pendiente del espejo para ver a qué distancia se encuentra el Maligno. Si la persona consigue llenar el recipiente con higos, el diablo desaparecerá y los higos en el recipiente se convertirán en monedas de oro.

Los desesperados por conseguir riquezas, a la medianoche del 24 de junio deben salir y dar 7 siete vueltas a la casa con una gallina negra bajo el brazo. Cumplida la séptima vuelta, podrán encontrar al Cola de Flecha sentado en la puerta de la casa, dispuesto a comprar la

En la Noche de San Juan, quien se siente bajo una higuera, aprenderá a tocar guitarra y su maestro será el diablo.

gallina, pagando el precio que el dueño establezca. Sin embargo, al retirarse, nunca debe mirar atrás, de lo contrario Satanás conservará la gallina, recuperará el dinero transado y, además, se llevará el alma del infeliz.

Mucho más simple que eso es mirarse al espejo en la medianoche del 24 de junio. El valiente que lo haga podrá ver en el reflejo al propio diablo parado a sus espaldas, dispuesto a ofrecer un buen precio a cambio de su alma.

Quizás la Noche de San Juan no sea la más larga del año, pero sin lugar a dudas es la más oscura del invierno austral, con tradiciones que aún perduran, se recuerdan y se practican, a pesar del transcurso del tiempo. Tal como señalamos al inicio, hay algunas costumbres más tenebrosas y otras que son mucho más inocentes. ¿Y si acaso, en estas últimas, el diablo también mete su cola?

2. Diabladas: Bailando en fiesta ajena

Las diabladas transforman una fiesta religiosa en honor a la Virgen en un verdadero carnaval. La primera y más importante celebración mariana de estas características es la Fiesta de la Virgen del Carmen de La Tirana, que se celebra cada 16 de julio en la localidad de La Tirana, ubicada en la comuna del Pozo al Monte, en el corazón de la Pampa del Tamarugal. La celebración tiene una duración de siete días en un poblado donde residen, aproximadamente, 800 habitantes. Durante la celebración llegan entre 250.000 a 300.000 visitantes, entre curiosos y devotos que viajan kilómetros para pagar sus respectivas mandas a la Santa Patrona.

El origen de estas celebraciones religiosas es sincrético. Por un lado, están sus orígenes europeos, en las procesiones que se realizaban anualmente en la festividad popular del Corpus Christi, que se inició en 1264, en Francia; y los autos sacramentales, que eran una suerte de obras teatrales de carácter religioso que se montaban en la España medieval, con la representación alegórica de pasajes bíblicos. Ambas expresiones llegaron al Nuevo Mundo a bordo de alguna carabela. Es más, este tipo de representaciones religiosas se utilizaron para la transmisión de los dogmas de la fe a los indígenas americanos. Particularmente, en el altiplano, estas manifestaciones religiosas se fundieron con los cultos a dioses locales, como el dios de las varas o de los báculos, en la cultura Wari; y el Supay, que corresponde al dios de la muerte, y al señor del inframundo en la mitología inca.

Es así que la fiesta altiplánica más destacada de estas características es la Virgen de la Candelaria o Virgen del Socavón, que se celebra con festiva devoción cada febrero en el Carnaval de Oruro, en Bolivia. Precisamente, en esa festividad está el origen de la fiesta de la Virgen de La Tirana, cuando en 1960 se invitó a la Diablada Ferroviaria de Oruro para homenajear a la "China", nombre con que los devotos coloquialmente denominan a la Virgen del Carmen de La Tirana. A partir de ahí, la diablada se estableció como la forma oficial de honrar a Virgen en dicha localidad y que, con el tiempo, se fue "exportando" hacia otras latitudes del país, como la Fiesta de la Virgen del Rosario de las Peñas, en la quebrada de Livilcar, en Arica; la Virgen de la Candelaria, en Copiapó; la Virgen de Nuestra Señora de Andacollo, en Andacollo; la Virgen del Carmen, en Maipú, y la Virgen de Nuestra señora de la Merced, en Isla de Maipo, entre otras.

Pero ¿qué es una diablada? Consiste en la ejecución de coreografías por parte de cuerpos de danza denominados cofradías. En La Tirana destacan las cofradías de los chinos, los indios,

La máscara del diablo en las diabladas tiene poco que ver con la idea del diablo católico. Posee ojos saltones y, a veces, múltiples cuernos, entre otras características.

En las diabladas puede haber otros personajes,

los gitanos, entre otros, que ejecutan bailes en dos filas paralelas, ataviados de vistosos y coloridos trajes y acompañados por bandas de música, principalmente bronces y percusión. Sin embargo, hay un personaje que, literalmente, se roba el foco de atención de los asistentes en esta celebración: un bailarín vestido con trajes de llamativos colores y oculto con una máscara de diablo, cuyo rostro se asemeja al de los dragones chinos, quizás por la influencia de los inmigrantes orientales que se asentaron en la zona norte de nuestro país para trabajar en las salitreras. Efectivamente, la colorida máscara de diablo tiene largos cachos ondulados, ojos desorbitados y saltones, de la boca aparece una lengua en forma de serpiente y de la cabeza surge un dragón como corona.

Cabe preguntarse qué hace el diablo en una celebración dedicada a la Virgen. Es como si alguien ingresara a la fiesta de su principal enemigo y sin invitación previa, porque en la tradición católica hay dos personajes que han demostrado su supremacía sobre el demonio: el arcángel San Miguel y la Virgen María; ambos personajes sagrados han sido representados pisoteando y derrotando al diablo, como un demonio alado, en el caso de San Miguel, o en forma de serpiente, en el caso de la Virgen.

En el fondo, las diabladas consisten en la escenificación de la permanente lucha entre el bien y el mal. Mientras que las cofradías bailan en procesión realizando coreografías preparadas a la largo de todo un año, el diablo danza a su propio ritmo, con enérgicos e histriónicos saltos, representando a cabalidad el rol que desempeña Satanás en la vida terrena: distrae, confunde y tienta a las personas a que abandonen el buen camino. En estas celebraciones, el diablo intenta distraer a los bailarines de las cofradías para que detengan su baile de alabanza a la Virgen o se desvíen del trayecto que los lleva a rendir su homenaje a la Santa Patrona. A su vez, las bailarinas de algunas cofradías, que visten polleras cortas que dejan ver su ropa interior y muestran los calzones deliberadamente al Mandinga para distraerlo de su misión.

Toda esta confrontación se desarrolla hasta el altar donde se encuentra la Virgen, donde los cófrades la saludan y le rinden tributo, mientras que el diablo se postra y se saca la máscara, como una manera de reconocer su derrota.

Detalle del vestuario de las bailarinas de diabladas.

Agradecimientos

Queremos agradecer a Francisca Martin y María Cristina Rojas, por creer en este proyecto. Al equipo de FUCOA, Pierina Cavalli, Loreto Alarcón, Silvia Suárez y Victoria Neriz, quienes estuvieron a cargo del seguimiento y diseño, y nos acompañaron durante todo este viaje.

También, nuestros agradecimientos van dirigidos al exsubsecretario de Agricultura Alfonso Vargas y al actual subsecretario, José Ignacio Pinochet.

Igualmente, queremos agradecer especialmente a nuestras familias, quienes nos apoyaron con mucha paciencia durante nuestras ausencias mientras recorríamos parte de Chile.

Además queremos mencionar y dar las gracias a todos quienes nos ayudaron en esta investigación y a nuestros entrevistados: Lucía Abello, Vanja Araya, Hernán Bustos, Osvaldo Cádiz, Marta Contreras, Claudio de Toro, Jorge Fuenzalida, María Elena Fuenzalida, Fernando García, Gabriel García, Felipe Gómez, Fabio González, Gabriel Huentemil, Nicolás Junqueras, Marco Leiva, Luis Humberto Morales, Héctor Morán, Carolina Muñoz, Joel Norambuena, Claudia Núñez, Claudio Palacios, César Parra, Alfonso Peña, Belisario Piña, Cristián Quiroz, Eduardo Quiroz, María Elena Rodríguez, Claudio Rodríguez, Daniela Rojas, Yenly Schulz , Alberto Segovia, Carmen Seguel, Carlos Tapia, José Tapia, Patricio Trujillo, Silvia Urtubia, Daniel Valdés, Germán Valeria, Viña Concha y Toro, Viña In Situ, Jenny Venegas, Óscar Zúñiga, Bárbara Zúñiga y a todas las personas que involuntariamente se nos pudieran haber quedado en el tintero.

Por último, queremos agradecer al Mandinga, quien no nos hizo el trabajo fácil, pero que tuvo la delicadeza de no ofrecernos una entrevista a cambio de nuestras almas.

Bibliografía

Acevedo Segovia, A. (1997). "Mitos y leyendas de Doñihue". Doñihue, Chile: Ilustre Municipalidad de Doñihue.

Colegio Andrés Bello-Pampa La Serena (2010). "Leyendas de Altovalsol, Algarrobito y Bellavista". La Serena, Chile: Colegio Andrés Bello-Pampa.

Conus, J. J. "La presencia del diablo en el canal Pirque". Recuperado de: https://studylib.es/doc/665467/la-presencia-del-diablo-en-el-canal-pirque

Diario El Día (2013). "Coquimbo: Una región llena de embrujos". Publicado en la edición del 1 de septiembre de 2013, en la versión digital de Diario El Día en: http://www.diarioeldia.cl/region/coquimbo-region-llena-embrujos

Junqueras Castro, N. (2018). "Memorias campesinas, cosmología de Pirque y el diablo". Recuperado de: https://www.academia.edu/37780620/MEMORIAS_CAMPESINAS_COSMOLOG%C3%8DA_DE_PIRQUE_Y_EL_DIABLO_docx

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio (2015). "Narraciones tradicionales de Petorca y sus alrededores".

Montecino, S. (2017). "Mitos de Chile. Enciclopedia de seres, apariciones y encantos". Santiago, Chile: Catalonia.

Muray, O. (1995). "Trágico final de una posesión demoniaca". Publicado en Revista Revelación, edición N° 2.

Ortega, F. (2018). "Dioses chilenos". Santiago, Chile: Editorial Planeta.

Plath, O. (2013). "Folclor chileno". Edición corregida y anotada por Karen P. Müller Turina. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Rosales, J. A. (1882-1900). "Los amores del diablo en Alhué". Santiago, Chile: Centro Editorial la Prensa.

Ruiz López, C. y González Arriaza, E. (2009). "Retratos: rescate del patrimonio inmaterial de la Comuna de Doñihue". Rancagua, Chile: González Arriaza, Eric.

Tapia Canelo, C. (2004). "Los Andes: folclor y terruño". Santiago, Chile: Ediciones Alto Aconcagua.

Vicuña Cifuentes, J. (2018). "Del origen de los mitos de Chile". Santiago, Chile: LOM Ediciones.

El M

EL COLA DE P

EL SEÑOR DE

EL DISCRETO - EL

EL CA

MATOCO- MER

MANDINGA - EL MALIGNO

FLECHA - EL CONDENADO

LAS TINIEBLAS - SATANÁS

TÍO - EL PIJE - EL DIABLO

ACHUDO - EL PATA CABRA

LUCIFER- EL COLUDO

FISTÓFELES - EL MAESTRO

El Mandinga

Ministerio de Agricultura

Gobierno de Chile

FUNDACIÓN FUCOA